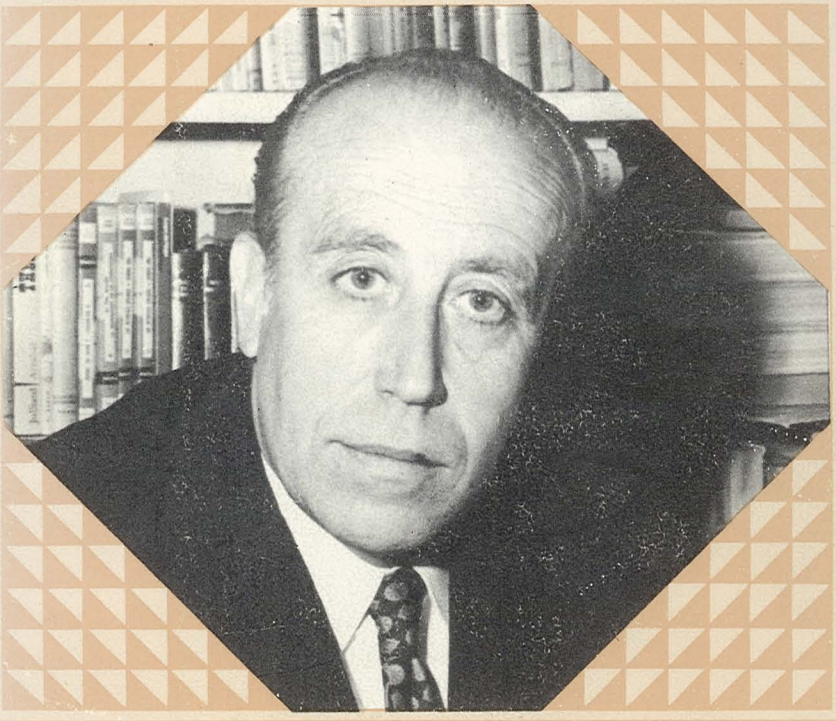
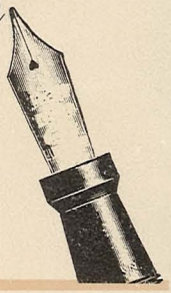


Francisco García Pavón

Francisco Ynduráin



ESPAÑA, ESCRIBIR HOY

FRANCISCO YNDURAIN, natural de Aoiz (Navarra), donde nació en 1910. Cursó estudios de Filosofía y Letras en Salamanca y Madrid, donde se doctoró. Hizo oposiciones a la Cátedra de Lengua y Literatura españolas, profesando dicha disciplina en Oviedo, Zaragoza y Complutense de Madrid.

Durante su vida académica, iniciada en 1935 como Auxiliar en la Facultad de Letras de la Universidad de Salamanca, ha explicado habitualmente en cada año académico y ha participado casi todos los veranos en cursos para extranjeros. También ha organizado algunos de ellos, y ha asistido a Congresos y reuniones de su especialidad, tanto en España como en el extranjero.

Ha dado conferencias en Universidades y Ateneos de España, así como en numerosas ciudades de Europa, Norteamérica y Marruecos.

Sus publicaciones han atendido a aspectos del idioma, tanto en historia y dialectología como en análisis estilístico de textos literarios. También ha dedicado su atención en estudios y ensayos a los escritores más salientes de nuestras letras: Juan Ruiz, Cervantes, San Juan de la Cruz, Gracián, Quevedo, A. Machado, Galdós, Baroja, Unamuno, Miró, Juan Ramón Jiménez, etc. Igualmente ha publicado estudios sobre autores extranjeros: Ungaretti, Claudel, Hemingway, T. Wolfe, T. S. Eliot, Faulkner, Gil Vicente, Sterne, etc.

Ha sido Secretario general de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Rector efectivo y ahora Honorario de la misma.

Francisco García Pavón

© Copyright 1982

ISBN: 84-7483-262-4

Depósito legal: M. 29.912-1982

Reservados todos los derechos

MINISTERIO DE CULTURA. DIRECCION GENERAL
DE PROMOCION DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA

Printed in Spain. Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)

INDICE

BIOGRAFIA 5

ANTOLOGIA:

De «Historias de Plinio» 27
De «Cuentos de mamá» 36
De «Cuentos republicanos» 43
De «Los liberales» 53
De «La guerra de los dos mil años» 69
De «Los nacionales» 78
De «El último sábado» 91

SELECCION DE CRITICAS:

Eugenio de Nora 155
Teófilo Aparicio López 155
Antonio Tovar 156
Guillermo Díaz-Plaja 156
Emilio Alarcos Llorach 157
Luis Suñer 158
Jean Becaud 158

CRONOLOGIA 161

BIBLIOGRAFIA 163

Francisco García Pavón

Francisco Ynduráin

Biografía

FRANCISCO García Pavón nació en Tomelloso, en plena Mancha, el año 1919, y allí pasó su niñez y primera mocedad en ambiente familiar muy unido, con gustos y aficiones literarias. Por razón de estudios fue a Madrid, donde se licenció en Filosofía y Letras, alcanzando luego el grado de Doctor, con una tesis sobre el novelista «Clarín». Ganó cátedra en la Escuela Superior de Arte Dramático, en la que todavía profesa, y de cuya dirección estuvo encargado varios años. Junto a sus tareas docentes llevó la editorial Taurus, de Madrid, en la que dejó una muy notable orientación y labor positiva. Es colaborador asiduo de periódicos y revistas literarias, y sus colaboraciones van desde el cuento original, la crítica de teatro, al comentario de actualidad y el ensayo. La amenidad y el buen decir, además de un templado humanismo, son nota constante en estas páginas, que merecen ser recogidas en publicación menos efímera.

Sus actividades en la enseñanza le han llevado a cursos de extranjeros, en España, participando en los más prestigiados, así como a conferencias y congresos en Universidades europeas y americanas. Su doble condición de escritor y profesor le ha dado ocasión de mostrar su interés y competencia en el campo de la historia literaria, en el cual le debemos,

entre otros estudios que mencionaremos en su bibliografía, el dedicado a Teatro Social en España (Madrid, 1962), que supuso novedad en temática y enfoque.

García Pavón queda enmarcado, cronológicamente, entre nuestros prosistas de posguerra, con las condicionantes ineludibles de su circunstancia, pero con muy acusada independencia y personalidad. Amigo de Ayesta, Aldecoa, Delibes, etc., en su obra hay una evidente originalidad, nacida de sus propias cualidades más que por rechazos. Las limitaciones que una censura impuso fueron obviadas por el escritor, que supo proclamar y mantener un tono y actitud mental del más limpio liberalismo. Cuentos y novelas han venido apareciendo con regularidad sostenida, que nos hace ver en él un escritor de flujo muy regular, lo que supone una disciplina no menos que una disposición creativa en la misma línea. El propio autor ha dicho de su narrativa que está más en el ámbito del cuento que de la novela de largo aliento, y podemos asentir, según iremos viendo al hilo del repaso de su obra.

Su primera novela, *Cerca de Oviedo* (1946), se reeditó (1971) con prólogo del autor, que vale la pena considerar para aprovechar la autocrítica retrospectiva. Por de pronto, nos dice que ha introducido leves modificaciones en el texto. Había en esta novela un punto de partida «realista», de experiencia personal más bien, pues la novela se escribió durante la prolongada estancia de Pavón en Oviedo como alférez provisional. Pero el medio real ha servido de disparadero para que imaginación y visión personalísimas trasmutaran lo meramente documental en algo que incidía en lo puramente fantástico.

Con gran agilidad se entreverá la narración con intrusiones del escritor en el proceso novelizador, con sus problemas de factura e invención. Crónica folletinesca la denomina el autor, pero la ironía, el rejuego de puntos de vista en la narración y el sentido profundo de personajes y situaciones contribuyen a que esta primicia sea algo distinto y diferente de lo que entonces se llevaba, y que no era muy variado. En lo que luego no se ha repetido, salvo raras veces, es en esos

motivos que me parecen cerca de la que llamamos «novela gótica», aunque sí diré que ha sido superado con creces lo que allí nos dio, después de haberse ido creando su propio mundo novelesco, sus personajes y ambientes. En fin, debemos parar atención al momento en que la novela primera de nuestro autor apareció, al aislamiento cultural impuesto desde dentro y desde fuera, al hondo corte que supuso para nuestras letras muertes y exilio de lo más granado de ellas. Nunca, en toda la historia de nuestra literatura, hemos padecido amputación tan grave.

* * *

Veamos ahora algunas de las cualidades de nuestro escritor.

Una primera peculiaridad que se advierte en el arte de García Pavón es la de una persistente presencia de la memoria, del recuerdo, ese gran decantador de nuestras vivencias que, en los mejores, lleva a un talante poético. No es éste, creo, el que predomina en el nuestro, bien que no sea infrecuente un toque de lirismo sofrenado, como celando la intimidad más honda. Acaso un sentido del humor, que suele ser más intelectual que imaginativo y sentimental, desplaza lo lírico e informa buena parte de su narrativa. Pero he empleado un término de muy imprecisos contornos, «humor», y no voy a tratar de limitarlo en su varia y muchas veces arbitraria significación. Dejaré, más como problema que como solución, la empresa de definir el humor propio de García Pavón, que me parece un resultado de la fusión de dos tonalidades: la del intelectual que está de vuelta de tantas cosas, junto a una veta nativa y localista, entre socarrona y satírica, fundidas ambas en una moderación temperada por la bondad y el escepticismo. Muchas veces le ha tentado a uno el tratar de deslindar «humores» y humoristas, individualmente, y perseguir las notas distintivas y privativas del humor regional: gallego, andaluz, castellano, etc. Creo que hay un valor convenido, un

sistema de valores, mejor, que nos hace entendernos sin más explicaciones cuando contamos o escuchamos chistes, facecias de distintas latitudes. Pues bien, García Pavón nos ha revelado un subtipo de humor entre castellano y andaluz, campero, más urbano que rústico, si vale la aparente contradicción.

No será raro que en esta obra aparezca el humor mezclado o entreverado con lo macabro, y uno y otro, con lo erótico. La presencia de la muerte y de su escenario —velatorios, cementerio— es recurrente en esta narrativa. Ya en *Cuentos de mamá* (Insula, Madrid, 1952) nos ha dejado dicho que «fueron escritos bajo la impresión que me produjo la desaparición de mi madre en agosto de 1949. Y es curioso —después caí en ello— cómo al hablar de su muerte no la cuento de la manera que ocurrió realmente, sino como la imaginé, lleno de miedos y aprensiones, durante su larga enfermedad, que comenzó con la vida misma».

Francisco García Pavón y su familia.

Sí, recuerdos familiares, de su casa y familia, del taller, de su pueblo y tierra nativos, Tomelloso, trasmutados imaginativamente, pero con hondo arraigo en ambiente y sociedad van a dar lo más de la narrativa en García Pavón. El medio en que se crió le ha llevado no sólo a la contemplación y rememoraciones emotivas, sino a su interpretación por la vía intelectual. Así en sus *Ensayos manchegos* (1952) y en su *Historia de Tomelloso* (1955), con lo que de nuevo nos encontramos con el hombre de pensamiento e investigación que convive con el creador literario.

No es posible analizar a fondo y en detalle la ya extensa obra que nos ocupa, si no se le dedica mucho más espacio del que ahora dispongo. Intentaré unas vías de acceso y, si a tanto llego, unas marcas en lo que me parece más digno de nota. Por de pronto, la narrativa, que considero puede dividirse, de una manera simplista, en cuentos y novelas. Es en el campo del cuento donde García Pavón ha dejado una huella muy personal en los varios libros donde los ha recogido. Desde los ya mencionados *Cuentos de mamá,* pasando por *Las campanas de Tirteafuera* (1955), *Cuentos republicanos* (1965), *Los liberales, los nacionales* (1977), más los que figuran en otros títulos de la serie de Plinio. Su morfología del cuento es variada: desde el apunte, casi estampa, hasta el de apretada intriga con solución de un caso, aunque siempre en una ambientación muy definida, sea por la vía insinuada o con más color. Recordaré, entre otros, «El queso en aceite» («Ya», 2-VIII-64), «Muerte y blancura de Baudilio Perona Cepeda» («El Urogallo», núm. 2, abril-mayo 1970), o el delicadísimo, «Paulina y Gumersindo» (en *Cuentos republicanos*), donde nos presenta una pareja de ancianos enamorados aún, con un encanto y delicadeza que nos hacen evocar la pareja de Filemón y Baucis. El encanto, la ternura, la delicadeza de sentimientos van de la mano con los de la escritura, sin apenas calificar, dándonos el tono y acento directamente *in actu.* Para mí es uno de los relatos más bellos que he leído: he aquí cómo se puede hacer buena, excelente literatura «avec des beaux sen-

timents», con permiso de Gide. Paulina era también un depósito de recuerdos tristes y alegres, esa gran función memoriosa femenina que el narrador funde con el entorno en su evocación: «su pelo blanquísimo... olía a arca de membrillos pasados, a aceite de oliva, a paisaje soñado».

En el polo opuesto, con los matices intermedios, que no son pocos y deben acusarse, notaré relatos y cuentos —acaso necesitemos de una terminología más precisa y distinta— donde dominan motivos de menos idealidad, como el ya indicado de lo macabro, no pocas veces aliado con el erótico rijoso o zumbón. En «El entierro del ciego», pongo por caso, el velatorio del que había sido coime de furcias se anima con la llegada de una parienta, de la misma honesta trata, lo que da ocasión para una teoría y clasificación de calipigas, pero en términos no tan pedantes y sí muy graciosos. Eros y thanatos —puestos ya a pedantizar— andan juntos una vez más con sus respectivos poderes ineluctables, irreconciliables. Así ocurre en una novela corta (¿o cuento largo?) *El último sábado,* que da título al libro (1974): el lecho del amor lo es de muerte, con el consiguiente transporte del cadáver, en este caso el del amante. La situación puede relacionarse con la, en cierto modo semejante, de «Le rideau cramoisi», de Barbey d'Aurevilly, que Valle-Inclán recreó con toda legitimidad en su *Sonata de otoño* —dicho sea sin olvidar a don Julio Casares—; pero no creo que haya una influencia precisamente en nuestro autor, quien, por otra parte, da un tratamiento a la situación que en nada recuerda ni se parece a los antes mencionados. La máxima oposición pasional y sensual que podemos experimentar los humanos viene provocada justamente por estas dos servidumbres, que tal vez sublimamos. De todos modos creo que aun en este planteamiento extremo y extremoso, lo que nos da García Pavón está lejos de un tremendismo formular o de un regodeo malsano, ni se preocupa demasiado de provocar un repeluco con su lectura, pues me parece que hay en esto, como en lo demás de su obra, una moderación que le permite contemplar y proponer la contemplación de lo más

horrendo con un distanciamiento desde el que cabe la inhibición humoral y humorística de quien es capaz de comprenderlo todo, de perdonarlo también, según el conocido dicho francés. Al cual, y para el caso del escritor, entiendo que habría que darle la vuelta para hacerlo más adecuado: la disposición previa a perdonar nos lleva a comprender más, si no todo.

Pero en este excurso me he adelantado en el tiempo a la producción novelesca y he incidido en la novela, más aún en

Francisco García Pavón en el Casino de San Fernando de Tomelloso.

la que llamaremos «policíaca». En efecto, ya tiene nuestro autor un lugar bien acusado en el subgénero novelesco, con su héroe privativo: Manuel González, alias «Plinio», jefe de la GMT (Guardia Municipal de Tomelloso) al que ha dado figura, carácter, acción y vida, en una palabra.

Ya en los fecundos años de su estada en Oviedo, la novela que de allí sacó tenía su buena dosis de enigmas que reclamaban solución y venían propuestas para una busca y hallazgo dificultosos. Allí, en Vetusta, hizo también su tesis doctoral y sobre «Clarín», cuya novela, *La regenta,* admira sobre todas las de su tiempo.

¿No hay en esta gran novela algunas gotas del rejuego detectivesco? Pero no exclusivamente en ella, por supuesto, ya que la busca de una atención incitada y gratificada no sin expectancia por el narrador es una de las constantes en la novela decimonónica, por no irnos más lejos. Además, ¿hay novela meramente policíaca que tenga la complejidad de *Los hermanos Karamazof* o *Crimen y castigo,* de Dostoievsky, en la aclaración de sendos asesinatos? Lo que ocurre aquí es que el acento no carga sobre un problema que resolver, sino sobre los conflictos morales en cada uno de los personajes más directamente implicados: la problemática es moral y religiosa, metafísica incluso. Ahora bien, García Pavón se ha encontrado con un vacío en el panorama de nuestra novelería, y es precisamente el de la novela policíaca pura. García Pavón ha dicho en varias ocasiones que él no ha sido lector de novelas policíacas y que más bien le aburre su lectura (declaraciones en «Triunfo», núm. 410, el 18-IV-1970).

De nuevo parece oportuno acudir a opiniones del autor (no se olvide lo arriba dicho sobre su formación intelectual y el consiguiente sentido crítico), en una entrevista con Marino Gómez Santos, y se explica así: «Las primeras novelas que escribí de Plinio eran cortas. Las escribí por los años cincuenta, y situaba la acción en los años veinte. Se referían a casos ocurridos en mi pueblo y que yo recibí por tradición oral.» «Eran narraciones muy policíacas, sin los aditamentos humo-

rísticos, de crítica y recreación verbal que se inician con *El reinado de Witiza* (1968). A partir de ésta sitúo la acción en nuestro tiempo, con casos totalmente inventados, personas reales y contemporáneas, que cito con su nombre verdadero.» En efecto, ahí están los relatos incluidos en *El último sábado* (1974), donde figuran contertulios del café Gijón, entre otros el gran poeta manchego y el Oso del Tomillar, Eladio Cabañero, su muy afecto amigo (por supuesto, Oso del Tomillar, de Tomelloso).

En rigor, no se nos informa de algo que no aparezca muy obvio en la novela policíaca que analizamos, pero son muy útiles las declaraciones de nuestro autor, dada su práctica de la crítica literaria en su profesión docente, a que antes me he referido. Una y otra vez nos dirá de ese «ambiente entre rural y provinciano muy bien aprendido: el de mi pueblo, Tomelloso. Unos tipos, costumbres y verbo popular que asomaron en mis libros más queridos, *Cuentos de mamá, Cuentos republicanos* y *Los liberales.* Sólo me faltaba encontrar el detective, ya que los «cacos» se me darían por añadidura. A falta de imaginación, me bastaría recordar averías humanas y crímenes de por aquellas tierras que oí contar muchas veces y que algunas fueron afamadas en romances de ciego. Desgraciadamente, en mi pueblo nunca hubo un policía de talla, es natural. Pero sí hubo un cierto Jefe de la Guardia Municipal, cuyo físico, ademanes, manera de mirar, de palparse el sable y el revólver, desde chico me hicieron mucha gracia. El hombre, claro está, no pasó en su larga vida de servir a los alcaldes que le cupieron en suerte y apresar rateros, gitanos y placeras. Pero yo, observándole en el casino o en la puerta del Ayuntamiento, daba en imaginármelo en aventuras de mayor empeño y lucimiento» (en el prólogo a *Historias de Plinio,* 2.ª ed., 1970).

La inventiva de García Pavón ha superado todas las tentativas hispanas de hacer novela de ese género. Con pausa, sin método seudocientífico, Plinio va desenredando los hilos hasta darnos la solución de cada enigma, y eso sin dejar de

asistir a sus compromisos de la vida de relación, familiar, amical y de los menudos problemas de cada día. Todo ello con un equilibrio humoral, sabiendo gozar del momento, si hay oportunidad, liando sus cigarros, bebiendo sus vinos o cervezas en bares, casino o en la buñolería habitual. Aquí podría señalarse un cierto parecido con el comisario Maigret, salvadas las distancias ambientales, desde luego, y apuntando a favor de Plinio una mayor dosis de vida normal y aun vulgar adrede. Alguna analogía hay también, me parece, entre el héroe de Simenón y el manchego, que puede ser un sentido de la justicia no exento de piedad, de comprensión y de buen sentido, sin ensañamientos ni contrastes facilones de buenos y malos. Con esto quiero hacer resaltar la *bonhomie* que informa la novela de García Pavón, su talante liberal, que le llevó a encontrar afinidad en la definición que le sirve de lema para *Los liberales,* tomada del doctor Marañón: «El liberalismo es, pues, una conducta y, por tanto, es mucho más que una política. Y como tal conducta, no requiere profesio-

Tertulia del Café Gijón. Noviembre 1975.

nes de fe, sino ejercerla, de un modo natural, sin exhibirla ni ostentarla. Se debe ser liberal sin darse cuenta, como se es limpio, o como, por instinto, nos resistimos a mentir» (de la obra *Ensayos liberales*). Una tradición de familia viene a desembocar en nuestro escritor, que tenía muy cerca ejemplos de conducta y de acción política liberales. La vieja Nati, que aparece con su firme personalidad en los cuentos que me ocupan, había adoctrinado así: «A ella le oí por primera vez... nosotros los liberales, que no queremos sojuzgar a nadie ni que nadie nos sojuzgue, somos los sanos, o al menos los de una conformación mental y humoral más de acuerdo con la naturaleza sana. Todas las personas inteligentes —añadía rotunda— somos liberales.»

Pero la atención del manchego no está fijada con preferencia en los virtuosismos del descubrimiento de culpables o aclaración de enigmas, aunque ha demostrado muy fértil inventiva en este aspecto. El mismo nos ha dicho, y es fácilmente comprobable, que ha cambiado la dosificación de motivos y elementos que integran la novela policíaca. Ya puede advertirse esta novedad en su primer relato policíaco, *Los carros vacíos*[1] (Camilo José Cela la acogió en la colección de Alfaguara), perfectamente construido el entramado detectivesco, pero muy característicamente ambientado en el campo tomellosino. Es algo que aparecerá una y otra vez en la narrativa de García Pavón, tan enraizada en su lugar. «Tomelloso —nos dirá— ofrece las ventajas de un pueblo sobre la gran ciudad. Conoces mejor a la gente, puedes seguir paso a paso biografías enteras.» Y allí ha volcado su gran capacidad de observación, convertida en las que llama él mismo sus «hondas vividuras». ¡Qué alegría de tipos, de escenas, de trabajos y fiestas! La sucesión de las estaciones, con la servidumbre climatológica y agrícola, está sentida y comunicada en todos sus matices, con esa andadura lenta y segura de los fenómenos

[1] En rigor, su primer libro, pues antes había publicado un cuento en que aparece Plinio por vez primera, y es el que damos en primer lugar en esta selección.

de la naturaleza. Hay algo como una comunión con el año en las distintas respuestas de la tierra. Cosechas, estaciones, laboreo, gozos y frustraciones, y tanta y tanta vida de personas, animales y vegetación se sienten como proyecciones del terrazgo, de esta tierra que luego los recibe y transforma. No, no creo que sea obsesión morbosa la frecuencia con que en estas narraciones se nos lleva al cementerio de Tomelloso. En uno de sus cuentos ha reconocido que «cierta afición a los cementerios y a esa cosa tan difícil de entender que es morirse me llevaron a presenciar la exhumación de los restos del torero» (en *Los liberales*); y en otro de la misma serie oímos al sepulturero expresarse con la máxima naturalidad sobre la suerte de sus clientes bajo tierra: «La tierra de esta parte pudre mucho. Estos terrenos en dos años queman un muerto. Ni los botones quedan. Sin embargo, en aquella parte de poniente la tierra es más caliza, tiene mucha tosca, y los cuerpos duran más que vivos.» ¿Hay aquí una insinuación de estoicismo, pesimista como el que nos dice Braulio, «que no se quiso casar ni tener hijos por no haber embarcao a nadie en esta cardenchera»? (en *El reinado de Witiza*).

García Pavón ha dicho más de una vez que su experiencia de vida, personajes y ambientes le suministran los motivos de su literatura. Pero siempre, por muy fiel que se quiera ser a lo dado, es la visión, la interpretación personal lo que se hace experiencia y, luego, literatura. Cuando ha traído Plinio a Madrid ha sido consecuencia de una larga estancia del autor en la capital, pero uno y otro no han dejado, felizmente, la honda huella del campo manchego y de Tomelloso. Oficios, laboreo del campo, fiestas, se nos dan con verismo tocado de notas líricas. Sería muy del caso aducir una antología de pasajes en que seguiríamos el transcurso del tiempo desde una mentalidad y unas preocupaciones camperas, atentas a las consecuencias que el clima tenga en los resultados de trabajos que vienen a tener su momento cimero en la vendimia, «cuando el pueblo tiene color de breva y el aire calmo. Las bodegas están llenas, los bolsillos fuellean de esperanza o están hin-

chados de billetes nuevos [...], las conversaciones apaciguadas, los cuerpos relajados, los jaraíces recién limpios; y las viñas coronadas de sienas y pajizos, de pámpanos declinativos, lloran menopáusicas y añorantes del fruto perdido. Todo el pueblo olía a vinazas, a caldos que fermentaban, a orujos rezumantes. Hasta las lumbreras llegaba el zurrir de tripas de las tinajas coliqueras. El sol de membrillo calentaba sin pasión, pero calentaba» (en *Las hermanas coloradas,* pp. 20-21).

Ya se habrá advertido que el autor no se deja dominar por unas sentimentaciones blandas, ni se entrega al efectismo del estilo trabajado, mientras se reserva el distanciamiento y la agilidad para un quiebro humorístico. Repasad la primavera que se nos ofrece en *El reinado de Witiza,* camino de Miralagos, o el otoño, en *La guerra de los dos mil años* (ca-

Homenaje a Gerardo Diego en el Gijón por el Premio Miguel de Cervantes el 6 de febrero de 1980.

pítulo «Donde empieza el otoño»), o el invierno, en *Historias de Plinio.* Se podría hacer una antología del paisaje y el tiempo, factores tan importantes casi como los personajes y sus andanzas. Hay una comunión con el medio bellamente dicha, y como una sangre de la tierra, el vino, «que barre recochuras y pone la risa a flote. Da corriente a los nervios, despabila bellota, hace buenos amigos, y todas las mujeres comestibles. Enferia el corazón y lo calienta. Te llena los toneletes de leche. Deshollina el riñón, te quita peso, encarga palabras, llama chistes, caldea los ojos, ensalza la lengua y te pone la vida como un haz de alegrones...» (*Las hermanas coloradas,* páginas 205-206).

Finalmente —y dejando muchas cosas— diré que García Pavón ha sabido mantener una muy digna independencia liberal cuando eso no era cómodo ni, mucho menos, ventajoso. Ha titulado los cuentos de antes de la nueva etapa política con los adjetivos de «liberales», «republicanos», y hay un muestrario de sus ironías que la censura o no vio o dejó pasar. Después del «suceso», ha publicado sus *Cuentos nacionales,* pero sin dar a moro muerto gran lanzada. De nuevo, la contención y equilibrio de ese talante liberal no exactamente provinciano, que Jean Becarud vio en sus cuentos («Una visión del liberalismo provinciano», «Rev. Occi.», 2.ª época, número 39).

Todavía hay que apuntar en la obra de García Pavón una nueva incidencia en el mundo de lo misterioso o fantástico, *La guerra de los dos mil años,* entre ciencia ficción y mundo creado en imaginativa pura, de que nos dio una parte en «Donde empieza el otoño» («Nueva Dimensión», febrero 1971). Y una autobiografía, incompleta por supuesto, en *Ya no es ayer* (1976), título tomado del inquietante verso quevediano, «Ya no es ayer, mañana no ha llegado», cuya segunda parte encontramos inserta en *Diálogos del conocimiento,* de Aleixandre. Sí es el sentido y sentimiento del «fugit irreparabile tempus», sin tragedia, asumido sin esperanza ni desesperación, prenuncio de muerte que puede hacerle encontrar ecos en

consonancia con viejas canciones, como el tango «Cuando mangués / a tu lado / se prueban las ropas / que vas a dejar»... La muerte, los muertos tampoco nos los da recargados de patetismo. Compárese la escena del cementerio antes citada —y otras más, repetidas— con la mezcla de grotesco y trascendental que pueda encontrarse en otros autores —la escena de Hamlet, o en Luces de bohemia— y se verá la distancia que hay desde esa literaturización a la manera natural y sobria de García Pavón. Sabido es que desde el ambiente macabro nos tientan el sentimentalismo —o el sucedáneo, la sensimentalina—, lo trascendental y, con tentación difícil de resistir por contraste hiriente, lo ridículo en su variada gama de manifestaciones, cuando no es la llamada de la vida en su afirmación sexual (véase *La voluntad,* de Azorín, por ejemplo, 1.ª ed. XXVI). Algo, y aun algos, en plural, sanchopan-

Homenaje a Plinio. 24 de octubre de 1981.

cesco y para otra designación, hay de aquella visión de la España del siglo pasado en Barrés, *De la sang, De la volupté et de la mort,* pero con menos voluptuosidad —término demasiado culto entre nosotros— y con una filosofía de vida/muerte asumida en estos personajes y personajillos de la obra que comentamos, y suspendida ocasionalmente para el goce del momento y el regusto en la zumba. Aquí se nos ofrece una voz que vale, en sentido normal y vulgarizado, tanto para voluptuosidad como para la guasa. Ya Juan de la Encina la aplicó en su sentido primero, nada más para las vidas en las ermitas y sus ermitaños.

Su obra más reciente, *El hospital de los dormidos,* es casi diálogo puro, sin apenas espacios narrativos ni descriptivos, distante, si no supiéramos lo que tantas veces ha recordado él mismo, su vinculación memoriosa al pueblo, incorporado a su mente y a su sensibilidad. Por eso el habla de carácter, sin abuso, viene a dar el tono justo para la ambientación con una rica precisión en el empleo de términos que designan cosas, lo que nos pone ante la mirada imaginante el medio, o bien que suponen una estimativa de conducta, con lo que se nos va dando, implícita, una ética de grupo. Si a ello añadimos la fácil inventiva verbal que muestra García Pavón, especialmente en la gama jocosa, y con ponderada mesura, tendremos otro de los factores que hacen gustosa esta lectura. Como excepción, recogeré una frase, dicha como sin darle importancia, entre don Lotario y Plinio: «¿Es que se ha cansado usted de estar a la orilla... del aire. Iba a decir del agua? Tiene gracia eso: a la orilla del aire. A la orilla de la nada estamos siempre.» Nada más, nada menos.

El motor de la novela es, por supuesto, la tensión expectante creada por un suceso inexplicado al que se vienen a sumar otros con el mismo carácter enigmático. (No quiero decir «misterioso», pues el misterio, si lo es, no tiene explicación, lo que no ocurre con el enigma.) El arte del escritor consiste en fomentar y proporcionar incentivos a la curiosidad, aplazando su satisfacción, claro, hasta el final. Nuestro novelista

Francisco García Pavón en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo de Santander. 1981.

juega también otras astucias incitativas, como las pistas falsas que, provisionalmente, se dan por buenas y un incremento penúltimo de la expectativa, que parece llevarnos a una solución criminal, cuando el desenlace inmediato va a ser jocoso-erótico. Todo esto responde a una estrategia narrativa que García Pavón conoce y administra con muy ingeniosa dosificación, y todavía se reserva lo que acostumbro llamar efecto segundo, y es que cuando parece habérsenos dado cumplida información de toda la trama y aclarados los puntos oscuros, aún nos reserva el autor una última sorpresa: ahora Plinio, el habilísimo descubridor del enigma, resulta atrapado en el mismo lazo que las demás «víctimas»: uno más para el hospital de los dormidos. Pero ¡ca!, aún le queda a García Pavón otra finta, un último regate, cuando hace que Plinio y don Lotario discutan sobre quién sabe más nombres de las piezas que entran en los carros.

Ahora, en esta novela que comento, el motivo central es el erótico, que viene a sustituir en toda la intriga policial al del robo o al del crimen. Como ocurre siempre, uno se pregunta y plantea cómo ha sido tratado por el autor y qué analogías o rasgos diferenciales nos ofrece. Claro que no voy a dogmatizar remontándome hasta «Las obras de burlas provocantes a risa» (Valencia, 1519), para seguir a través de los siglos hasta nuestros días el tratamiento de algo tan humano y tan afectado por tantas deformaciones. Apenas se ha hecho algo para analizar literariamente este gran motor de acciones e inhibiciones. Sin pretender agotar lo que esta novela ofrece, parece evidente que, por de pronto, se ha buscado (¿y hallado?) un nuevo grado erotizante, pero que deja margen para una buena dosis de humor entreverado. Alguien podría pensar que estamos ante algo parecido a cierta clase de «sicalipsis», la de un López de Haro, por ejemplo, pero no hay tal, pues aquella literatura (!) buscaba directamente lectores en trance de excitantes o sucedáneos. De todos modos, dentro de las distintas maneras de presentar y tratar los motivos sensuales y sexuales, me atrevo a decir que la tonalidad que les suele

dar García Pavón tiene algo distinto de los demás y muy peculiar suyo. Pero esto exigiría un prolijo repaso de esto en la literatura contemporánea, análisis de comportamientos y trato literario que reclama puntos de vista no sólo desde la crítica que aquí nos proponemos.

Lo que el lector va ha encontrar en esta antología va a ser, por fin, la prosa de García Pavón, tomando como fuente sus cuentos, de los que ya tenemos edición completa hasta la fecha (*Cuentos,* Madrid, Alianza Editorial, 1981, 2 vols.). Probablemente el núcleo radical de escritura en nuestro autor es y responde a la concepción del «cuento» como algo relatado directamente a unos, más que lectores, oyentes, y ajustado a las convenciones habituales en este género narrativo: brevedad, intención concentrada para venir cada matiz a desembocar en un final no esperable. Claro que esta dinámica puede estar sustituida por una cierta quietud, sin acción apenas ni, por tanto, proyección tensiva hacia un desenlace. El propio escritor nos ha dejado dicho al frente de la edición citada que sus cuentos van por dos caminos: «el más ancho de mi obra narrativa, que podría denominarse autobiográfico, o mejor, vivencial, y el fantástico». Esta segunda veta surgió ya en su primera novela, *Cerca de Oviedo* (1946), y rebrotó en su penúltimo libro de cuentos, *La guerra de los dos mil años* (1967). Pero será mejor dejar la pluma a García Pavón, que se ha explicado más extensamente en carta a Erna Brandenberger, que ésta recoge en su libro *Estudios sobre el cuento español contemporáneo* (ed. Nacional, Madrid, 1973). Nos parece información muy valiosa la que allí nos da el autor:

> «Yo creo que cualquier género literario, en su acepción preceptiva pura —clásica, romántica, realista, surrealista, etc.—, salvo especialísimas excepciones, sólo se da en los escritores miméticos, secundarios y corifeos. Es decir, que cada escritor auténtico, singular, capaz de expresar un mundo 'suyo', da una versión personal distinta del género que cultiva.

En arte y literatura, toda técnica, todo canon previamente establecido, normalmente repugna al verdadero creador... Ya que él debe ser canon inédito, nueva ventana ante un ángulo del paisaje humano.

Para mí, toda definición de cuento que exceda el decir que es una narración breve, sólo puede enriquecerse con los atributos peculiares del autor que lo cultiva. Lo que el cuento haya de tener de épico, de lírico o dramático; de caracterización de personajes, ambientes, paisaje o humor pertenece a la secreta e inequívoca 'minerva' de cada escritor verdadero y del tono y complexión que pida el tema tratado.

Los cuentos que yo he escrito están más cerca de lo lírico que de lo épico; son más poemas que relato, aunque estén montados sobre unos personajes 'reales' y un tema más concreto y contadero.

Casi todos mis libros de relatos —salvo *La guerra de los dos mil años*— son reviviscencias, fijaciones de mi biografía matizadas por los años y la nostalgia del tiempo perdido. Son cuadros biográficos que reflejan las guías más esenciales de mi ser y existencia. Quiero decir que constelan mi intramundo más sentido. Y naturalmente llevan implícitas mi manera peculiar de ver el mundo —mi mundo—; de enjuiciar la sociedad —mi sociedad—, y de amar o repudiar mi contorno humano y geológico.

Como soy un escritor esencialmente intuitivo —lírico—, nunca planifico mis narraciones. Simplemente las escribo cuando 'ya están hechas' en mi memoria e imaginativa, y sin esfuerzo 'se caen' de la pluma. *Cuentos de mamá, Cuentos republicanos, Los liberales* y *Los nacionales* —libro que ahora preparo— son trasuntos de otras tantas etapas de mi vida: infancia, adolescencia y primera juventud en los encuadres político-sociales correspondientes, reducidos a sus más entrañables vividuras. Su lenguaje, tiempo, ternura, humor y escenario son fruto de mi es-

pecial biología y circunstancia histórica, sin la menor maquinación ni maniobra escolástica.

Tengo una fe absoluta en la sinceridad, en la autenticidad sin mañas, y creo que el más implacable documento que un escritor puede dejar de su ejecutoria y tiempo es escribiendo tal y como sintió, tal y como habló, tal y como vio o imaginó su contorno. Para mí la literatura —y el cuento concretamente— debe ser una quintaesencia estremecida —épico-lírica— de su más profunda y reiterada visión de su trozo de mundo y de sí mismo... Todo lo demás es literatura.

La guerra de los dos mil años es un libro de imaginación crítica, no rememorativa y acariciador de fijaciones pretéritas. ¿Pero es que la imaginación, el repertorio de 'imaginaciones constantes' que a uno le acompañan toda su vida no son algo tan real como las noticias y hechos concretos de su historia vivida? En nuestro cerebro habitan, hasta la hora de la muerte, tanto el recuerdo de ciertas cosas que vimos como la imagen de otras cosas que pensamos, que sólo sentimos en la tiniebla de nuestras soledades. Ambas, imágenes inventadas e imágenes que fueron, a la hora de los grandes resúmenes pretéritos, tienen igual identidad, representan de la misma manera el ser insólito que somos. Al fin y al cabo, las cosas que fueron, cuando caducan, no son más reales que las que sólo existieron bajo la bóveda de nuestro cerebro.»

FRANCISCO GARCÍA PAVÓN

Antología

De «HISTORIAS DE PLINIO»

De cómo *el Quaque* mató al hermano Folión y del curioso ardid que tuvo el guardia Plinio para atraparle.

Con haber en el teatrillo del pueblo cupletistas y estar el tiempo metido en agua, aquella noche no fueron al Casino más que los inseparables de Heraclio Fournier. Zurraba la lluvia de lo lindo desde que amaneció y las calles venían rebosantes de las aguas rojizas del monte. Los hombres llegaban al Casino bufando y sacudiéndose las capas y gabanes. Sobre el suelo entarimado quedaban las huellas de las botas mojadas, y una pegajosa y caliente humedad se respiraba en el salón. A la luz pajiza de dos lámparas menguadas advertíase un ambiente espeso de humos y vapores encerrados. Sobre los tapetes verdes, unos hombres, ausentes de todo, con las boinas caladas y el cigarro en la comisura de los labios, manejaban sin cesar unas cartas mugrientas, dando grandes golpes con los nudillos, ensordecidos por el fieltro, sobre el tablero de la mesa cuadrada. Alrededor de cada partida, sentado o de pie, había un piquete de mirones adormilados.

El camarero —Peluco— dormitaba junto a la estufa, con la greña cana sobre los ojos. De cuando en cuando, si los ju-

gadores levantaban la voz en sus villanas discusiones, Peluco alzaba un poco los párpados para en seguida volver a cerrarlos. La partida que más atraía la atención aquella noche era la de *el Quaque*. Este, con otros tres, entre ellos el tío Folión, jugaban «al golfo» tres horas ya, de a peseta el juego. *El Quaque,* con la cara muy pálida y sus purulentos ojos encendidos, a cada nada daba tales puñetazos sobre la mesa, que todos parecían atemorizados y deseosos de acabar pronto la partida. A *el Quaque* casi siempre le daba bien el naipe, y al tío Folión, mal; pero aquella noche, por un capricho de la suerte, las cosas ocurrían de muy distinta manera, y era el Folión quien tenía entre sus manos ya más de diez duros del encolerizado contrincante.

El Quaque, que por entonces tendría unos veinticinco años, había dedicado lo mejor de su vida a atemorizar a la gente. Era hombre anguloso, con mucho cuello, nuez ofensiva y cara de perro galgo; pero con ojos saltones y siempre echando chispas de ira, cosa esta muy impropia de los galgos. Iba siempre vestido de pana negra, con una boinilla de hongo que nadie le vio quitada jamás, pantalones muy estrechos, y tan cortos que se le veían enteras las boconas botas de elásticos y buena parte de los pardos calcetines. Andaba siempre dando zancadas y con ambas manos en los bolsillos del pantalón, como si tuviese prisa de encontrar a alguien para degollarle. Siendo niño, le quitó a su padre un enorme revólver, que ya no abandonó hasta el día que lo llevaron a la trena. Como se le notaba mucho el bulto del arma bajo la ceñida chaquetilla, todos los niños solíamos mirarle a la parte del bolsillo trasero del pantalón, por ver aquel fenómeno de bulto que hacía el pistolón de *el Quaque*. Hablando éste de su arma, solía decir «que daba cada berrío que temblaba el orbe». Siempre hablaba dando voces, mirando con iracundia y golpeando las mesas o paredes con su puño huesudo y duro. A los señoritos les llamaba «levitas» y solía escupir cuando pasaba ante ellos. Su padre y dos hermanas habían muerto tuberculosos, y él, al decir de las gentes, tenía también «un sapo en los fuelles».

Hombre violento y endemoniado, ya en la escuela pegó un navajazo a un condiscípulo porque arrancó a nuestro hombre el rabito de la boina. Vivía de vender piensos en un cuartuchín que tenía junto a la posada de los «Portales», y el juego era su única diversión. Nadie en el pueblo quería cuentas con *el Quaque,* y no era raro verlo pasear solo por las afueras, con ambas manos en los bolsillos y a toda velocidad. No había blasfemia que no dijese mil veces a la hora, y a toda la Humanidad se la tenía por enemiga, aunque no solía buscar a nadie para provocarle. En el fondo, era taciturno y dado a las negras cavilaciones, en las que de seguro no dejaría de intervenir de manera muy activa su enorme revólver. No bebía ni tenía amigos fijos. Cuando llegaba al Casino, más por la fuerza que de grado, hacía partida con los primeros que encontraba.

El tío Folión, por el contrario, aunque muy vago, era hombre bien visto en el pueblo. De buen natural, gordón y coloradote, comiendo y bebiendo pasaba los mejores ratos de su vida. Tenía chispa contando cosas, y era el hombre del pueblo que más consejas y sucesos conocía. A sus setenta años, siempre andaba con mocetes... y ello le perdió. Le dominaba el vicio del juego, tal vez porque perdió siempre, pero el hombre llevaba las cosas con mucha resignación y filosofía. Se contaba de él que siendo concejal organizó entre las amas de casa un concurso de rosquillas de anís y, como único jurado, se pasó un día entero por todas las casas del pueblo probando las rosquillas. Los agraciados con el premio le invitaron a cenar..., y Folión pidió rosquillas de postre, de las que se zampó una docena.

Aquella noche, con la novedad del ganar, el tío Folión estaba muy dicharachero, diciendo bromejas al *Quaque* y haciendo chistes sobre los accidentes del juego.

Con venirle las cosas tan negras, *el Quaque* estaba para estallar. Las burlas le tenían acerado y encerado el rostro más que de costumbre, y cada vez que robaba carta, mien-

tras la punteaba, no le llegaba el culo a la silla. Aguantábalo todo sin despegar el pico, sin duda por miedo a que le temblara al hacerlo toda la caja de la boca. Muy a menudo soltaba un aire estrepitoso por sus narices de alcayata; pero su mayor elocuencia consistía en lanzar miradas raseras y de soplete al hermano Folión.

Las últimas dos pesetas que le quedaban a *el Quaque* las tiró a la mesa como si estuvieran apestadas. Acto seguido dio una patada a la silla y salió bufando del Casino. Del portazo que dio, así como de las estruendosas carcajadas que soltó el tío Folión cuando le vio salir, despertó el camarero Peluco, dando un respingo y diciendo: —¡Voy!

No se apartó mucho del Casinillo *el Quaque,* después de dar el portazo. Se quedó pegado al cafetín de la Lola, que estaba en la misma esquina del «Pretil». No había luz alguna en aquel lugar, y *el Quaque* podía acechar muy a su sabor, sin quitar los ojos de la puerta vidriera del Casinillo, que sobre las completas tinieblas se dibujaba con un cuadrante de luz amortiguada. Había cesado la lluvia; pero un vientecillo barbero silbaba estremeciendo de firme los árboles de la plaza próxima.

No llevaría un cuarto de hora *el Quaque* en su negro acecho, cuando se abrió la puerta del Casinillo y se vio salir, por el recuadro rojizo de su luz, la abundante naturaleza del tío Folión, envuelta en su pañosa. Confiado y contento, sintiendo los diez duros de *el Quaque* en la faja, junto al ombligo, venía cantandillo aquello de:

De la uva sale el vino,
¡qué rico vino!,
plin pliriplín...
De la uva va a la cuba,
¡qué rica cuba!,
plin, pliriplín...
¡qué rico está en la cuba!

Cantaba bajo el embozo de su capa, y la voz le salía gorda y abrigada, como si cantase en la cama.

Cuando hubo pasado un buen trecho del bar de la Lola, *el Quaque,* sigiloso, encorvado y desconchando las paredes de puro ceñido a ellas, echó tras el gordinflón. Así que entró Folión en la calle de las Huertas, *el Quaque* apretó el paso, aunque sin perder el silencio. Llegó hasta unos cuantos metros del gordo que, cada vez más metido en su gozo, cantaba a grandes voces... Ya iba por aquello de:

... de la copa va a la panza,
¡qué rica panza!,
plin, pliriplín...

cuando *el Quaque,* dando un par de zancadas, se echó por la espalda sobre el tío Folión. Este no tuvo tiempo de volverse. Anudándole los brazos al cuello y clavándole la rodilla en los riñones, *el Quaque* hizo fácilmente troncharse al gordo, que dio en el suelo encharquitado con toda su naturaleza. Poniéndole luego una rodilla sobre la barriga y el codo en la boca, le arrancó de un tirón la bolsita que llevaba en la faja con el dinero.

—Toma bollagas —le dijo, sacudiéndole unos puntapiés—; de mí no se ríe nadie...

Pero cuando *el Quaque* intentó marcharse, la cosa no fue fácil. El tío Folión le había cogido una pierna, y abrazándola con todas sus ansias, le mordía en la enjuta pantorrilla. *El Quaque* gritaba sordamente y aporreaba con ambos puños la calva cabeza del gordo. Pero éste no soltaba su bocado... Fue entonces cuando el mozo sacóse de un tirón su histórico revólver y le dio al mordedor un «casquío» a quemarropa... Se aflojó la boca del tío Folión. *El Quaque* echó a correr como loco, creyendo que el eco repetía mil veces el ruido de su disparo. Al llegar a la calle de Martos se serenó un poco. Tiró por una lumbrera la talega del tío Folión, guardándose los cuartos, y empujado por una repentina y tozuda idea de

desquite, enderezó sus pasos hacia el Casinillo... Sin darse cuenta, con voz cascada y trágica, iba repitiendo la canción que oyera a su víctima:

De la cuba va a la bota,
¡qué rica bota!,
plon, ploroplón...,
¡qué rico está en la bota!

Cuando Plinio, el jefe de policía municipal, llegó del teatro al Ayuntamiento dando tiritones y con la punta del cigarro en la boca, Rosendo, el guardia de servicio, que estaba arrepantingado sobre el brasero, le dijo:

—Poco me equivoco si lo que se ha *sentío* por ahí hace poco no ha sido un tiro.

Plinio, que se había puesto en cuclillas ante el brasero, levantó la cabeza y le miró astutamente, con los ojos entornados, según acostumbraba:

—¿Dices que un tiro?

—Sí, señor... Que no soy yo de los que confunden los tiros con los *cobetes*.

—Pues anda y búscate a los serenos que estén más cerca, a ver qué dicen.

Rosendo se levantó de mala gana. Se estiró, se vistió la pelliza con cuello y puños de astracán y salió carraspeando del cuartillo de guardia.

Plinio tenía fama de ser el hombre más pacienzudo y callado de Tomelloso. Oía siempre con el cigarro pegado a la boca y cara de escéptico. Llevaba casi veinte años «arrastrando el sable», como él decía, y sabía más del pueblo que nadie. Dotado de gran talento natural, sabía mucho del corazón humano, aunque «en pardo». Sin decir nada, con el solo instrumento de sus ojos socarrones, desarmaba a los rateros, placeras de malas artes, prostitutas rústicas, robamulas y demás sujetos de su habitual clientela. Famosos eran sus ardides y coartadas, como algún día dirá la historia; y muy pocos suce-

sos, grandes o pequeños, quedaron por discriminar en su mandato..., a no ser aquel famoso robo de la tonelería, que hacía entonces tres años que no le dejaba dormir.

Sin pedir permiso, un hombre liado en una manta entró en el cuartelillo de guardia y se quedó varado, con los ojos fijos y la boca a medio abrir.

—A la paz de Dios —dijo al fin.

Plinio lo miró sin responder de momento.

—¿Qué hay?

—*Pos, na;* que venía de ver a mi yerno, que está un poco *averiao,* y al cruzar la calle de las Huertas me ha parecido ver en el suelo un bulto.

—¿Te ha parecido verlo o lo has visto?

—Sí, señor; lo he visto. Es un hombre muerto... Poco me equivoco si no es el tío Folión.

En éstas estaban cuando entró Rosendo acompañado de dos serenos.

—Estos dicen que no han oído *na* —dijo.

Plinio le miró con su cara socarrona, ladeando un poquito la boca, en sonrisa capada.

—Vete a avisar al juez. Y tú —a un sereno—, al forense. Y tú —al otro sereno—, vete al Casinillo y dile al Peluco que me traiga un café bien cargado, en seguida.

Mientras venía el Peluco, Plinio mandó a otro guardia para que guardase el cadáver... Pero el Peluco llegó en seguida.

—Buenas noches, jefe.

—¿Ha estado el tío Folión esta noche en el Casino? —le preguntó de sopetón.

—Sí. Por cierto que le ha ganado toda la «chatarra» a *el Quaque.*

Plinio tomaba la tacita de café a sorbitos menudos.

—¿Hace mucho que salió el hermano Folión de allí?

—Sí, hará casi una hora.

—Y *el Quaque,* ¿se fue también?

—Sí, pero volvió en seguida. Se conoce que fue a su casa a por dineros.

—¿Quién salió antes?

—Primero, *el Quaque.* Después, el tío Folión. ¿Es que pasa algo?

—No, pero tú te callas.

—Sí, señor.

—¿Quién más había en la partida?

—El tío Fuchino y el hermano Paco *Vitor.*

—¿Se han ido también?

—No; no se han movido del Casino. Todavía siguen jugando con *el Quaque* otra vez y con el Cabrero.

—Vuélvete al Casino, y ni una palabra.

—¿Me puedo ir ya? —dijo el de la manta, que seguía inmóvil y sin desarroparse.

—No. Siéntate aquí un rato. Tendrás que declarar.

—Yo no quiero líos con la justicia... Si he estado por no venir... que cada cual cuide de su petaca... que el que se arrima a desgracias, algo se le pega.

—Toma. Echa un pito y calla —le dijo el jefe, alargándole la petaca.

Media hora después, con aire soñoliento y el sable desceñido, entraba Plinio en el Casinillo de San Fernando. Como que no hacía nada, se acercó a la partida de *el Quaque,* que, olvidado de todo, al parecer, seguía jugando con la pésima suerte de antes e idénticos puñetazos sobre la mesa. *El Quaque* vio de reojo acercarse al jefe. Como éste era mirón con frecuencia, nadie se extrañó de verle allí, pero a *el Quaque* comenzaron a bailarle las sotas que tenía delante y a jugar distraídamente... Y nadie sabe por qué extraño milagro le empezó a dar bien el juego desde que llegó el jefe.

De cuando en cuando el criminal le echaba un reojo a Plinio, que parecía muy atento a las jugadas. *El Quaque* comenzó a sentir frío. Un frío endemoniado que se le clavaba en la espalda como espinillas.

El jefe, impasible, persistía en no encender su cigarro, que

ya entró apagado. Peluco, el camarero, con los ojos abiertos como liebre, no le quitaba la vista de encima al jefe.

El Quaque quería que lo tragase la tierra, salir de allí; pero no se atrevía. Cuando no tenía cartas que mirar porque barajaba otro, miraba con ahínco el verde tapete... Pasaban los minutos y el guardia no movía un dedo.

El próximo reloj de la plaza dio las tres de la madrugada... Y de pronto, cuando el criminal se disponía a robar del montón una carta, le dijo Plinio, quitándose la colilla de la boca y con voz socarrona:

—Vaya susto que le has pegado al hermano Folión, *Quaque.*

Al *Quaque* se le quedó parada en el aire la mano con que iba a robar la carta.

—¿Susto?... —dijo sin aliento.

—Sí, hombre, sí —añadió el jefe, que lo miraba con mucho examen—. Me lo he encontrado por la calle e iba blanco como el yeso.

El Quaque robó la carta por fin e hizo un esfuerzo por seguir jugando.

—¿A quién se le ocurre más que a ti dispararle la pistola sin venir a cuento?... Podías haberle herido... El pobre iba descompuesto. Hasta tila ha tenido que beber... ¡Qué puñetero, *Quaque*! ¡No seas tan bromista! —añadió, dándole una palmada en la espalda—, que yo te quiero bien y esta noche podías haberte buscado el bollo.

La partida se había interrumpido y todos oían con atención lo que decía Plinio. *El Quaque* tenía la barbilla clavada en el pecho.

—En fin, me voy a acostar —dijo Plinio—. Pero no vuelvas a gastar esas bromas, mocetón.

—¿Entonces es que no le he tocao *na, na, na*? —dijo *el Quaque,* algo animado.

Plinio, al oírle esto, le echó la garra sobre el hombro brutalmente y le dijo:

—¡Date preso, *Quaque*!

EL FORD

Yo creo que cuando nací ya estaba en casa el Ford color verde aceituna. Por las tardes de verano, en medio del patio, Emilio —que era el chófer— lo lavaba con una esponja y una gamuza de esas que cuando se mojan brillan y están muy suaves, y cuando están secas, se ponen duras como un cartón. La abuela también ayudaba a lavarlo, porque quería que tuviese mucho brillo. Y cuando ya estaba limpio y seco, quedaba en el centro del patio brillante como un jaspe, dándole el sol en el parabrisas con muchos reflejos, y en el tapón del motor, que era una mujer con alas, niquelada, que mi tío la llamaba Victoria, y decía que era de Samotracia, que es un pueblo de los que ya no están en el mapa.

Estaba el Ford tapizado de cuero negro con botoncitos redondos de vez en cuando, haciendo bullones. Y no tenía cristales, sino celuloides de esos con los que hacen las gafas de juguete y las púas de tocar las bandurrias. La bocina era muy hermosa, con la pera negra y tan gorda que yo no podía abarcar con la mano, y para tocarla tenía que tirarle pellizcos... y su forma me recordaba una cosa que no quiero decir. La trompeta de la bocina era muy larga y niquelada también, y sacaba un sonido muy señor, al decir de mi tío. También tenía el Ford un claxon, que era un botón que estaba debajo y a la derecha del volante, y al apretarlo sacaba un sonido bronco..., como si carraspease un hombre gigante. El volante era negro-azulado, bien redondo y suave; y debajo tenía dos varillas blancas que cuando se bajaban o subían hacían que el

motor aprestase mucho. Tenía también el auto aquel tres pedales muy altos, un botón para arrancar, que era como un ombligo sacado, y un freno que el tío decía ser muy duro... Lo que menos me gustaba del Ford era la manivela, demasiado fina, y siempre colgante como el rabo de un perro.

Cuando se ponía en marcha, comenzaba a retemblar un poquitín todo él, y hasta no acostumbrarse, parecía que era uno el que tiritaba. Y eso sí, al arrancar, y cuando el tío le bajaba y subía aquellas varillas doradas de debajo del volante, soltaba el demonio del auto unas pedorretas muy graciosas que asustaban a las mulas y a los caballos.

En junto, la vista del Forinche era simpática. Era más bien alto y fino, como los chicos de quince años, o las potrillas, o los buches, o los galgos jóvenes. Y yo no sé qué compostura tenían los asientos y los respaldos que, desde fuera, los que iban detrás parecían demasiado tiesos, como si llevaran corsé o fueran sentados sobre el borde de alguna cosa. Por la trasera tenía un cristal grande y cuadrado, que era por donde los que se iban decían el último adiós con la mano..., y en este cristal había puesto mi tía un monito de lana colgado de un cordoncito, que iba siempre bailando cuando el auto marchaba, y si corría mucho, el muñeco se volvía loco de tanto zarandeo. La toldilla era brillante, negra, de cuero fino de zapato.

Cuando yo montaba en él para ir a la huerta o Argamasilla, disfrutaba mucho viendo cómo se asustaban las mulas y los caballos, y cómo los carreros nos echaban maldiciones cuando pasábamos... Y también que gustaba el ver a los árboles quedarse atrás, y los perros que venían ladrando envueltos en una nube de polvo, hasta que se cansaban y quedaban parados, meneando la cola y mirándonos con la lengua fuera, resollando y con los ojos vencidos... Y es que el hombre, por lo que inventa —como decía el abuelo—, es el mayor animal de la creación y vence a todos. (No estoy muy seguro si decía «el mayor animal» u otra cosa parecida, pero yo lo entendía muy bien.)

Cuando atravesábamos la llanura a la caída de la tarde y el sol nos daba de frente, hacía tantos brillos en el parabrisas y en las conchas de las cortinillas, y en los niquelados, que parecía que íbamos metidos en una bombilla... y por ello todos nos poníamos la mano sobre los ojos y nos picaban las narices y estornudábamos. Y si el sol nos daba de lado, brillaban mucho los pendientes y los collares de las mujeres, y la sombra del auto, muy raquítica y muy estirada, con nuestros cuerpos dentro muy largos y muy salidos, nos seguía todo el tiempo, sobre los surcos de la tierra, o los montones de piedras, o los árboles, o las fachadas de las casas..., subiéndose por ellas.

Cuando acabábamos el viaje, el Ford parecía cansado. Estaba lleno de polvo, echaba humo por el radiador, donde tenía la Victoria, y quemaba por todas partes. Si entonces, como solían, le echaban unos cubos de agua en las ruedas, el auto parecía agradecerlos y sentirse mejor...

Yo le tenía mucho cariño, porque el pobre Ford hacía todo lo que podía por darnos gusto... y, sobre todo, cuando le metían por barbechos y eriales para demostrar que era duro, el pobre cumplía muy bien, y con su paso borriquero y sus pedorretas se saltaba todos los obstáculos como podía y sin quejarse jamás.

Cuando llovía, el pobre Ford también pasaba lo suyo: iba por barrizales y baches, con el parabrisas y las cortinas de concha cuajados de lágrimas; resbalando a veces, de barro hasta las puertas, pero sin pararse, como un valiente... Luego, cuando se quedaba en la cochera, a mí me daba lástima dejarlo tan solo, tan helado, tan «custrío» de barro, tan derrotado.

Muchas veces oí contar en casa las dos grandes aventuras del Ford, que ocurrieron cuando yo no había nacido o cuando era todavía muy tierno. La primera fue cuando, recién comprado, lo conducía mi abuelo, que como era muy nervioso y «de otros tiempos» (pues sabía conducir muy bien tartanas, tílburis y hasta jardineras de yunta), no guiaba bien el auto y chocó con un carro. Y ello le dio tanta rabia, que se bajó,

le dio una patada al pobre Ford y lo dejó solo en medio de la calle. Tuvo que ir mi tío a recogerlo, y desde entonces ya no condujo más el abuelo, pues decía que «aquello no era para él».

La otra aventura fue cuando el tío José y el otro tío y papá, en vez de ir a Manzanares para matricular el auto, se escaparon con él hasta Madrid y se corrieron la gran juerga. Las mujeres siempre contaban esto con cara de un poco disgusto, y ellos se reían mucho porque aquello había sido «una hombrá». Y hablando de este percance fue cuando yo empecé a darme cuenta de que a las mujeres les gustan de los hombres las cosas que dicen que no les gustan, y de que los hombres, como lo saben, muchas veces hacen algunas cosas, no porque las deseen mucho, sino porque saben que a las mujeres les gustarán, aunque luego digan que no. Y es que, como decía el abuelo, la mujer es un hombre a medio hacer..., o como decía Lillo: entre el «sí» y el «no» de una mujer no cabe un soplo de aire... Y lo que yo sacaba de todo esto es que las mujeres no son hombres, ni chicos, ni gatos, sino como las nubes, que no son nada y toman la forma de todo.

Mi hermanillo al Ford le llamaba el «pabú», y es que lo que más le chocaba era la bocina. Muchas veces me preguntaba yo cómo le habría llamado al Ford si no tuviese bocina.

Mi hermanillo, siempre que iban a subirlo al Ford, temblaba, ya no sé si de gusto o de miedo, pero luego, durante el viaje, ya no temblaba, aunque sí iba como soliviantado, con los ojos muy abiertos mirando a todos sitios y fijándose mucho en los trajines de mi tío, que conducía. Pero cuando se paraba el Ford, mi hermanillo parecía descansar y se bajaba de él con ojos más confiados..., pero al regreso, vuelta a temblar y vuelta a soliviantarse. Nunca conseguimos que se durmiese en un viaje.

Mamá montaba en el auto tranquila, pero con una cara de resignación, como diciendo: «¡Que sea lo que Dios quiera!»... y cuando veía otro auto venir de frente, aunque disi-

mulando muy bien, miraba hacia delante con un pelillo de miedo en sus ojos azules.

Mi tía y sus amigas, en cambio, iban en el Ford como en su casa: moviéndose mucho, riéndose y hablando a voces con mi tío... Hasta sacaban la cabeza por las ventanillas, miraban hacia atrás, cambiaban de sitio, se hacían cosquillas, o decían: «Venga, Pepe, más de prisa»... Mi abuelo iba en el auto muy serio y satisfecho y sin guiar —eso sí—, pero pensando para sus adentros que por aquel invento el hombre era el mayor animal de la creación, como él decía (o cosa así).

Años después, en casa compraron otro coche más moderno, y el Ford lo vendieron a un alpargatero, que hizo de él una camioneta, porque «era un motor muy bueno». Pero yo, aunque el auto nuevo era mejor, cada vez que veía por la calle a nuestro medio Ford —pues el otro medio era carrocería— sentía bastante tristeza y se me despertaban muchos recuerdos buenos... Y entonces caí yo en la cuenta de que las personas mayores son menos cariñosas que los niños y que toda su ansia es tener cosas mejores.

EL SARAMPION

Y pusieron en las bombillas y en los balcones de la alcoba de mamá papeles colorados; y colocaron cada una de nuestras camas a un lado de la cama grande porque los dos hermanos teníamos el sarampión. A mí me alcanzó un jueves y a él un viernes... Mi cama era la que estaba al lado del balcón, y la suya junto al armario; pero como la cama de mamá, que estaba en medio, era más alta, yo no veía a mi hermanillo... Sólo el piecero de su cama, que se retrataba en el espejo de la coqueta... Todos los muebles de la alcoba eran altos, color corinto, con incrustaciones de laureles, de armas, de liras y de laúdes barrigudos... Y sobre la mesilla de noche, que estaba a mi lado, había un reloj que no se paraba nunca. Y unas ve-

ces casi no se oía, pero otras se oía tanto que parecía que latía toda la alcoba, y el armario, y el lavabo, y las descalzadoras tapizadas de azul..., y el jarro del lavabo blanco y gordo, y las sienes.

Como era invierno, por el balcón se veía un cielo muy feo. Por las tardes tocaban las campanas a Gloria, porque todos los días se morían niños del sarampión. Tocaban horas y horas. Y algunas veces se oían las campanas, pero no se oía el reloj, y otras al revés, y otras las dos cosas... y además un organillo que se paraba en la esquina de la confitería todas las tardes a tocar el «Adiós, muchachos, compañeros de mi vida»... Lo tocaban todas, todas las tardes. Y cuando se iba, todavía seguía yo oyéndolo... Y creía que aquellos muchachos que se iban éramos nosotros: mi hermanillo y yo. Y luego decía el tango, que iba cantando una chica, «barra querida de aquellos tiempos». Y yo no sabía que sería aquella cosa de «barra querida»... y miraba al toallero, que eran dos barras de cristal. Y es que, entonces, yo nada oí bien, ni nada veía bien, ni nada entendía bien, pues en mi cabeza todo daba vueltas, colorado como el papel de las bombillas y el balcón, y todo me sonaba a campanas, a reloj y a organillo. ¡Sobre todo el organillo! Y sonaba al anochecer, cuando subía la fiebre y nos ponían el termómetro, y lo miraban a la luz del balcón y decían: treinta y ocho y medio, treinta y nueve y medio... «Adiós, muchachos, barra querida... de aquellos tiempos...» Tin, ton... Tic, tac, tic, tac.

Y todos los días, por el espejo de la coqueta, pasaban muchas veces papá y mamá, la Tala, la abuela, el abuelo, y nos miraban, y hablaban entre sí, y nos tocaban la frente.

Las manos de don Domingo, el médico, estaban muy frías y daba gusto. Cuando nos tomaba el pulso sacaba un reloj finito de oro y lo miraba muy serio, pero yo, por más que aguzaba, no conseguía oír el reloj de don Domingo: no lo dejaba oír el de la mesilla, que era más gordo... Y si yo movía las piernas o sacaba los brazos, don Domingo me decía: «Ni-

ño, no hagas banderas.» Y yo no sabía por qué cosa sería aquello «hacer banderas».

De noche venía la criada de la confitería aver cómo estábamos, y la de Bolós, y la de Salvadorcito... Ellos también estaban con el sarampión... Toda la calle estaba con el sarampión, menos la nena del organillo.

... A veces no sabía yo si es que veía a papá y a mamá y a toda la gente en el espejo de la coqueta, o es que lo soñaba, o es que los recordaba de antes del sarampión... Me pasaba igual con el «Adiós, muchachos», que no sabía cuándo lo estaba oyendo y cuándo no. Y unas veces me creía que sí, que estaba en la cama, pero otras no, sino que volaba por encima de la plaza, y que en medio de ella estaba León, el policía, con el sable colgado y comiéndose una lechuga hoja a hoja.

Una tarde estaba tocando el organillo en la esquina el «Adiós, muchachos», y de pronto se paró... y es que pasaba un entierro... que fue el de Salvadorcito. Y oí muy bien cómo los curas cantaban al pasar bajo mi balcón; sobre todo oía muy bien a Paco, el sacristán, que tenía una voz muy retumbona. Y de pronto me estremecí porque la banda de música comenzó a tocar la marcha triste que tocan en las procesiones, y era que iba la banda en el entierro, porque el padre de Salvadorcito era teniente de alcalde. El entierro tardó en pasar mucho, mucho, mucho, y ya cuando no se oía nada del entierro, siguió el organillo con su «Adiós, muchachos», por donde lo había dejado... Pero yo no supe que aquel era el entierro de Salvadorcito hasta luego, muy después, y siempre pensé que la banda lo que iba tocando entonces era el «Adiós, muchachos».

Todavía tardaron muchos días en quitar los papeles rojos de los balcones y las bombillas. Cuando nos pusimos buenos, ya se había ido el organillo, de modo que nunca pude verlo, ni a la nena que cantaba.

EL BAUTIZO

A la memoria de la pluma de Julián Ayesta.

El bautizo fue lujosísimo, de máximo pago, con los curas recibiendo en la puerta del templo. A toda orquesta. Además, por la tarde, que es la hora de las ceremonias extraordinarias. En el patio de casa de los tíos se reunieron todos los señoritos y señoritas del pueblo. El patio, lleno de sol, tenía en el centro dos palmeras muy gordas metidas en tiestos de madera pintados de verde. Mientras vestían al niño con la ropa de cristianar, las señoras y la tía, las señoritas y los señores, todos con sombrero, iban y venían alrededor de las palmeras. Los niños, endomingados, jugábamos al escondite. Entre las hojas de cuchillo de las palmeras veíamos cortadas las risas, el humo de los cigarrillos, los labios de carmín, el brillo de las joyas. Toda la espera breve de aquella tarde de sol, de un bautizo de sol, estaba cortada en mil jirones verdes por las mil cuchillas verdes de las palmeras enanas. Como a través de persianas caprichosas: los gritos, el perfume del agua de colonia añeja, los polvos de arroz, los cigarrillos turcos y *Camel* (o sea camellos); las narices, los ojos, las bocas, las abotonaduras, las puntas de los senos, los pendientes en el lóbulo de las orejas, los lunares postizos, los cuellos pelados a lo *garçon*, las risas que dejaban ver las lenguas húmedas, los culos unánimes

bajo la seda, las miradas intensas que viajaban por las curvas, los gritos..., todo en cuñitas fugaces, todo pinchado y aserrado por las hojas de las palmeras. Había hojas de palmera que pinchaban sol, y hojas que pinchaban sombra, hojas que pinchaban bocas carnosas de mujer y bocas barbudas de hombre. El tío —chaqueta negra con ribete de seda, pantalón a rayas— servía copitas de licor entre el sol y las palmeras (coñac para los caballeros, anís para las damas...). Vasos de agua en grandes bandejas plateadas. Las criadas reían en la cocina. Los niños venían de París a que los bautizasen en Tomelloso.

... Del bautizo: el recuerdo de mantillas blancas entre trajes oscuros. Zapatos brillantes sobre el tosco pavimento de la calle del Monte. Los niños, con zapatos blancos, íbamos cogidos de la mano. Gentes en las ventanas y en los balcones. «La iglesia hecha un ascua de luz» y «la toda orquesta». Suenan las pesetas sobre una bandeja. Un cirio. Un llanto. «Está muy fría el agua.» La sal y otra vez al sol.

Y después fuimos al fútbol (hombres fuertes que corrían en un teatro grande sin techo. Algo sin palabras). Sí, íbamos al fútbol porque jugaba Blas, el novio de Flor, la madrina del niño primo. Fuimos en coches brillantes, cargados de reflejos. Salimos al campo. Y todos decíamos: «Vamos al campo.» ¿A cuál campo? Ya llegamos al campo. Entramos con los coches cargados de brillos, de perfumes, de risas. Desde el coche íbamos a ver el fútbol. (Habíamos salido de un campo para entrar en aquel otro campo.) El sol nos daba de plano en los ojos. Nos cegaba. Alguien dio las entradas, desde los coches, al pasar por la portada grande del campo, que era como un corralón. Sol, sol, reflejos de parabrisas. ¿Dónde estaba el fútbol? Cuando abría un poco los ojos y miraba a lo que llamaban campo de juego, veía unos hombres a medio vestir de blanco, rodeados de sol, con pañuelos en la cabeza, masticando limón, que corrían. Otros a medio vestir con manchas rojas. De vez en vez unos golpes sordos. Gritos. Pitadas. Daba sueño.

—¡Blas, Blas, mira Blas! —gritaba Flor haciéndose sombra con la mano en los ojos.

—Sí, aquel que despeja.

—¡Viva!

Los niños estábamos sofocados, rojos, intentando ver. El primo mayor se durmió tumbado en el asiento. «Que no les dé a los niños tanto sol en la cabeza.» Todos tenían sed. Gaseosas calientes de bolita, verdes, como las hojas de las palmeras.

—¡Blas, Blas! ¡Eh, Blas!

Pusieron los coches en marcha. «Que nos vamos ya, que es la merienda del bautizo.» ¡Adiós, Blas! La gente nos miraba mucho... ¡Qué lástima!, ahora que se podía mirar al campo. El sol se había puesto tras las bardas del corralón y los ojos descansaban, pero nos íbamos.

En el baile de la sala del piano, Aladino cantó el gran tango de «... la noche de Reyes, cuando a mi hogar regresaba, comprobé que me engañaba con el amigo más fiel... Los zapatos del nene; sin compasión la maté», o como quería la tía, que no le gustaban las muertes: «por compasión, mas no la maté».

Inflaba las narices y movía los brazos y las manos como si fuera el amo del mundo. Su vozarrón salía por la ventana abierta de la sala como un chorro de agua ruidosísima. La luz de la pantalla roja que había sobre el piano le daba en media cara (se bailaba a media luz), cara roja de sello, y la otra mitad le quedaba en sombra, casi negra, pero también un poco roja, porque el rojo de la luz le daba la vuelta a la oreja y se mezclaba con la sombra negra.

Aladino era famoso calavera, porque había estado en París y un verano perdió mucho dinero en San Sebastián. Era, para colmo, amigo de Espaventa, y tuvo amantes que le dedicaron fotografías mostrándose desnudas.

Aladino, que tenía una gran voz, se sabía —lo que nadie— las letras enteras de los tangos en la versión arrabalera, no

de Buenos Aires, sino de Montevideo, que, como él decía, «fue la verdadera y más genuina cuna de la canción criolla...». Por eso explicaba lo que era «tamango», «hierba de ayer», «china» y otras palabras oscuras que no recuerdo. También decía que era una «figura» muy buena aquello de «Cuando estén secas las pilas —de todos los timbres— que vos apretéis...».

Los niños estábamos sentados en el sofá y veíamos pasar las parejas ante el espejo de la consola. Las parejas, entre el espejo y nosotros, eran dobles, porque las veíamos de verdad y de reflejo entre las casi tinieblas rojas. (Y... José dio un beso pequeñito, casi de punta de alfiler, a su novia en la frente, y ella entornó los ojos como si tuviera sueño, y se le echó un poco sobre la solapa, y José le puso a ella también la cara sobre el pelo, cerrando los ojos, como si también fuese a dormir con aquella luz de sarampión.) «... eran cinco besos que cada mañana... los alados cantan» (no los arados, como decía Marcelino, que los alados son los ángeles y los arados no); «... el músculo duerme, la ambición descansa». La voz de Aladino estremecía toda la sala y la luz roja de la pantalla hacía sombras siniestras por las paredes y los espejos, que parecía que querían luchar, porque «... un clarín se oye, peligra la patria, al grito de guerra los hombres se matan...».

Cuando acabaron los tangos, no sé por qué, encendieron todas las luces y empezaron a beber champaña —ese licor extranjero— y decían: «¡Viva el niño! ¡Viva Raúl!», y reían, y Aladino, felicitado por todos, tenía la camisa blanquísima, con los puños muy salidos. Y llegaron más señores, uno con gorra de plato, y empezaron a tocar pasodobles con muchos giros y figuras: «Marcial, tú eres el más grande; Marcial, tú eres madrileño...» ¡Viva Raúl! Y abrieron la puerta de la sala que daba al recibidor y bailaban por allí también, y se asomaron las criadas y los abuelos. Todas las señoritas se ponían al piano a tocar pasodobles y se reía por todos los rincones de la casa encendida. ¡Viva Raúl! «Esta noche no tendremos ganas de cenar» (dijo la abuela, por ahorrar).

EL PARTIDO DE FUTBOL

El primer partido de fútbol que vi fue aquel que me llevaron el día que bautizaron a mi primo, cuando me daba el sol en los ojos. Pero ése no vale. No vi el fútbol bien hasta que me llevó papá desde el Casino con otros amigos suyos y nos sentamos en preferencia.

A los toros se iba por la calle de la Feria y al fútbol por la calle del Monte. A los toros se iba detrás de la Banda Municipal, con velocidad de pasodoble; al fútbol, como dándose un paseo tranquilo.

Hacía mucho sol. Pasó un coche cargado de señoritas... Laurita, la tía y ésas, que nos saludaron con muchas algarabía.

A los toreros los llevaban vestidos, en coche. Van pálidos, con la cara seria. Los futbolistas —esto me sorprendió— iban de paisano, sin corbata, a pie, seguidos sólo de algunos chiquillos. Piñero, el pescadero, que era el gran delantero centro, iba en bicicleta de carrera por medio de las eras. Ricardo y Blas, que eran señoritos, en automóvil.

La gente iba a los toros congestionada, con los ojos bailando, buscando grandes sangres. Con vino y merienda... Al fútbol iban así como a tomar el sol, con idea de ir luego al cine... «por matar el tiempo». Eran grupos desleídos, calle del Monte arriba, sin mujeres, sin mantones, ni coches, ni caballos. (Cuando no se emplean caballos para ir a las casas, todo es aburrido, ésa es la verdad.)

El fútbol hace bostezar a los sanguíneos porque no había caballos. ¿Qué iban a hacer los caballos en el fútbol, si eran hombres los que trotaban? Tampoco había heroica bandera nacional, como en los toros. Y es que, como decía el señor veterinario, que era reaccionario, «el fútbol es natural de los ingleses, que gustan de cansarse corriendo detrás de las cosas lnútiles y sin argumento». Los españoles prefieren los toros porque en ellos hay algo «práctico», hay drama.

Ya en el campo, nos sentamos en prefencia, que era primera fila a la sombra, como si fueran palcos de teatro. Detrás

de nosotros estaban las gradas (clase media, honrado comercio y empleomanía). Enfrente, en general, al sol, la gente de la calle o vulgo, enracimados, detenidos por los palos que les apretaban la barriga. Era gente que daba lástima, siempre voceando, agarrada a aquellas maderas. Y como condenados, mentaban a cada nada a las madres de los «visitantes».

Me gustó mucho cuando salieron al campo, corriendo en hilera, los dos grandes equipos manchegos. El nuestro, merengue, y el Manzanares, de colorines. Salían con los puños en el pecho, a paso gimnástico, los calcetines muy gordos y los uniformes muy limpios... Parecía que todos tenían las rodillas de madera, menos el portero, que llevaba en ellas unas fajillas... y en la cabeza una gorra de visera. Las botas también parecían de madera, sin desbastar.

En el palco de al lado estaban Laurita, la tía y ésas, que reían mucho y hablaban de que algunos futbolistas eran muy peludos.

También fue bonito cuando echaron la moneda al aire y se dieron la mano. Y la hermana de Pablo, la guapa de la perfumería, le dio una patadita al balón y reía mucho. Le dieron flores, y vino tan contenta. (La masa o plebe le dijo muchas cosas de sus cachos y no sé si de sus mamas o mamás, que no entendí.) Tocó el pito uno con traje negro —árbitro o *refrer,* no lo sé bien— y empezó la función, que consistía en correr todos para allá detrás de la pelota. Y de pronto todos para acá. Sólo se miraba hacia un costado del campo cuando había saque de línea, que es muy bonito, porque el que saca hace como si se estirase muchísimo y echa el balón a la cabeza de un camarada.

Sobre nuestras cabezas pasaban las voces de la gente, que parecía mandar mucho sobre los jugadores, aunque éstos yo creo que no hacían caso.

—¡Montero, corre la línea!

—¡Ricardo, que es tuya!

—¡Arréale!

Como corrían para allá y luego para acá, el público lo que tenía que hacer era lo mismo: volver la cabeza para acá y para allá. Y daba gusto verlos a todos como si fueran soldados: «vista a la derecha, vista a la izquierda». Y muchos le daban así a la cabeza mil veces, sin dejar de comer cacahuetes, como monos locos, que masticaban, escupían y siempre se arrepentían de mirar hacia donde estaban mirando.

A los porteros se les veía metidos en el marco grande, como figurillas de un cuadro descomunal, agachados, con las manos en los muslos, mirando los cuarenta pies que corrían detrás del balón..., que es una pelota cubierta con piel de zapato con cordones y todo.

El de negro —árbitro o *refrer*— corría también para uno y otro lado, pero con carreras muy cortas, sin fuerza. Toda su potencia estaba en el silbato, que cuando se enfadaba por algo lo tocaba muy de prisa y muy fuerte. Y cuando estaba contento daba unas pitadas largas y melancólicas. Cuando pitaba muchísimo y levantaba los brazos porque no le hacían caso, la plebe o vulgo de sol le decía los máximos tacos del diccionario: el que empieza por C, el que empieza por M y el otro de la madre.

Los que me parecieron más inútiles fueron los jueces de línea, que estaban la tarde entera corriendo el campo, sin hacer otra cosa que levantar la banderita cuando la pelota se sale, como si los jugadores no se dieran cuenta de que no había pelota tras la que correr.

Cuando jugaban cerca de nosotros —sombra, sillas de preferencia, señoritos—, se oian muy bien los punterazos que daban al balón, el resollar de los jugadores y el rascar de las botas sobre la arena y, sobre todo, lo que decían:

—¡Aquí, aquí, Muñoz!

—¡Centra!

—¡Maldita sea!

Al final del primer acto los jugadores parecían muy cansados. Llevaban los uniformes empapados en sudor, con re-

fregones de tierra. Unos cojeaban, otros masticaban limón, otros llevaban pañuelos en la frente, y todos las greñas sobre los ojos. Tenían aire de animales muy fatigados, que no miraban a nadie, e iban como hipnotizados, como caballos de noria tras el balón, que parecía pesar más, trazaba curvas más cortas y, sobre todo, se iba fuera a cada instante.

Cuando se hacía gol, y se hizo muchas veces —no me acuerdo quién ganó—, los futbolistas del equipo que metía el gol se abrazaban fuertemente, como si fuera la primera vez que les ocurría aquello en la vida. Los que recibían el gol no se abrazaban, sino que volvían a su línea con la cabeza reclinada y dándole pataditas a las chinas, muy contrariados.

Al acabar el primer acto, todos iban a la caseta descuajaringados, y les daban gaseosas, y se echaban agua, y resollaban.

Todos los hinchas y directivos iban a la caseta, así como el cronista local, *Penalty,* para mirar a «los chicos», que no hablaban, que sólo hacían que mirar con ojos de carnero y tomar gaseosa.

El segundo acto fue muy aburrido. Todo el mundo estaba ya cansado de mirar a un lado y a otro. El balón, sin fuerza, iba y venía a poca altura; a veces se quedaba solo, se iba fuera y así todo el tiempo.

Los espectadores hablaban más entre ellos, contaban chistes. Los de mi palco hablaban con la tía, Laurita y ésas; les daban caramelos y reían mucho. Y hablaban de ir al cine o hacer baile en una casa, que era lo bueno.

Cuando se puso el sol, los de general parecían más pacíficos.

El árbitro casi no se movía: se limitaba a pitar. A veces hacía unas pitadas largas, tristísimas, como las de las locomotoras a media noche.

Lo único impresionante de aquel segundo acto fue el penalty. Dejaron al pobre portero solo, destapado, y un enemigo desde muy cerca, le dio una patada tan fuerte al balón,

que el pobre portero seguía esperando el tiro cuando ya hacía mucho rato que el esférico descansaba en el fondo de la red. El portero se enfadó mucho y tiró la gorra contra el suelo y echó el balón al centro del campo de mala gana.

Yo estaba tan aburrido, que empecé a pensar en mis cosas: en el colegio, en Palmira, en los bigotes del general Berenguer, que vi en la portada de «Crónica» —«Un general que va a deshacer lo que hizo el otro general», que dijo mi abuelo—, y el Somatén, que ya no iba a desfilar más por las calles, según me dijeron... También pensaba en no volver al fútbol más en mi vida, porque no le veían argumento.

Cuando salimos, casi anochecía. Hacía fresco. La tía, Laurita y ésas habían decidido no ir a ver la segunda jornada de «Fanfán Rosales» e irse a bailar a la sala del piano de casa del abuelo.

La gente salía con ganas de andar. Los jugadores, derrengados, iban sin corbata, muy colorados. El jugador que cayó al suelo y empezó a retorcerse mucho con las manos en semejante parte y que hizo reír tanto a las señoritas, a pesar de que decían: «¡Qué pena!», salió cojeando, hecho una lástima.

En el automóvil tuvimos que ir muy despacio entre el gran gentío que caminaba con las manos en los bolsillos. Emilita, la hermana de Pablo, repartió las flores del ramo que le dio el capitán entre los hombres, y a mí me dio un beso. Dijo que eso era a mí solo. «Vosotros, claveles, claveles.»

A mis amigos del colegio, los que eran tan aficionados al fútbol, los pasamos con el automóvil. Iban tan ofuscados, que no me vieron. Hablaban todos a la vez, y Manolín, delante del grupo, imitaba a un jugador en no sé qué pase... Aunque los llamé, no me oyeron, que así eran de aficionados.

Cuando llegué a casa, rendido, me llevé la gran sorpresa de que el abuelo había vuelto de Valencia y me estaba esperando con un mecano que me había comprado en la plaza de Castelar. Como tardaba, se había hecho ya un puente colgante con muchas varetas rojas y verdes.

Me dieron de merendar y me puse a jugar con el mecano, mientras el abuelo explicaba a papá que en Valencia se respiraba república por todas partes y que en casa de Llavador había visto bordar a las «chiquetas» una bandera tricolor.

De «LOS LIBERALES»

Donde se cuenta, con crudeza y dulzura juntamente, el parto de la Cienfuegos en la Nochebuena de 1937.

En el salón destartalado y pintado de añil, unos milicianos alternaban con las suripantas aquella Nochebuena de 1937. Bebían todos coñac del pueblo a gollete y cantaban himnos revolucionarios.

Los picos de las narices, las borlas de los gorros y las manos aspadas se entrecruzaban en rúbricas chinescas sobre la pared de añil, mil veces salpicadas de vinos y vómitos, desde 1916 que la Carmen fundó «La Dalia Azul».

En el otro testero del salón, un soldado de Etapas, mal tenido de puro vino, le daba tercamente al manubrio del organillo, que sonaba «Rocío, ay mi Rocío», con ritmo discontinuo entre los timbres y martilletes mecánicos del aparato. Cuando acababa la pieza, se precipitaba temblequeando sobre las llaves, como si no pudiera vivir sin aquel son, y volvió a sonar la misma «Rocío».

La Carmen, comitresa de la mancebía, junto a una estufilla de serrín, con los brazos cruzados sobre el halda y la greña en la frente, descabezaba un sueño agrio y antiquísimo.

Un miliciano de la FAI subido en la mesa comunal comenzó a bailar unas bulerías entre las manos de sus corifeos, que palmoteaban tercos mirando hacia arriba, como implorantes.

Olía a regüeldo agrio y a pelo frío, a tabaco verde y a coñac barato. Las voces de los juerguistas, astilladas y roncas, sonaban a voces de voces, a ecos de voces humedecidas por el flato del coñac.

Una pécora, agotada por la fatiga, se durmió de bruces sobre la mesa, mientras un miliciano negro y reseco —tagar-

nina—, también modorro, es recostaba sobre su hombro y con la mano tonta y borracha le daba repasos a todo lo largo y lo ancho del espinazo.

El soldado de Etapas, cansado al fin, se sentó en la tarima del pianillo y a duras penas intentaba mover el manubrio y seguir con «La Rocío» desde su posición sedente.

En estas entremedias entró una furcia gorda, en camisón, con una tecla al aire y la otra entre dos luces.

—Que la Cienfuegos se ha puesto de parto —bisbiseó a la Carmen, pegándole a la oreja su agudo hocico de conejo.

La Carmen, durante un ratito, quedó lela, como si no entendiese, con el sueño colgado de las pestañas.

—¿Que está de parto?

Reaccionó al cabo, y dándose dos manotadas en los muslos, comenzó una letanía de maldiciones contra la Cienfuegos, que alcanzaba a toda su parentela y cronología.

—¿Pero quién le manda a esta tía venir a parir aquí? Que ésta no es casa cuna, sino fornicativa. Que aquí se viene al recibo y no al respido. Que bastantes hijos sin padre estamos en el mundo para llegarse con aumentos. Que aquí debe tragarse cada una sus remuneraciones y no ponerlas de manifiesto a los nueve meses. Que éste es sitio de placeres y no de entuertos. De licores de vida y no de calostros. Que la clientela no acude a ver ñaclos, sino al esparcimiento de la ingle. Que el mundo está perdido... Que si por cada desahogo que hubo en esta casa desde que la fundé saliese ahora un mocoso, adiós mi madre, que el general Miaja iba a tener soldados para tomar en una noche el Asia Menor. Que no es de hembras agradecidas el dar fruto en estos sitios. Que aquí se oficia para ganarse la vida con el sexo y no para jorobar a la dueña. Que qué va a ser ahora de todas nosotras las del ramo de la pelvis como os dé, so blandas, por descuidaros el control. ¡Ay de mí, y qué desgracia más grande! En plena guerra y sin subsistencias, ¿cómo nos vamos a poner a criar mamones? Que aquí, por mis muertos, no alumbra nadie más...

El discurso de la Carmen, que había ido subiendo el diapasón a cada palabra, andaba ya a grito pelado cuando lo de «los muertos». Hasta los milicianos y las furcias del rincón habían suspendido la juerga y escuchaban con el gesto torcido de beodos, sin saber qué apostillar. El mismo soldado de Etapas, despabilado por los gritos, movía la cabeza afirmativamente dándole la razón a Carmen.

La dueña, al fin, se levantó de mala gana con ambas manos en los bolsillos del mandilón del oficio, en los que guardaba las llaves, las fichas, los profilácticos y otras minucias de su tráfico, y empezó a mover sus piernazas como sacos terreros, sin maldito del deseo de llegar a la habitación donde la Cienfuegos se retorcía con los dolores del parto...

A pesar de que la Cienfuegos llevaba nueve años en la facultad del catre, era la primera vez que se veía en trance de madre, al revés de lo que suele ser uso, ya que la danza empieza por la panza, y no como en este caso de tanta anomalía.

A la Cienfuegos se la llevaron todos los demonios durante los nueve meses del embarazo, porque no atinaba en dar en cómo, cuándo y con quién pudo ser aquello.

—¿Pero cómo ha de ser, malaje? ¿Cómo ha de ser? Que te confiaste, que te creíste machorra, y luego del acto, en vez de hacer lo que debías, te quedaste traspuesta mirando al gusanillo de la bombilla; y se te agarraron los bichos a la bóveda del «Casimiro» —le decía la Carmen—. ¡Que eres una puñetera y perezosa y andas a bofetadas con la higiene! O a lo mejor te has prendado de un pisaverdes, y romanticona tú, has querido tener de él un nene. Que no soy nueva en el negocio y me sé muy bien todas las tablas. ¡A que va a ser del Hilario, el de las piernas largas, ese que cada vez que viene a verte pone la jeta triste...!

—¡Ay, ay! —gritaba la coima—, esto es *malismo*.

Y luego se asía con ambas manos al cabecero de la cama y daba otro grito y otro hasta perforar todos los muros de la mancebía.

Los milcianos de la juerga, con el zipizape del parto, se

despabilaron un poco, pagaron y se fueron de mal talante, porque se les había enfriado el propósito. Además, sus respectivas parejas de relajo tomaron los gritos de la Cienfuegos como aviso de penitencia, y renunciaron al estipendio por si era mala suerte laborar con la entripada tan cerca, y en fecha tan señalada, al menos antes de la guerra. Sólo quedaron dos milicianos en la casa: el soldado de Etapas, dormido definitivamente junto al organillo, y Fabián, un miliciano grandón, inexpresivo y siniestro, que se plantó en el portalillo como un muñeco de yeso, sin más vida en su rostro que unos ojos negrísimos que seguían todo movimiento.

Las coimillas, compungidas de pronto, se sintieron hacendosas; calentaban agua, sacaban los pañales y trapillos que tenía en una cómoda la Cienfuegos; preparaban una cunilla antiquísima con mece-mece. Y todas en general se resfrescaron el rostro y se pusieron decentes, en lo que cabía.

Como no había más comadrona libre que doña Sacramentación —luego de investigar por teléfono entre las más propincuas al ramo de la putaña—, la Carmen tenía miedo de que no quisiera venir, ya que la tal Sacramentación gozaba fama de puntillosa y redecente.

—¡Ay, Señor! —gritaba la dueña con el auricular en la mano—, que todas las matronas están de oficio; que no parece sino que con la guerra a todas las mujeres les arrecian las ganas de suplir muertos. Y sólo está libre la melindrosa de doña Sacramentación, la que atiende a las señoritingas que paren sin quitarse el cobertor, por aquello de la decencia. ¡Ay, Dios!, que ni va a querer poner el pie en esta calle; que así que se entere de quién es hijo el que está en puertas va a darle un repelús que para qué. Que qué vamos a hacer como no venga, que no somos nosotras gente perita en estas aperturas, aunque andemos en la parte...

Fabián, el miliciano grandón que quedó en el zaguán como muñeco de yeso, al ver la atribulación de la Carmen, que ni se atrevía a echarle el teléfono a doña Sacramentación, con palabras torpes y sordas, se ofreció en persona para ir a

recoger a la comadrona, con la absoluta seguridad de que no se le iba a resistir, pues según él en materia de sacar a luz no había decencia ni incidencia, y la *ayudaoara* tenía que atenerse al presente y no a la ejecutoria del *mandao.* Que hasta los hijos de los reyes, o sea, los príncipes, llegaban por el mismo puente hasta que no se inventase otro recurso; y, sobre todo, que era muy peliagudo el ponerse a guiscar quién era hijo de madre decente, por casadísima que estuviese, y quién de desliz o pasatiempo.

La Carmen, luego de oír el resumido discurso, le dio licencia con un suspiro, y el miliciano, palpándose el pistolón que llevaba en el íjar, salió con paso torpe hacia la casa de la virtuosa comadrona.

Lecheaba ya el cielo invernizo y la Cienfuegos seguía desliando la inacabable madeja de sus ayes. Era premiosa en el trámite. Porque, si ancha de gárgola por razones de oficio, nada tenía que ver esto para dar umbral a la criatura, declaró «la Ochava», que tuvo siete hijos y ya sólo oficiaba de encargada, aunque en días de muchas prisas, si había algún cliente sin continencia, alternaba y pasaba por buena.

Todas las del tráfico hacían corro al hecho de la parturienda. Con los brazos cruzados sobre el anaquelillo del vientre y los ojos asentados sobre las ojeras moratonas, miraban el doloroso rebullir de la Cienfuegos. La cual, cuando le daba de firme el dolor, propendía a maldecir a todos los hombres, que no eran pocos, que habían pasado por su embozo en los diez meses últimos... Y más que a sus efímeros amantes, recordaba a sus santas madres, que bien poco debieron de participar, según se les alcanzaba a todas, en el hinchazón de la que gritaba.

En éstas llegó Fabián con la comadrona, muy arrebujada ella en un «tres cuartos» negro y con el maletín chino de las aperturas en la mano. Y entró canelosa y sonriente, por la vecindad del siniestro miliciano. Y al respecto de los melindres de la Carmen, al no quererla llamar por aquello de los escrúpulos, dijo la dama:

—Tonterías, hija mía, tonterías, que en este menester de cerrajeras de la vida no podemos andarnos con finuras de moral; que lo que importa es la vida de la criatura y no la filiación sindical de la madre; que si no fuese una a darles paso y holgura más que a los hijos legítimos, muchos días quedaríamos mano sobre mano... Y sobre todo en estos tiempos de guerra, que las mujerers han enloquecido por falta de hombres y debilidad de la disciplina, andan todas por ahí con la enagua a rastras en busca de remedio perentorio... Y, sobre todo, hija mía, que si cada muchacho al asomarse a esta atmósfera sacase entre los dedos un albarán certificativo de quién fue su padre, iba a estar la calle llena de soponcios varoniles e iban a faltar vigas donde ahorcarse tantos y tantos como les llegó el mandado de matute.

Doña Sacramentación, luego de dar un vistazo y tiento a la Cienfuegos, se puso los manguitos y dijo que la cosa venía rápida, aunque el muchacho estaba algo coronadillo. Y que hirviesen agua y tuvieran a mano la canastilla, si la había.

El miliciano Fabián se tornó al zaguáan, y aparándose una botella de coñac que encontró sola y a media biografía, sentado, decidió esperar los acontecimientos con aire calmo.

Quedó tiempo para preparar aguas humeantes, paños y ropillas. Y siguió el mudo coro en espera del advenimiento. Algunas colegas se acercaban a la Cienfuegos para darle ánimo o a ofrecerle la mano para que ella se ayudase en sus aprietos, pero maldito si atendía a otra cosa que a su rosario de dolores.

—Venga, haz fuerza, guapa, que eso va.

—Hala *pá alante.*

—¡Si supiese quién fue el hijo de galga!

—Por la cara lo sabrás. ¡Haz fuerza!

—El parir es de bestias —decía la Carmen cada vez que salía del cuarto a boquear el frío de la amanecida.

Fabían, menudo a menudo, seguía cumpliendo con la botella.

Una coima salió con angustia del cuarto de Cienfuegos.

Y de vez en cuando se escuchaba agudísimo el grito berbiquí de la mala, que debía tener ya el viviente en el mismo brocal de la luz.

* * *

Y ocurrió lo de siempre, cuando el corro de las mujeres, un poco fatigadas y creídas que la cosa iba para largo, salió al portalillo a orearse, nació el que se esperaba.

Fue una coimilla farisea la que asomó dando saltos de caña:

—¡Un chico! ¡Un chico! ¡Un chico *hermosismo*!

Al oírla, todas las que estaban en el portalillo de la mancebía callaron:

—¡Un chico *hermosismo,* chicas!

Y todas reaccionaron igual. Pretendiendo entrar en pelotón en el cuarto de la Cienfuegos. Menos mal que la Carmen, al advertir el movimiento del pupilaje, se cuadró en la puerta interceptando el paso:

—Un momento, un momento de paciencia. No abramos ahora, que hace frío. Esperad que la comadrona y yo vistamos al roro. Esperad, digo; acabamos en seguida.

—¿Es *hermosismo* de verdad? —preguntó la gorda de la tecla al aire.

—¡Es un ángel de verdad! —dijo la Carmen con los ojos tiernos y la voz cortada... Tan cortada que acabó en un suspiro. Y se entró en el cuarto ceñida a la puerta para evitar la corriente.

* * *

—¡Hay que ver, chicas!, ¿y no vamos a llevarle ningún presente al ñaclo nacido en noche tan señalada...? La pobre Cienfuegos, con estar así, lleva qué sé yo los días sin trabajar y no ha tenido la pobre ni *pá* ombligueras —razonó «la Ochava».

—Pues yo sí que tengo una cosilla para ella —dijo la reseca, marchando a toda carrera hacia su cuarto.

—Y yo —ayudó otra.

Y todas se fueron desperdigando.

* * *

Por fin, la Carmen abrió la puerta del cuarto nuevamente con mucha ceremonia.

—Ya podéis entrar —dijo con el tono de voz y ademanes más tiernos de su bronca historia.

Y todas fueron pasando de prisa, pero en silencio.

La Cienfuegos, sentada en el lecho, ligeramente apoyada en una torre de almohadas, sostenía al niño, vestido, entre sus brazos. Mostraba ella su rostro prieto de arreboles, iluminado por una vaga y tierna sonrisa, fija en el niño, que también parecía mirarla, sin llorar.

La habitación se llenó de coimas y del miliciano Fabián, que entró zaguero y sin soltar el casco del coñac. Ellas la miraban en silencio, con la boca entreabierta, respirando con suave anhelo.

La Cienfuegos, al fin, levantó suavemente los ojos de su hijo y miró a todos con extrema dulzura.

La Resequilla fue la primera en acercarse a la madre nueva, pasico a pasico. Le dio un beso en la frente y dejó sobre el embozo de la cama unas ropillas de niño, coloreadas de barquillo por el tiempo, que guardaba de un hijito que tuvo en sus años repletos. El que murió del garrotillo a poco de nacer. Las guardó siempre como único recuerdo de aquel hijo apenas entrevisto.

Y luego, una a una, allegándose a la cama, la besaban y dejaban algo: flores de papel, una fajita, un chalequillo de lana, una simple madeja.

Cuando desfilaron todas las reclutas, la capitana, Carmen, se acercó modesta y, luego de hurgar en su bolsillo, dejó unos billetes sobre el cobertor.

Y vieron todos que el miliciano Fabián sacaba un talonario y firmaba un papel con mano temblorosa. Luego se apro-

ximó al lecho con timidez y dejó una de aquellas hojas del talonario entre los demás presentes.

—Es un vale de la Cooperativa de la C.N.T., ¿sabes? Un buen vale. Tendrás para comer una semana.

Volvió el silencio. La Carmen se sentó sobre la cama a media anqueta. Todas la imitaron: unas en sillas, otras en el suelo. Apretadas, unas junto a otras, sin hablar, sin quitar los ojos de la madre y del hijo... Alguna sollozó. Otras no despegaron el pico por no romper a llorar. Sólo el miliciano y la matrona, ésta con el maletín en la mano, permanecían en pie. Así pasó un largo rato. La mañana pintaba de gris los cristales. Casi todas cabeceaban rendidas por el sueño. Sólo la Cienfuegos velaba. La comadrona marchó sin decir nada. De pronto se escuchó un suave golpe sobre los vidrios del ventanuco, como si alguien hubiese rozado en ellos con un objeto blando.

Algunas abrieron los ojos soñolientos.

—Han dado en la ventana con un ramo de flores —dijo una bisbiseando.

—No, ha sido una paloma blanca, la he visto bien —afirmó la Carmen.

La Cienfuegos, sin decir nada, miró a la ventana y sonrió. Luego bajó los ojos hacia su hijo.

Todas, sin obtener explicación, volvieron a su modorra.

Fabián, que se había sentado en el suelo, apoyada la espalda en la pared, entre beodo y adormecido, en vano intentaba desperezar su voz con un amago de cantar:

Ha nacido el niño,
madre.
Ha nacido... en... un
portal.
Ha nacido...

Viene ahora la tristísima historia de los evacuados de Bujalance, con unas coplas finales.

Casi todos los evacuados que trajeron a mi pueblo cuando las cosas de la guerra apretaron por el Sur fueron de Bujalance. Luego vinieron otros de El Escorial, que eran de mejor ver.

Los de Bujalance llegaron como una tropa embarrada y maldecida. Con ropas de colores claros los hombres, de colores chillones las mujeres. Pero ropas sucias que olían a hoguera y a pringue. Llegaban arrastrando sus pobres enseres y sus niños raquíticos, con hambre de siglos. Era la Andalucía trágica de los dramas sociales, del gazpacho y la cata de aceite, del paro y el jornal misérrimo. Y ahora, por si todo era poco, perseguidos por los obuses.

En la plaza se bajaban de los camiones donde venían hacinados y quedaban, familia por familia, aislados, varados en pequeños núcleos, con los rostros inexpresivos, rodeados de colchones despanzurrados, alguna sartén y mantas pardas con parches y quemaduras.

Luego, los milicianos los conducían a los sitios destinados para su cobijo. Iban por las calles en haraposa procesión, con los niños pequeños en la cadera y los sacos a rastras. Algunos llevaban enredados en las piernas algún perrillo escuálido. Iban mirando al suelo, con una fatiga infinita. De vez en cuando echaban una ojeada para recontar mentalmente sus familiares y objetos.

* * *

En casa, siempre hubo dos locales comerciales para alquilar. En uno estaba el estanco de Pedro Eugenio; al otro, vacío desde que quitó Ramoncito la zapatería, nos destinaron una de las familias evacuadas de Bujalance. Se componía de un matrimonio joven, con cinco o seis hijos amarillos y escrofulosos.

Cuando supimos que estaban instaladas, bajamos mamá, Pepa la muchacha y yo.

Bajo una luz amarilla altísima estaban todos sentados, inmóviles, sobre desfilachadas colchonetas. La fatiga los tenía medio amodorrados, ausentes; miraban sin ganas ni decisión una lata de lentejas cocidas y unos tomates que le dejaron los milicianos.

Cuando saludamos, el hombre, un anciano ya a los cuarenta años, hizo el vago ademán de levantarse la gorra, clara en su origen, ahora cotosísima. Mamá acarició a los niños, que se encogieron entre tímidos y atemorizados.

Se ofreció a los nuevos vecinos para lo que pudiera. Ellos apenas contestaron. Dijo luego mamá a la Pepa que les bajase leche caliente.

—Así es mi tierra, señora —dijo la Pepa cuando mamá comentó la miseria de los nuevos vecinos.

La Pepa, que era de Puerta de Segura, sabía de viejas hambres y humillaciones.

—Traen piojos, señora.

—Es natural —dijo mamá, dolida al recordar que los niños adormilados se rascaban con pereza.

* * *

Sobre el gran pesar de la guerra se alzó sobre nosotros el de aquellas pobres gentes a las que bien poco podríamos ayudar con tanta carestía.

Mamá todos los días hablaba de ellos. Era casi una obsesión.

Nosotros, a veces, nos asomábamos a su habitación a verlos o llevarles algo. Y cada vez hedían más y la miseria era más patente.

Un día, ya de primavera, mamá, que estaba en el balcón, se entró riendo y llorando a la vez.

En la puerta de la calle, de nuevo embarazada, estaba la mujer del evacuado, tan sucia, tan pringosa, pero con un clavel rojo vivísimo en el pelo.

Cuando lo comentó con la Pepa, ésta se limitó a decir:

—¡Ea! —y luego de una pausa—: Las flores son lo único que los pobres podemos estrenar.

Un día, cuando estábamos de visita en casa de doña Nati, la Pepa dijo:

—Esta guerra debe ser para que después comamos todicos.

Doña Nati quedó mirándola impertinente, tras sus gafas de plata, con aquel gesto severísimo que Dios le dio. Y después de pensar un poco el dicho de la Pepa, respondió con decisión:

—No creo.

* * *

Un día, a la hora de comer, nos dijo mamá que el niño más pequeño de los evacuados estaba muy malito. Amarillo y sin conocimiento, tiritaba bajo la manta. Los padres y hermanos, sin saber qué hacer, lloriqueaban alrededor... Mejor dicho, el padre blasfemaba.

Mamá llamó a nuestro médico, que era muy bueno. Cuando hizo la visita subió a decirnos que no podía hacer nada, que tenía algo así como meningitis tuberculosa.

Duró la agonía dos o tres días. Los hermanos acabaron por familiarizarse con la enfermedad y jugaban tranquilos en la calle. El padre, algunas veces salía a fumarse un cigarro a la puerta y hablaba solo, maldiciendo de todas las cosas. La madre nunca se apartaba del enfermo. Le pasaba la mano por la frente y no cesaba de llorar, con un llanto sordo, ronco,

perruno, monótono. Aparte de las señoritas del Socorro Rojo, nadie visitaba a nuestros vecinos.

La misma tarde que murió, un poco antes, me asomé a la habitación de los evacuados. El niño estaba totalmente consumido. La cara, una calaverita, amarilla, sucia. La madre, inmóvil, con la greña en los ojos y la barbilla clavada en el pecho, no advirtió mi asomada.

El entierro iba a ser al día siguiente, por la tarde. Mamá me dijo que debía ir yo. Convencí a mi amigo y vecino Marcelino, el de la confitería, para que me acompañase.

* * *

Antes de que llegase el coche, Marcelino y yo esperábamos en la puerta de los evacuados. No había nadie más. Casi con el coche de los muertos llegó otro de Bujalance, con las barbas muy crecidas y una gran cicatriz en la ceja.

Dentro se oía un coro de llantos. No nos atrevimos a entrar. Mamá sí entró, muy pálida, con los ojos azules, tristísimos.

Llegó el coche. Muy diligente, el cochero entró en la habitación sin más ceremonias. Arreciaron los lloros y gritos de la madre. Empezó a lloviznar. En seguida salieron el cochero y el padre llevando entre ambos la cajita de pino desnudo. Al meterla en el coche, el padre la empujó con rabia, casi a puñetazos. Aparecieron los tres hermanos mayores del muertecillo, liados con unos tapabocas nuevos que les debían haber dado los del Socorro. El cochero subió de un brinco al pescante, y sin más rodeos arreó los caballos.

A buen paso, Marcelino y yo echamos a andar tras el padre, los dos hermanos y el otro de Bujalance. Era un acompañamiento insolidario. Cada cual íbamos un poco por nuestro lado. El padre, cerca de sus hijos, con la gorra encasquetada hasta los ojos, las manos atrás y el cigarro en la boca. El de Bujalance, solo, con las manos en los bolsillos del pantalón,

andaba un poco como a saltos. Marcelino y yo, detrás, sin saber muy bien nuestro deber y colocación.

Como la lluvia arreciaba, el coche aligeró el paso e íbamos todos tras él casi a la carrerilla. Las gentes que se guarecían de la lluvia bajo los soportales nos miraban con gesto inmóvil, un poco con caras de yeso.

La Pepa nos alcanzó para darnos un paraguas. Lo abrimos, y el de Bujalance, que andaba a saltos, sin decir palabra, se metió bajo el paraguas y se apretujó contra nosotros. Los del duelo nos miraron con tímida envidia.

El cochero se había vestido un recio impermeable negro, casi de timonel.

Era el primer entierro sin curas al que yo iba.

Al pasar junto al hito del cementerio, Marcelino me dio con el codo y dijo en voz baja: «Ahí mataron al párroco.»

El camposantero nos esperaba a la puerta, recostado, mirando al cielo con el gesto torcido.

—Vaya un día para echar «yuecas»... —nos dijo a manera de saludo.

Apenas bajaron la caja, el cochero, que no se apeó del pescante, fustigó los caballos y a buen trote lo vimos perderse paseo adelante.

—La sepultura para el chico está un poco lejos —avisó el camposantero.

Entre el de Bujalance, el mayor de los hermanos, Marcelino y yo cogimos la caja de los cuatro asas. Yo, con la mano libre llevaba el paraguas, bajo el que procuraba ampararse el de Bujalance, que hacía pareja conmigo. El camposantero iba bien despegado de todos, como escucha, y el padre, delante de la caja, como un capitán.

Andábamos con dificultad por los charcos y las desigualdades del caminillo, entre fosas abiertas que esperaban su mandado. Ibamos en silencio. El muertecillo bailaba un poco en la caja y su cuerpo duro sonaba contra las tablas.

De pronto, el padre, medio llorando de rabia y a grandes voces, se dirigió al de Bujalance:

—Tú crees, compadre, que hay derecho a un entierro así, sin curas, sin cánticos, sin «cirimonias», como si *juera* un perro —y señaló vagamente el féretro, cuyo pino ya había tomado el color de la mojadura.

El de Bujalance, que, con su manera de andar a lo cojo, meneaba el ataúd más de la cuenta, dijo, casi con mal humor y señalando al mayor de los hermanos:

—Que cante éste.

El chico, de unos diez años, lo miró un poco inexpresivo. Pero el padre asintió en seguida:

—Eso, canta tú, Joselito, hijo. Que no quiero enterrar a tu hermanito con tanto silencio.

Joselito tragó saliva y puso cara como de pensar.

—Venga, canta, jinojo —insistió el padre, dándole un empujón en el hombro con rabia y sin dejar de sollozar.

Joselito sacó la boca de detrás de la bufanda, carraspeó un poco y en medio de aquella imponente soledad ablandada por la lluvia dejó oír una voz de aire flamenco, casi de mujer:

Qué bonito es un entierro
con su cajita de pino
y su muertecito dentro.

El camposantero quedó clavado al oír cantar. Y nos esperó. Cuando estuvimos a oído, exclamó:

Buena voz tiene el muchacho, puñeto.

—Anda, canta más —insistió el padre con tono de tabarrista.

Y el chico soltó otra copla parándose un poco, porque por lo visto al paso no le fluía bien la voz:

No me desprecies por pobre
porque cuatro casas tengo:
la cárcel, el hospital,
la iglesia y el cementerio.

—Sí, señor, muy propio y muy *sentío* —insistió el camposantero, que con aquello del cante se unió al grupo y dejó su vanguardia.

* * *

Fuimos hasta el último rincón del Cementerio Viejo. Descansamos la caja donde señaló el camposantero. Nos quedamos todos mirándonos sin saber qué hacer. Marcelino rezaba en voz baja. El de Bujalance lo miró con sospechoso reojo.

—¿Quieren destaparlo? —dijo el enterrador.

—No, que está clavado.

—Pues ¡hala!

Entre el padre y el camposantero lo bajaron con cuerdas. Echó unos azadones de tierra. Como la lluvia, aunque menuda, no cesaba, dijo:

—Con esto tiene bastante por hoy. Mañana lo acabaré de apañar. Vamos.

Y todos echamos a andar a buen paso tras el enterrador.

* * *

Volvimos por el Paseo del Cementerio mucho más diseminados que vinimos. El de Bujalance no se nos despegaba del paraguas.

Al entrar en la calle del Campo arreció la lluvia tanto, que el padre y los hijos echaron a correr, subidas las solapas de las chaquetillas.

El de Bujalance, al pasar por una taberna, se separó de nosotros sin decir nada y se metió en ella de rondón.

Marcelino y yo volvimos solos bajo nuestro paraguas.

De «LA GUERRA DE LOS DOS MIL AÑOS»

EL PASO DE LAS ACEITUNAS

Todos los domingos por la mañana llegaba al café, a aquellas horas poco concurrido, y se sentaba en un diván con sus cuatro hijos. Formaban un cuadro casi típico de aquel establecimiento. El señor, de unos cincuenta años; a un lado, las dos hijas que no llegaban a los doce; al otro, los dos hijos que no llegaban a los seis. Los niños tomaban zumo de tomate. El padre, cerveza. Las hijas solían hablar solas, entre sí. Los niños con frecuencia acosaban al padre a prerguntas y sonrisas. Ellas charlaban observándolo todo. Ellos mirándose, riendo. El padre procuraba contestar a los hijos. De vez en cuando atendía a las niñas. A veces se quedaba pensativo o saludaba con especial cortesía a algún amigo que entraba. Hacia las dos y media de la tarde salían. Cada una de las hijas se agarraba a un brazo del padre. Los niños iban delante correteando.

Aquel domingo de primavera había poca gente en el interior del café. Casi todos los clientes preferían estar al sol, en la terraza. Bastaba un camarero para atender a los parroquianos de dentro, que pasó gran rato haciéndoles preguntas a los niños, gastándoles bromas, cambiando impresiones con el señor.

Aquel mediodía caliente sin bochorno, alegre de pájaros y árboles, de luces que cegaban las ventanas, de pronto trajo algo inusitado. Cuatro personas se habían parado en la puerta y miraban hacia dentro. Parecían gentes muy antiguas y de pueblo. El que resultaba más anacrónico de ellos llevaba

una barbita corta, entrecana; sombreros de alas anchas; chalina blanca de seda; chaleco alto con la cadena del reloj visible; botas enterizas. La que parrecía su esposa, bajita, morena, bizqueaba un poco. Se cubría con una toca ligera, pañuelo de seda negra a la cabeza; botas altas con botones; falda hasta el suelo. El otro señor vestía más moderno: sombrero verde oscuro, bigote cano, gafas de oro, solitario en la mano izquierda y capa azul. Y una mujer todavía de apariencia más actual: pelo entrecano, ojos azulísimos, gesto dulce; modesto abrigo de entretiempo.

Aquellos nuevos y extraños clientes del café en seguida fijaron sus ojos en el señor de los cuatro hijos. Musitaron entre sí con tierna sonrisa sin dejar de mirar. No parecían tener prisa. Los dos señores se quitaron el sombrero. Quedaron con él sobre el pecho, dejando al aire sus calvas perfectas.

El señor de los cuatro hijos, al verlos, sintió un dulce sobresalto. Y quedó absorto mirándolos. Sabía muy bien quiénes eran. Quiénes fueron. Siempre pensó que a tal hora, en un sitio así y en primavera, vendrían a conocer a los nietos, a los bisnietos. El único de aquellos antepasados que no llegó a conocer el señor de los cuatro hijos era el caballero de la barba blanca, de los ojos azules y las botas enterizas. Su abuelo paterno. El abuelo Damián. Estaba seguro el señor de los cincuenta años que cuando era muy niño, como ahora sus hijos, su abuelo Damián le había visitado de manera parecida en el casino de su pueblo, bajo el espejo grande del lateral izquierdo, un domingo por la mañana, cuando acompañaba a su padre a tomar patatillas fritas.

Era aquel un modo de «presentar» a los antepasados casi tradicional en su familia. Su madre —la visitante de los ojos claros y el abrigo de entretiempo— estaba seguro que en vida le había contado pretéritas presentaciones de este tipo. Y su abuela materna —la señora del toquillón— también le había susurrado al oído apariciones de gentes antiquísimas, de calzón corto, en la gran cocina de la posada del Rincón que fue su hogar infantil... Los demás abuelos que allí faltaban cono-

cieron a los pequeños antes de la marcha. No se admitían revisiones. Debía ser ley.

El señor de los cuatro hijos, por atávica intuición, sabía muy bien cómo había que comportarse en estos casos. No era cosa de romper normas. Por eso se limitaba a mirar a los recién llegados con el corazón puesto en los ojos, en una indefinible sonrisa, en el tacto con que acariciaba el pelo de la niña rubia. Había que esperar que el maravilloso proceso se desarrollase con toda su elegante parsimonia, con su celeste ritual.

Los recién llegados seguían en la puerta del café, nimbados por la luz que les daba de espaldas. Y continuaba mirando al grupo del señor con sus cuatro hijos. Y miraban sin hablarse entre sí, con los prietamente empañados en el trance.

Por fin, su madre, la señora del abrigo de entretiempo, la que más confianza tenía con el señor de los cuatro hijos, avanzó hacia él con paso muy tímido, sin dejar de mirarle. Caminaba como si fuese pisando o temiese pisar algo muy tierno. Sus acompañantes iniciaron, lentamente, la marcha tras ella.

El señor de los cincuenta años, mientras la veía acercarse, recordaba aquel día en que se marchaba a ser militar. Y sentía el abrazo que ella le dio entonces. Un abrazo que no volvió a sentir nunca. Que no había visto nunca. Un abrazo que todavía le llevaba atado a su corazón. Y recordaba la alta lámpara del recibidor donde ocurrió la despedida, las mecedoras de madera curvada que allí había, el teléfono de manivela, la cancela con vidrios policromados. Horas y horas pasó en el tren sin poderse desatar de aquel abrazo. Años y años sintiéndolo fijado en su cuerpo, como la piel, tal vez como sus huesos... Y luego, el otro abrazo, ya sin colaboración. El señor de los cuatro hijos acababa de llegar de un largo viaje. Los curas aguardaban impacientes. Los caballos de coche fúnebre piafaban por tan larga espera. A ella la habían vestido de morado. Estaba rígida como una pieza de algo inorgánico. Dura. Amarilla mate. Con unas horribles zapatillas de paño

negro. Fue un abrazo sin respuesta. Fue como abrazar al tronco tumbado por una hacha antigua.

Ahora estaban todos ante la mesa, de pie. Sin cambiar su gesto ni el dulce amor de su mirada. Debían esperar que el señor los invitase a tomar asiento. Pero el señor no «recordaba» si aquella fórmula era necesaria. Los niños se habían quedado callados, y sin comentarios, también miraban a aquellos viejos con un dulce gesto de Nochebuena.

Sólo el más pequeño, apenas cuatro años, se atrevió a preguntar:

—Papá, ¿qué quieren?

—Nada. Verte. Veros.

En efecto, no era necesario ofrecerles asiento. Los cuatro se sentaron en las sillas fronteras al diván. Y lo hicieron suavemente, sin un ruido. Primero miraron durante largo rato al señor de los cuatro hijos. E inaudiblemente comentaron entre sí. Sin duda aludían a parecidos familiares. Al color de los ojos, al corte de la nariz, a la frente. Y luego empezaron a fijarse en los niños, uno por uno. Y también comentaban con gestos placenteros y de curiosidad cordial, aunque un poco desvaída.

Llegó el camarero con cierto respeto por el aspecto de aquellos inusitados contertulios del señor de los cuatro hijos, y preguntó qué iban a tomar.

Los señores recién llegados sonrieron entre sí un poco sorprendidos. Y empezaron a cambiar impresiones que no se oían bien, mejor, que no se entendían. Sus palabras eran como una inconexa música lejana. Sin embargo, para el camarero debía estar todo muy claro, porque dijo:

—No, señoras. Refrescos de zarza no hay. Si quieren coca-cola.

El señor de los cincuenta años se precipitó a decir que sí, que trajeran coca-cola para las dos señoras. Ellas, al oír aquello, se reían con cierto escepticismo.

—De modo —repitió el camarero— que dos coca-colas, y dos vermuts con aceitunas.

A la señora del toquillón y las botas altas de botones, de vez en cuando se le saltaba una lágrima, aunque no dejaba de sonreír, y se la limpiaba suavemente con un pañuelo gris. Era la abuela materna del señor de los cuatro hijos, la abuela Manuela.

Como no quedó ninguna fotografía de ella, durante más de cuarenta años el nieto se la recomponía en la memoria, echando mano a datos oídos y a intuiciones, de manera muy parecida a como ahora la veía. Porque de ella sólo recordaba el calor de sus brazos cuando lo asomaba por el balcón del comedor una tarde gris de mucha lluvia. Por la calzada pasaba una apreciable torrentera de aguas turbias, con pajas flotantes. Por la acera de enfrente pasaban mujeres arrebujadas en sus mantones. Y hombres con las solapas de las pellizas alzadas. El niño miraba apartando el visillo, y ella le decía con una voz que ahora recordaba: «Si te hubiera conocido el abuelo...» Y lo besaba con ansia... «Si te hubiera conocido...» Aquel abuelo que ahora estaba allí con la barbita blanca. «Siempre llevaba una chalina, que no era chalina, era un pañuelo blanco de seda que él se anudaba con mucha maña.»

Y una noche vio al médico don Alfredo con abrigo de pieles junto a la cama de hierro donde estaba la abuela arrebujada. Don Alfredo, al que luego mataron en la guerra. El no sabía todavía que lo iban a matar, por eso hablaba con aquella voz tonante, tan segura. Yo creo que la abuela no lo escuchaba, o no le hacía caso, porque tampoco sabía que llegaría una guerra muchos años después de morir ella. La luz de la alcoba de la abuela estaba muy alta. Y al lado, la cocina «de arriba». «En esa misma cama murió el tío Higinio tuberculoso y el abuelo cuando lo trajeron con el accidente de la plaza...» Aquel abuelo de la chalina que no era chalina... Y don Alfredo hablaba debajo de la luz alta de cosas ajenas a la enfermedad. En la cocina la puerta estaba abierta, se veían las llamas en el fogón bajo y los botes dorados de las especias sobre la cornisa. Y a los dos días, cuando el niño que fue el señor de los cuatro hijos regresó de la casa

de los otros abuelos, de aquel de las gafas de oro y la capa, la habitación estaba vacía del todo, sin cama y sin cómoda. Como si allí ya no se fuera a morir nadie más. Había venido el tío Emilio de Madrid, y en la mesa camilla, muy triste, hacía solitarios con una baraja. Entonces hablaron de que no había ninguna fotografía de ella. «Sólo una de cuando era muy chica...» «Algo bizca sí que era», solía decir la otra abuela (la que no vino al café porque había conocido a todos). «Menuda y morena», decía el padre del señor de los cuatro hijos, que tampoco vino al café, porque estaba recién ido con su boina y su traje gris desde aquel sanatorio de las monjas que andan tan de prisa, que no lloran y que siempre decían: «Esto es muy sano...» Sí, sí, muy sano.

El camarero sonreía con el de la barra mirando hacia nosotros, sin duda, comentando lo del refresco de zarza que habían pedido las viejas despistadas.

Los niños se habían acostumbrado un poco a la presencia muda de los viejos y volvieron a sus extrañas conversaciones y jugueteos. Las niñas, no. Seguían encanadas en los visitantes, y en su padre. Aunque no se atrevían a pedir explicación de todo aquello.

El abuelo de las gafas de oro, el buen abuelo Luis, tenía un dedo de menos. Seguía sin él. Se hirió en la mano por centésima vez con una herramienta y tuvieron que amputárselo. Cuando volvió de Madrid, después de cortárselo, traía siempre la mano metida debajo de la solapa de la chaqueta, como Napoleón. «Lo malo va a ser para liar los cigarros», decía mirándose el hueco. Casi siempre andaba de mal humor entre las maderas y los serrines, con su guardapolvos amarillo y la gorra visera. De sobremesa contaba historias muy largas con mucha pausa, recreándose en las palabras. Y a lo mejor, sin saber por qué, daba un puñetazo sobre la mesa y decía «¡pero coño!». Los últimos tiempos andaba el hombre muy caído. No bajaba a la fábrica. Pasaba el día junto a la gran chimenea del comedor. Como recordando sus viejas historias, gozos y negocios. El nieto se le sentaba al lado y el

abuelo no decía nada durante mucho rato. Alguna vez sí decía: «Lo que importa es que seáis honrados y trabajadores...» Y añadía: «Son muy buenas armas para luchar en esta... vida.» (Nunca sabía el nieto —ahora el señor de cincuenta años— qué adjetivo pensaba poner el abuelo antes de «vida».) Seguramente no sería nada suave. Otras veces añadía: «Y a ver si ahorráis un poco... Hay que saber ahorrar vida, dinero... y mala uva.» Estaba en Madrid estudiando el señor de los cuatro hijos cuando vino su tío de Oviedo. Se llevó a él y a su hijo a comer a un restaurante. Y como quien no quiere la cosa, así como de paso, dijo lo de la muerte del abuelo Luis. Casi no se dieron cuenta los chicos del suceso, hasta bien pasados los postres. Entonces se quedaron muy serios... «Pero iré yo solo... No conviene que interrumpáis los estudios... ni que os impresionéis.» En el fondo, a los dos nietos les dio gusto no tenerse que enterar de nada. Por eso ahora el señor de los cuatro hijos miró a su abuelo por si se acordaba de ellos y les guardaba algún rencor. Pero se veía que el hombre no estaba en eso. Se recreaba en mirar y remirar a «la familieja», como él decía cuando vivía. No sabía por qué le parecía intuir que el viejo decía lleno de gozo al mirarlos: «¡Ay!, ¡qué coño de muchachos!» Pero no le hizo falta ir él al entierro para saber que iría todo el pueblo. Todos los carpinteros y ebanistas, los del casino, los Sernas, los Peinados, los Torres, y todos aquellos miles de gentes que tantas veces le gritaron por la calle: «Hermano Luis, hermano Luis, un momentico.» Y lo paraban y le hablaban mientras él se cogía la capa por ambos embozos y escuchaba mirando al suelo, con cara de aparente mal genio, pero buscando en el magín cómo hacerle el favor que le pedían.

Trajeron los dos vermuts y las dos coca-colas y el plato con cuatro aceitunas. Pero a los huéspedes no parecía importarles mucho. Ni probaban nada de aquello. El más pequeño de los niños, con gesto travieso y creyendo que no lo veían, tomó una de las aceitunas. En seguida le siguió el otro. Luego la niña más pequeña. Y el niño chiquitín repitió rápido.

La niña mayor miró a su padre como diciendo: «¿Te has fijado qué mal educados?»

Al abuelo de la barbita grisanta y la chalina no lo conoció el señor de los cuatro hijos. Había muerto muchos años antes. Pero siempre lo tenía presente según la foto del kilométrico que no llegó a estrenar. Del kilométrico blanco. Y contaban que cuando salía de su bodega, que estaba allí lejana, en el Parque, siempre le decía a la abuela bizca: «¿Quieres algo, chica?» Y aquello de que una vez se le prendieron fuego las ropas y salió corriendo despavorido, hasta un montón de tierra que había de unas obras, y empezó a revolcarse hasta que se apagaron las llamas. «Y recuerdo verlo entrar en la fábrica de mi padre, tan hombretón como era, tan decidido. Nosotros estábamos jugando por el patio y, de pronto, ¡cataplún!, y tropieza y se cae todo lo largo que era. Nosotros, claro, cosas de muchachos, empezamos a reírnos. El hombre se levantó, se sacudió, y riéndose, también en broma, hacía como que nos iba a pegar.» (Estas cosas se las contó en el casino un señor amigo, muchos años después.)

El señor vio, sin darse bien cuenta de lo que ocurría, que los niños seguían comiendo aceitunas con el mayor desparpajo. Y notó que la hija mayor hacía tiempo que le daba en el brazo llamándole la atención. Por fin reaccionó.

—¿Qué pasa?

—Papá...

—¿Qué?

—Que tengo mucho miedo.

—¿Por qué?

—Porque no se acaban las aceitunas. Cuando ya no hay, salen otras cuatro.

El señor de los cincuenta años miró al plato sin susto alguno, ésa es la verdad, y comprobó que así era. Apenas tomaban la última aceituna, llegaban cuatro más al platillo, como si las dejara taimadamente la misma mano que se llevaba la anterior. Luego interrogó con la mirada a sus antepasados. Pero ellos seguían atentos a los niños, sonriendo, comentando

entre ellos cosas del parecido con otras generaciones, sin darse por enterados del milagro de las aceitunas. Los pequeños eran los que lo pasaban en grande.

—¡Más aceitunas! ¡Arrea, otras cuatro aceitunas!

Dieron las dos y media en el reloj del café.

El señor Luis comprobó la hora en su reloj de oro de siempre e hizo un gesto a los demás. Todos, sin muchas ganas al parecer, se pusieron de pie. Hicieron un comentario más sobre los niños, y luego miraron los cuatro hacia el señor de los cincuenta años. Pero no lo miraron con la sonrisa tierna que a los niños, sino con especial melancolía... *Creo que me están diciendo: «Hasta muy pronto»* —pensó el señor de los cuatro hijos—. *«¿Hasta pronto... o hasta muy pronto?»* Es igual. Siempre es pronto.

Salieron como llegaron, andando muy tímidamente. Todavía se detuvieron en la puerta. Volvieron la cabeza por última vez. Ya en la calle parecían titubear, sin saber cuál era el camino. Por fin decidieron ir hacia Cibeles.

Cuando quedaron solos, dijeron los hijos:

—Papá, ¿por qué ya no salen más aceitunas?

—Papá, ¡que amigos más raros tienes!

—¿Quiénes eran?

El señor de los cincuenta años no les contestaba. Pasó un rato muy largo sin sentir que vivía, sin oír a los niños. Una fuerza muy lejana y profunda lo arrastraba tras aquellos que acababan de marchar. Tras otros miles y miles que marchaban delante de ellos, hasta tocar las mismas raíces del árbol —¿tal vez olivo?— del Paraíso. La sangre que corría por sus venas le traía calor y amor de aquel lejano manantial. Calor y amor que él transmitió a estos cuatro comedores de aceitunas que había junto a él... Los acarició sin mirarlos. Había que marchar. Los esperaba «ella».

Salieron a la calle. No había ni rastro de los visitantes. Sólo gentes de ahora, con vestidos de ahora, que siempre se beben todo lo que les sirven los camareros y que no saben multiplicar las aceitunas.

LA ENTRADA DE LOS NACIONALES

En el pequeño círculo se supo que aquella noche llegarían los nacionales al mando del teniente coronel Lanuza, que era del pueblo. Sería hacia medianoche. Las calles estaban vacías, pero en casi todas las casas se veía luz entre persianas. Las puertas del Ayuntamiento, cerradas, sin guardias. Sólo estaban iluminados los balcones altos. Con la casa de la C.N.T., antes Casino de San Fernando, pasaba igual. Sólo rendijas de luz. Un viento marcero, fino y rasurante, limpiaba la plaza.

Los quince o veinte amigos, chicos y chicas, llegaron en grupos. Bajo los árboles de la Glorieta paseaban nerviosos, con una euforia que se notaba en la manera de chupar los cigarros, de cogerse del brazo. Otra vez España cambiaba de rumbo. Todo desierto y callado, hecho el vacío, para empezar un nuevo camino. Cada no sé cuántos años aquí pasa eso. El colapso total. En otros sitios los cambios son licuados, casi se notan. Aquí, las viejas sangres cruzadas se confrontan cada temporada. Y la historia de España se parte por la mitad, con un crac seco. La soledad y el silencio de las primeras noches de la guerra y el de la que cuento eran parejos.

Chicos y chicas iban y venían por la Glorieta, frotándose las manos, haciendo planes. El reloj dio las doce para ellos solos.

Del puerto de Alicante salían barcos cargados de hombres con los ojos puestos en las luces que se quedaban. Por la frontera de Francia, cuerpos con bultos al hombro. Por la de Portugal, no.

Un soldado republicano, con grueso macuto al hombro y apoyado en un palo, llegó a la plaza. Andaba como borracho. Miró hacia un lado y otro, y sin poder más, se sentó en el bordillo de la acera. Los chicos y chicas que esperaban a los nacionales lo veían desde lejos, callados.

Con gran trabajo se quitó las botas. Se acarició los pies con gesto doloroso. Bebió de una cantimplora. Por fin, apoyándose en el palo, se incorporó de nuevo, descalzo y con pasos muy suaves, recomenzó a andar, mirando cada trozo de suelo donde ponía el pie. Se le adivinaba la cara contraída por el dolor. Al llegar a la esquina de don Gerardo, no pudo más, se sentó otra vez en la acera. Lloraba, lloraba con mucho ruido en aquella noche que creía sola.

De pronto se oyó un motor. Los chicos y chicas que paseaban por la Glorieta se olvidaron del soldado. Fueron hasta la esquina de la calle de Socuéllamos. Eran ellos, seguro. Le hicieron señas al camión. Más bien era una camioneta con toldo. Al verlos, se detuvo nada más entrar en la plaza. Alguno reconoció a Lanuza en la cabina:

—¡Lanuza! ¡Lanuza!

El teniente coronel, luego de examinar unos segundos a quienes estaban allí, sonrió y bajó eufórico. Sobre la guerrera asomaba el cuello de la camisa azul. Se cubría con un gorrete ladeado, con borla.

—¡Lanuza! ¡Lanuza!

Todos querían abrazarlo, echarle la mano. El sonreía con su bigote negro y los dientes blanquísimos. Aunque con cara de sueño, parecía emocionado. Por si acaso llevaba desabrochada la funda del gran pistolón.

—¡Lanuza!

—Ya estamos aquí, Dios nuestro Señor lo ha querido.

—Pero anda, que no os habéis hecho de esperar ni na. ¡Tres años!

Casi todos los soldados, sentados dentro de la camioneta, dormitaban.

Otros miraban al grupo con gesto de mucha fatiga.

—Oye, perdona que te diga —dijo uno de los recipientarios, señalando a los soldados—, pero los nacionales habéis hecho una entrada muy sosa en el pueblo. Esperándoos con tanta ilusión, y fíjate.

—Es verdad, nosotros soñábamos, qué sé yo —añadió una de las chicas—, con el no va más de alegría.

—¿Cómo? ¿Nosotros sosos? —dijo el teniente coronel.

Y asomándose a la carrocería de la camioneta, gritó:

—Venga, muchachos, ánimo. Vamos a echar un «Cara al sol». «¡Cara al sol...!»

Los soldados, recostados unos en otros o apoyados en los fusiles, empezaron con voces desacordes y desmayadas:

«Cara al sol con la camisa nueva...»

Los chicos y las chicas, firmes y con el brazo en alto, corearon con toda vibración. Era su primer grito público a favor de los vencedores.

Con el brío del coro, los soldados se animaron un poco. Pero Lanuza no quedó contento y, cuando acabaron, dijo, muy dispuesto a darle gusto a sus paisanos:

—Venga, muchachos, y ahora, nuestro himno:

«¡Ardor guerrero,
vibra en nuestras voces
y de amor patrio henchido el corazón...!»

Los del pueblo, que no sabían la letra, sólo repetían alguna palabra, así como «honor»... «honor».

Cuando acabó el himno, el teniente coronel Lanuza, dispuesto a satisfacer más a los amigos, dijo a los soldados:

—Venga, muchachos, ahora un «carrasclás»...

Los soldados lo miraban con mucha tristeza, como pidiendo una cama por compasión. Sólo uno con bigotillo inició el «carrasclás».

Lanuza se dio cuenta y se disculpó:

—Los pobres están desechos. Llevan unos días que no os podéis figurar. ¿Dónde habéis preparado alojamiento?

—En el asilo.

—Bueno es.

—Pero a ti te esperan en tu casa.

—Ya lo sé. Primero voy a acomodar a éstos.

—En el asilo hay cuarenta camas. Unos camaradas os esperan.

—Buenas son... Y mañana a las nueve en el Ayuntamiento, que empecemos a poner esto en orden.

—Que falta hace...

—Mañana o pasado vendrá una Bandera. Bueno, chicos, hasta mañana. ¡Arriba España!

Todos lo saludaron con gritos, y la camioneta salió calle de la Feria adelante, camino del asilo. Desde la cabina, Lanuza se despedía con la mano.

Quedaron largo rato comentando la llegada y planeando para el día siguiente.

Cuando ya se iban por la calle de la Independencia, a la altura de la farmacia de don Gerardo, vieron al soldado tumbado en la acera; dormido, con una respiración hondísima. Entre los calcetines gruesos y rotos se advertían los pies hinchados, cuajados de sangre.

—El pobre no pudo más.

Como pudieron, le quitaron la manta que llevaba terciada, y lo taparon. Lo arrimaron bien a la pared de la farmacia.

—¿Sabéis quién es?

—No. Parece de la quinta del saco. Será un rojazo.

—Mañana se encontrará bien.

Y siguieron calle adelante, frotándose las manos y haciendo planes.

Al verlos marchar, alguien entreabrió uno de los balcones de la C.N.T.

—Ya podemos —dijo hacia dentro.

Poco después salieron cinco hombres con paquetes y maletas.

Andaban premiosos, volviendo la cabeza hacia todos lados.

Entraron por la calle de la Independencia, y al ver el bulto junto a la puerta de la farmacia, se pararon en seco. Esperaron unos segundos.

Uno de ellos se adelantó casi de puntillas. Contempló el cuerpo y en seguida hizo señas a sus camaradas. Agachándose, le acercó a la cara el mechero encendido.

—¿Quién es? —preguntó uno de los que permanecían de pie.

—No sé. Parece de las quintas últimas.

—Será un desertor. Un traidor más.

Y siguieron calle adelante, doblados por el peso y expectantes.

CERTIFICADO DE ADICTO AL REGIMEN

A José Pérez Torres.

Tal como quedaron los negocios de mi familia al acabar la guerra, para mi padre suponía una carga muy pesada que me fuese a Madrid a estudiar Filosofía y Letras, a pesar de que sólo iba a pagar siete pesetas diarias de pensión.

... Lo recuerdo un domingo por la mañana en la cama, abrazado a la almohada, quejándose de las dificultades económicas que le iban a crear mi marcha a la Universidad.

Pero mi madre, por vez primera en su vida, se puso tensa y exigente. Todavía parece que la veo, de luto como siempre —ahora por la muerte reciente del tío Félix—, con las manos crispadas sobre el piecero curvado de la cama de caoba, mirándolo muy fijamente y sollorosos sus grandes ojos azules.

Cuando por fin le sacó la autorización para mis estudios, papá quedó boca abajo, con la cara hundida en la almohada... Yo iba a ser el primero de las dos sangres que estudiase carrera. Y bien que le gustaba. Pero con la fábrica desmantelada y sin más ahorros que el dinero vencido que hubo de entregar en el banco, las perspectivas, las cosas como son, no eran como para mandarme a estudiar a Madrid.

Ya tenía en mi poder el certificado de estudios de bachillerato después de la depuración de la Química, y la partida de nacimiento (24 de septiembre de 1919, aunque por despiste de mi padre o del empleado del Juzgado consta el 25... De modo que durante todo un día no existí oficialmente)... Pero

me faltaba, nada menos, que el certificado de adicto al régimen. Pues en aquella España que empezaba para durar cuarenta años, sólo podían estudiar quienes comulgasen con el régimen impuesto por las armas seis meses antes.

La Jefatura de Falange —con todos los falangistas a estreno— estaba en el antiguo Casino de San Fernando. Desde que acabó la guerra rebosaba de hombres con camisas azules y boinas coloradas, que todos los días pasaban varias horas haciendo instrucción por el Paseo de la Estación, aunque nadie sabía con qué finalidad.

El jefe local de la Falange era ya nuestro vecino Abelardo el marmolista. Hombre alto, fuerte, sin hijos, que yo intuía que por vivir enfrente de casa y conocer mi vida minuto a minuto, no me veía con malos ojos.

Echándole valor al trance, aquella tarde me fui a Falange para solicitar el certificado de adicto al régimen... Pero al llegar a la plaza perdí el ánimo, y me puse a pasear por la Glorieta, bajo los árboles, en espera de almacenar arrestos.

De reojo veía entrar y salir falangistas con paso decidido y la mirada severa. Los curas, hechos corro junto a la sacristía, los miraban con satisfacción... Tras los ventanucos de los calabozos municipales, a ras de la acera, seguro que me mirarían los detenidos políticos, que todavía seguían enjaulados a pesar de los meses transcurridos del «año de la victoria».

... Y aquel rato, que por indecisión estuve paseando por la Glorieta de la plaza, fue lo que me perdió. Ya se había hecho de noche y temí que se fueran a cenar. Me acerqué lentorro al antiguo casino, mirando a uno y otro lado.

El despacho del jefe estaba conforme se entra a la derecha, donde hasta hacía poco el de los mandamases de la CNT, FAI.

Como las puertas del despacho estaban abiertas, me paré en el recuadro de luz. El jefe Abelardo, mientras paseaba con grandes zancadas y las manos en la espalda, le dictaba algo al secretario, sentado junto a la máquina de escribir.

Al reparar en mí, allí indeciso, me miró con extrañeza y al fin ordenó:

—Adelante, camarada.

—Buenas noches.

—¡Arriba España!

—... Arriba.

—¿Qué quieres?

—... Pues verá usted.

—¡Verás!

—Pues verás... Que para estudiar en la Universidad de Madrid me piden un certificado de adicto al régimen.

—¿Y qué vas a estudiar?

—... Filosofía y Letras.

Quedó con cara de no sonarle nada aquella carrera.

—Bueno..., siéntate, que en seguida termino esto y te lo hago.

Me senté en una butaca ya desvencijada del que fue casino, y esperé a que terminase su dictado.

Sobre el sillón del jefe estaban los retratos de Franco y José Antonio, entre las banderas del Requeté, de Falange y la Monarquía. Encima de la mesa, un crucifijo de casi tres palmos; y en todos los rincones, fusiles arrimados.

Pronto llegó el jefe al final de su escrito:

—... «Dios te guarde muchos años para bien de España y de su Revolución Nacional Sindicalista. Tomelloso, a tantos de septiembre de 1939. Año de la Victoria. ¡Arriba España!, ¡Viva Franco!»

Después de firmar con rasgos enérgicos, volvió a reparar en mí, y le dijo al secretario:

—Hazle a Paquito un certificado de adicto al régimen, pero bien entendido —añadió mirándome con severidad— que sólo lo utilizarás en «la Universidad de Filosofía». Después me lo devuelves.

—Sí, camarada —dije jubiloso—, para eso lo quiero solamente.

El secretario, que era amigo mío, me miró de reojo con cierto placer, mientras metía el oficio, calco y papel de copia, en la máquina de escribir.

La cosa estaba resuelta, Abelardo, de codos sobre la mesa, leía el periódico. Yo —pensaba—dos días después me iría a Socuéllamos, para marcharme con mi amigo Delfín a la «Universidad de Filosofía», como decía el jefe.

... Pero apenas el secretario dio los primeros teclazos, sin hacer ruido, escurridizo, y medio levantando la mano con aire blandón, entró *el Jesuita,* entonces flamante jefe de no sé qué. Al verme quedó sorprendido, y me saludó con imperceptible movimiento de labios.

Rápido, fue hacia la mesa del jefe, apoyó las manos en el tablero, y sobre el gran crucifijo le preguntó algo en voz baja.

Hablaron unos segundos. Yo no oía nada. Pero el secretario, sí. Me miró de reojo, y con el pretexto de liar un cigarro, optó por dejar de escribir.

El jefe Abelardo se pasó la mano por la frente sin atreverse a mirarme... *El Jesuita* se apartó a un rincón, de espaldas a mí. Por fin habló Abelardo:

—Paquito, haz el favor de esperar fuera. En seguida te llamo.

Salí al antiguo salón del casino. Estaba muy mal iluminado. Un corro de falangistas escuchaba un aparatillo de radio afonísimo que estaba donde antes de la guerra la mesa de billar.

... Ya sabía lo que me esperaba. Recordé los ojos grandes y azules de mi madre sobre el piecero de la cama de matrimonio, y a mi padre abrazado a la almohada con gesto dolorido.

Por la radio, no sé quién, con voz de trueno, echaba un discurso terrible cantando la grandeza de la España futura y la necesidad de hacer justicia inflexible a sus enemigos seculares.

Pasados unos minutos, *el Jesuita* salió como sombra, sin mirarme, con aquella media sonrisa suya de suegra satisfecha.

Nadie me dijo que volviese a entrar en la jefatura. Oí, sí, que el secretario cambiaba el papel de la máquina y de nuevo sonó el tecleo.

Por la ventana abierta veía ahora al *Jesuita* hablando con un cura. Pero éste tenía una sonrisa más de hombre y miraba de frente, mientras *el Jesuita* hablaba halagador, con los ojos en la baja sotana del otro.

—¡Pasa, Paquito! —me dijo de pronto Abelardo asomándose al salón.

—Esto es lo más que puedo concederte.

Y me largó un papel. Decía poco más o menos: «Certifico que F. G. P., natural de Tomelloso (C. Real), es persona de buenas costumbres y carece de toda clase de acción política en contra o favor del Glorioso Movimiento Nacional Sindicalista. Y para que conste...»

—Pero esto no me vale —dije sacando fuerzas.

—No puedo hacer otra cosa.

—Antes dijo que sí.

—No puedo hacer otra cosa. Lo siento. ¡Arriba España!

El secretario, con los ojos pensativos, miraba el teclado de la máquina. Salí tristísimo.

Cuando llegué a casa, mi madre, como siempre, estaba en la puerta de la calle sobre su butaca de mimbre. Mi padre, bajo la alta luz del patio, leía el periódico en la silla de tijera.

No quise decirles nada de momento. Así que supiese papá que había intervenido *el Jesuita,* se indignaría más de lo que estaba, después de enterarse que habían quitado el Instituto.

Me senté en la silla baja, al lado de mamá, callado, como acostumbraba. Ella, pensando en sus cosas, no reparó en lo que me pasaba... Al menos eso creía yo. Porque al ratillo de estar así, me preguntó de pronto:

—¿Has hecho algo del certificado de adicto al régimen?...

Ya sabes que papá, tal como están las cosas, no puede dar un paso.

Y de pronto, sin poder remediarlo, se me hizo un nudo en la garganta y rompí a llorar.

Al oírme, mamá se alarmó mucho y mi padre, con el periódico en la mano, salió con cara de extrañeza.

Pasamos al portal oscuro, el portal de las estatuas —que ya no estaban—. Y les conté lo que me había pasado con *el Jesuita.* Luego les enseñé el certificado... de nada. Papá entró para ponerse bajo la luz del patio, y leyó el oficio con gesto de puchero lloroso. Volvió al portal con el papel en la mano, y callado, me pasó la mano por la cabeza y dijo algo terrible contra *el Jesuita.*

Papá se volvió al patio y nosotros a la puerta. Así estuvimos mucho rato, callados, pero seguro que los tres pensando en lo mismo, aunque papá siguiera con el periódico delante de las gafas.

—Ya veremos qué se puede hacer —fueron sus palabras de insegura esperanza.

Abelardo, el jefe, que ya venía a cenar, al pasar frente a nosotros, dio unas buenas noches sin torcer la cabeza.

Después de cenar, papá no salió y nos sentamos los tres en la puerta de la calle porque hacía muy buen tiempo.

Abelardo apareció en la puerta de su casa, pero, al vernos —que bien se lo noté—, en vez de tirar hacia la plaza, torció por la calle del Monte, para no tener que saludarnos. Su mujer nos miraba tras la persiana combada.

—Debías hablar con él —le dijo mamá a mi padre, echándole aquellos ojos tensos que puso por la mañana, cuando estaba apoyada en el piecero curvado de la cama de caoba.

—...Con *el Jesuita* por medio no hay nada que hacer. Los maneja a todos —contestó papá con voz sorda—. No parará hasta que nos hunda.

La razón era tan cierta, que mamá no añadió palabra.

Nervioso, después de aquel cambio de palabras, papá volvió a entrarse para releer el periódico. Y mi madre me

puso una mano sobre el muslo. No la miré, pero seguro que lloraba en silencio...

Hasta que de pronto, apartándome la mano del muslo, me dijo:

—Mira, por ahí viene tu amigo Pepe Pérez, que también es no sé qué de Falange. Díselo.

Ni lo pensé. Me puse en pie y aguardé a que llegase a nuestra altura. Le pedí que pasase al patio y le expliqué lo que ocurría, delante de papá, que con el periódico sobre las piernas nos miraba por encima de las gafas.

Pepito, que tendría diecisiete o dieciocho años, leyó el certificado y me lo devolvió pensativo:

—Yo te lo arreglaré mañana.

—¿Pero vas a hablar con ellos?

—Tú déjame a mí.

Y moviendo las manos muy de prisa, lo vimos marchar hacia la plaza.

—No te lo decía yo... —me calmó mamá, después de contarle lo que había dicho Pepito, poniendo su mano sobre las mías.

Cuando estábamos comiendo al día siguiente, llegó la criada de Pepito y, después de decir el «que aproveche», se sacó de la pechera un sobre azul con flechas, yugos y toda la pesca.

—De parte de Pepito que tengas esto.

Mamá le ofreció una raja de melón, pero ella dijo que muchas gracias, que ya había comido, y salió arrastrando mucho los pies, con cara de pensar en otra cosa.

Era el certificado de «adicto», para efectos del ingreso en la Universidad, con una firma ilegible.

A la luz que bajaba de la montera de cristal, a mamá se le pusieron los ojos tan tiernos que, en el ángulo que están junto a la nariz, le cuajó una lagrimilla...

Al anochecer, papá y yo fuimos a la casa de Pepe, unas puertas más allá, para darle las gracias. Pepito, que salía en aquel momento, desvió en seguida la conversación y dijo que

no tenía importancia. Luego nos vinimos los tres hasta la puerta de casa.

Unas semanas después, en Madrid, cuando con otros amigos íbamos de tasca en tasca, en un momento que nos quedamos solos, le devolví a Pepe el certificado de adicto.

—¿Qué es esto?

—El certificado de adicto.

—¿Has ingresado ya?

—Claro. Gracias a ti.

—Enhorabuena.

Y lo rompió en pedacitos, mientras llamaba a los otros para invitarnos a una copa en un bar nuevo que había abierto en la Gran Vía.

De «EL ULTIMO SABADO»

I

A la una menos diez, Dolores, sin encender la luz, abrió con mucho pulso el pestillo de la puerta de la calle. Subió la escalera, y como todos los sábados a aquella hora, se colocó tras la persiana echada del balcón del comedor. No pasaba nadie. De vez en cuando el ruido de algún motor lejano. Pero el coche de Julián todavía no había llegado. Tenía espacio suficiente para aparcar en la calle frontera a la casa de Dolores. Cuando se veía obligado a hacerlo en otro lado, todo se complicaba mucho. *Si Julián no fuese tan puntual y organizado, hubiera sido imposible llevar esto adelante. Pero es un hombre como hay pocos.* Con las puertas del balcón entreabiertas, y envuelta en un chal de lana gris, miraba por las rendijas de la persiana. Ahora se oía la lejana música de un aparato de radio, el de Blas, el paralítico que vivía dos casas más arriba, y tenía la radio puesta toda la noche. Algunos momentos —le ocurría todos los viernes a aquella hora— a Dolores se le iba la imaginación a Madrid. Pensaba en sus dos hijas, en la habitación que tenían en la residencia de estudiantes, allá en Argüelles. *Claro que siendo sábado* —se repetía invariablemente—, *lo más seguro es que esta noche estén en un baile o vaya usted a saber... Lo que nos quedará por ver.* Y al decirse estas últimas palabras caía en la cuenta de lo que esperaba ella en aquel momento y deseaba que ocurriese unos minutos después... Y siempre hacía igual: se humedecía los labios con la lengua y se embozaba más prietamente con el chal de lana gris. *Claro que lo que ella debía haber hecho*

era irse a vivir a Madrid. ¿Qué hacía en el pueblo, sola, con las dos hijas estudiando en la capital? Incluso para sus relaciones con Julián todo habría sido más fácil... Pero nunca le gustó vivir fuera del pueblo, alejada de sus intereses, tierras, amigos y parientes. *Menuda pereza tener que venir todos los fines de semana —como hacía Julián— a pagarle a los trabajadores y ver cómo iban las cosas. Y lo de poner un encargado, ni hablar. Ella en Madrid se encontraría muy sola, sin casi conocer a nadie.* La verdad es que pensó irse cuando murió su padre, pero luego no se determinó. Seguía dándole vueltas. *Tal vez el curso próximo. Al fin y al cabo a las chicas las veía una vez al mes.* Aprovechaba todos los «puentes», e iba a Madrid siempre que podía. Y si le apretaban las ganas de verlas, aunque no le gustaba viajar sola, cogía el coche y marchaba. *Y además, que muchas veces, cuando mejor se está en la vida, es cuando hace una lo que no debe, lo que no es lógico, lo contrario a lo que todo el mundo dice. Yo me encuentro muy ricamente viviendo en el pueblo y en mi casa. Viene la asistenta hasta las siete de la tarde y luego solica, tan a gusto. Ahora mismo, aquí en el balcón, tan bien lavada de pies a cabeza, envuelta en mi chal gris, espiando tras la persiana, sintiendo el fresquito de la noche y esperando que llegue al coche de Julián, pues que me siento tan a gusto.* Y las dos cosas, el vivir sola y esperar a su amante, eran contrarias a lo que solía hacer todo el mundo.

Por la calle ancha que desembocaba enfrente del balcón, avanzaba un coche muy despacio. Como buscando donde aparcar. *Era Julián, seguro.* Se detuvo en la esquina. *Así, de un salto estaba en la puerta.* Paró el motor dando antes el acelerón de siempre. Apagó los faros y quedó dentro. Dolores miró bien a uno y otro lado de la calle por si venía alguien. Julián hacía lo mismo en la calle donde esperaba. Todo seguía silencioso, sin más ruido que el de la lejana radio del inválido. Dolores se puso en la boca el cigarrillo que tenía preparado en el bolsillo de la bata, y encendió calmosa con el mechero de oro que le regalaron sus hijas en el último día

de su santo. Aquel encendido era la señal para que Julián atravesase la calle.

Y él, todos los viernes hacía igual: salía cauteloso, miraba hacia atrás y cerraba la puerta del coche con un portazo que no sabía evitar. Llegaba a la esquina, con la caja de bombones en la mano y, con el aire del que no hace nada miraba a uno y otro lado de la calle de Dolores, y, cerciorado de que no pasaba nadie, con paso tranquilo, cruzaba. Y, ya sin mirar ni detenerse, entraba y cerraba la puerta suavemente. Subía a tientas. Ella lo esperaba en el primer descansillo de la escalera. Allí se besaban por prirmera vez en la noche. El sin soltar la caja de bombones. Dolores la notaba rozándole el trasero mientras duraba el abrazo. Después de aquel primer encuentro, subían el segundo tramo cogidos por la cadera, preguntándose cosas. Pasaban directamente a la alcoba. *Para qué más ceremonia si ya sabemos lo que queremos los dos.* El dejaba la caja de bombones sobre el tocador. Dolores volvía a abrazarlo. Sobre la mesilla de noche ya estaba el whisky servido con mucho hielo. Apenas Julián se había quitado la corbata, Dolores ya estaba desnuda. Sacando la lengua, encogiendo la nariz, y pisando de puntillas, se acercaba al tocador, abría la caja de bombones, con muchos ruidos de papeles, y se llevaba a la boca el primer bombón de la semana, que para ella empezaba la noche del sábado. *¡Ay qué rico! Cada vez te los hacen más ricos, Julián.* Con la caja de bombones en la mano se iba a la cama. La dejaba sobre la mesilla. Se echaba, se tapaba, *¡Ay que frío!* e iba tomándoselos uno a uno. Cuando Julián acababa de desnudarse y dejaba bien colocada su ropa sobre la silla descalzadora, con la cajetilla de cigarrillos rubios y el mechero en una sola mano, se metía en la cama. Tomaba el vaso de whisky de la mesilla, lo miraba al trasluz, se echaba un buen trago. Después, encendía el pitillo, y ya con la cabeza en la almohada, mirando al techo, fumaba y hablaba. «*Venga, cuéntame cosas*» —le decía ella, sin dejar de comer bombones. Y mientras él, lentamente, iba contándole las pequeñísimas incidencias de su vida durante la semana,

ella sólo pensaba en lo mismo: *La verdad es que no hay nada que se pueda comparar con lo que viene luego, pero hay que reconocer que este rato de antes, aquí los dos en la camica; él con su whisky y yo con mis bombones, tampoco tiene desperdicio... Tal vez estaría mejor para después esto que hacemos ahora, pero como este hombre se queda completamente roque así que me cubre, pues que no hay manera. Y debe ser cosa muy de hombre. A Pepe, mi pobre marido, le pasaba igual. Después de funcionar se quedaba vencío para toda la noche. Pero en fin, qué vamos a hacer. Mientras él ronca, yo me como algún bomboncillo que otro.*

Julián hablaba mirando al techo y fumando. Cuando quería echarse un trago, tomaba el vaso de la mesilla, se incorporaba un poco, clavando el codo en la cama, y ¡hala! A Dolores, muchas veces le daba por pensar si Julián, allí en Madrid, haría lo mismo con su mujer. Si le hablaría con el mismo tono cuando estaban en la cama, antes de hacer lo que fuera. Y si tomaría whisky. Desde luego, lo seguro es que no harían uso del matrimonio todas las noches. *Y lo de regalarle cajas de bombones cada semana, ni hablar...* También pensaba si parecido ceremonial lo haría Julián con otra que no fuese ella, ni su mujer. Y siempre acababa por encogerse de hombros. En el fondo le daba igual. *Ella se conformaba con que cada sábado le trajera sus bombones y sus abrazos. Ya no estaba en situación de exigir virguerías. No se le puede pedir a la vida más de lo que da en cada circunstancia.* Julián no empezaba a acariciarla poco a poco. Cuando acababa el whisky y el pitillo, a lo mejor seguía hablando un ratillo con aquella voz monótona que tenía hasta que, de pronto, daba una media vuelta y empezaba a besarla con toda la furia. Era así de brusco. *La verdad que todo aquello, esperado durante ocho días, resultaba muy corto. En junto no llegaba a dos horas. Desde que se apeaba del coche, cruzaba la calle, me daba el primer apretón y los bombones en el descansillo de la escalera; contando cigarrillo, whisky, cosas de la semana, asalto final, sueño, despierte y marcha a su casa... De verdad*

que no llegaba a dos horas. Porque Julián la montaba sólo una vez. *Lo hacía muy bien, esa es la verdad, pero no repetía.* A ella muchas noches le hubiese gustado una propinilla. *Pero no había forma. El tío se quedaba dormido y al cabo de media hora se despertaba como sobresaltado.* Se vestía con prisa. Le daba el último abrazo en el descansillo de la escalera y dejaba que ella se asomara a la puerta. Cuando Dolores le decía que no venía nadie, le daba paso, y Julián cruzaba rápido hasta el coche...

Julián terminó el pitillo y se bebió el último trago de whisky. Ella oyó sonar el hielo en el vaso vacío. Y, sin mediar una palabra más, se dio la vuelta y empezó a besarla con aquella furia que él se gastaba. Dolores, sin dejar la faena, buscando con un ojo la perilla de la luz, extendió el brazo y apagó. *No me extrañaría que le pegue al pobre alguna bocera de bombones, pero no me da tiempo ni a limpiarme. Qué furia.*

Cuando acabó el asalto, Julián, como siempre, quedó roncando. Y ella, sin pizca de sueño, alargó la mano sobre la cabeza de él, cogió un pitillo y lo encendió. La luz que entraba por las rendijas del balcón dejaba entrever el bulto que Julián hacía bajo las sábanas. *Tampoco se está mal así, dormido él, oyéndole roncar a tu lado y fumando el cigarrillo tan tranquila después del trajín...* Pero precisamente cuando le daba la última chupada y se disponía a dejar la punta en el cenicero, notó algo que le extrañó. Julián roncaba como nunca. No con los ronquidos largos y suaves de toda la vida. Lo hacía ahora con ronquidos cortos, secos y en crescendo. Alarmada lo movió un poco:

—Julián, Julián...

Pero con el cambio de postura, los ronquidos se hicieron más trabajosos, ahogadores y patéticos. Encendió la luz. Julián con la boca abierta del todo, los ojos cerrados y gesto descompuesto, no roncaba, respiraba de aquella manera. Dolores, completamente desnuda, se levantó y empezó a moverlo.

—Julián, Julián.

Era inútil. En cualquier posición que lo colocase, seguía aquel estertor. Dolores, con el pelo en la cara y los brazos sobre el pecho desnudo lo miraba aterrada. Recordó lo de la respiración de boca a boca. Con gesto entre miedoso y de asco, puso su boca sobre la de Julián y empezó a soplar según su saber. Pero era inútil. Las expiraciones de él eran mucho más fuertes que sus intentos de insuflarle aire. Todo iba a ser muy rápido. *Mira que si se me muere aquí este hombre. ¡Dios mío! Lo que me faltaba. Si tengo la negra. Pero qué hago...* Le puso la mano sobre la frente. Luego intentó darle masaje en el corazón. Nada lo mejoraba. *Mi deber es llamar a un médico, y que sea lo que Dios quiera.* De pronto bajó el tono de aquel jadeo que antes le parecieron ronquidos. Dolores puso cierto gesto de esperanza. Sí, el jadeo disminuía, pero tenía la cara cada vez más descompuesta. Un sudor frío le rociaba la frente. Y él, tan moreno, parecía completamente blanco... Ya apenas se oía ronquido, jadeo, ni nada. Todavía respiraba, pero muy de cuando en cuando, y abriendo mucho la boca. Por fin la abrió desesperadamente, apretó los ojos como si lo ahogase una mano invisible y en seguida, después de un ronquido final, dobló la cabeza en el hoyo de la almohada... Un brazo le colgaba a lo largo del cabecero de la cama.

Dolores, inclinada, con las manos apoyadas en sus muslos y los pechos colgando, lo miraba, esperando todavía una resurrección de aquellos suspiros. Le tomó el pulso. Le puso luego el oído sobre el lado del corazón. Por fin cayó de rodillas en el suelo, y con la cara entre los brazos y sobre la cama, empezó a llorar sordamente. Sobre la mesilla, el vaso de whisky vacío, los ceniceros y el reloj de pulsera de él. Arriba, el Cristo crucificado que presidía la cama.

Después de un rato, con movimientos muy lentos, empezó a vestirse las ropas que dejó sin orden sobre la descalzadora. Con la mirada en el suelo hablaba en voz baja. *Mis hijas. Ellas allí, en la Residencia de Madrid, durmiendo tan tranquilas, y yo mira... O aunque no duerman y estén churretean-*

do por ahí. Es igual. Por ellas hay que tener redaños y acabar esto bien acabado... Si no fuera tan alto y tan fuerte... si no pesara tanto. Pero hay que probar. Hay que conseguirlo, no hay más remedio. Amanece el muerto en mi casa y salgo en coplas para toda la vida... Es que donde pongo el ojo cae la desgracia, sobre todo con los hombres. Mi marido murió a los ocho años de casados. Aquel otro que conocí en Madrid, al año se ahogó en Guardamar. Y éste fíjate. No llevábamos un año así, y mira.

Ya cubierta, intentó vestirlo a él. La cosa no era fácil. Tal vez por estar muerto le parecía pesar mucho más que en los momentos amorosos. Decidió ponerle los pantalones solos, sin calzoncillos... *Huuuu. Mecagüen su padre..., ay no, perdón, pero esto así no hay quien lo entre. Fíjate, ahí se le ha quedao la minga muerta para toda la vida. Que no creo yo que esto de joder, que tanto lo necesita el cuerpo, sea tan malo como dicen. Se casa una a los veintipocos... Ya parece que le he entrao esta pernera. A los treinta, como quien dice en la flor de la edad, te quedas viuda y a pedir por Dios. No, de seguro que no es tan pecado como dicen, siempre que una lo haga sin escándalo y sin perjudicar a las hijas... Digo yo. Tan sano y fuertón como parecía. La leche que le dieron.*

Cuando por fin, después de estirar desde todos los lados y en todas las posiciones le calzó los pantalones al muerto, pensó que había hecho mal. Al verlo sin calzoncillos, pensarían, con razón, que no se había muerto dentro del coche. *Pero es igual, mecagüen la puñeta, lo primero es sacarlo de aquí. No iba a desatacarle otra vez los pantalones para entrarle los calzoncillos y volverle a poner los pantalones para que pensasen que se había muerto en el coche.* Ponerle la camisa y la camiseta era mucho más difícil todavía. De rodillas en la cama, tras él, sintiendo la cabeza y los hombros de Julián sobre su pecho, intentaba entrarle una manga. El brazo, sólo el brazo, ya pesaba lo suyo. Se caía apenas aflojabas. Sudaba. Se sentó en la cama a descansar un poco. *Qué cosa más cosa es la muerte. Tan ágil y meneante cuando vivo, y míralo ahora*

qué dejao. Como lo pongas, se deja y te aplasta. Además se va quedando de un frío blando y pegajoso. Quién lo iba a decir, si hace na, tan brioso. Tumbado otra vez, le fue abrochando la camisa. El cuello no hubo forma. Se le quedó la cabeza así hacia atrás, y con la nuez tan salida, que era imposible abrocharle el cuello. *Imposible, imposible. Cuánto te gustaba que me pusiera encima. Venga, jineta, me decías. Yo no lo había hecho antes con nadie.* Para descansar un poco le calzó los calcetines y los zapatos. Ya eran casi las tres. *Menos mal que todavía las noches son muy largas, que si no me pillaba la amanecida apañando al pobre. No creo que esta noche el polvo haya sido más fuerte que otras como para que le diese esto.* Recordaba cuando amortajó a su padre hacía dos años. Pero todo fue más sencillo. Primero lo hicieron entre su prima Narcisa y ella, y *luego que no fue más que ponerle una túnica sin más camiseta ni más na. Julián fue muy bueno, pero que muy bueno conmigo. Todo lo que se diga es poco. Pero lo que se dice quererle, no lo quería. Me gustaba, pero no lo quería. A él le pasaba igual. Estaba segura. El era muy macho y le gustaba tener mujeres para acostarse. Seguro que en Madrid tenía más de una. Con sus cuarenta y muchos años seguía siendo un hombretón a la hora de la cama, que a ella era lo único que le importaba. No iba a andarse ahora con amoríos románticos. Cuando se hablaba de otras cosas de hombres: de políticos, sabios, futbolistas, e incluso negociantes, a Julián se notaba que no le daban envidia. El llevaba bien las cosas de su casa y nada más. Lo único que le importaba como hombre era tener mujeres con quien acostarse y en paz. Ella tampoco quería más.*

Cuando acabó de calzarlo —las piernas del muerto le colgaban de la cama—, bebió agua con hielo del jarro que había sobre la mesilla para el whisky de Julián. Ella no pudo nunca tomar bebidas alcohólicas. *Me saben muy mal, y fíjate lo que son las cosas, eso sí que me parece pecao.* Quieta, antes de continuar la faena, lo miraba con muchísima tristeza. *Pobre mío. Pero claro que a éste lo saco yo de aquí como sea, aunque*

tenga que arrastrarlo. Antes de empezar con la faena de ponerle la chaqueta se comió un bombón, pero, ciertamente, sin pensar muy bien lo que hacía. *Anda, que estoy yo buena, comiendo bombones en este trance.* Cogiéndolo de la nuca intentó volver a sentarlo. Ahora costaba más trabajo que al ponerle la camisa. Cuando lo tuvo sentado, la cabeza del muerto se le clavaba en el pecho. Ella estaba de rodillas sobre la cama, sirviéndole de respaldo. Y empezó la faena. Así que se descuidaba se le doblaba la cabeza al pobre Julián. Era muy difícil con su mano izquierda alzar la manga izquierda de la chaqueta, y con su mano derecha coger la mano izquierda de él y enfundarla en la manga vacía. Hubo un momento en el que se escurrió un poco el cuerpo de Julián y sus pelos le tapaban la boca. *¡Ay, leche!* Y el brazo izquierdo se había quedado ya tan poco flexible, que no había forma de que le alcanzase la manga. Impotente, lo dejó tumbado boca arriba sobre la cama. Y después de secarse el sudor, y unas lágrimas, más de rabia que de dolor, pensó que sería mejor rular el cuerpo y ponerlo boca abajo. Así, alzándose los brazos hacia atrás, sería más fácil ponerle la chaqueta. Tomando las posturas más barrocas y descompuestas, aunque la chaqueta —a lo mejor el forro— se rompió por algún lado —ella no supo por dónde—, consiguió encajársela, de manera bastante torcida. Bebió otro trago de agua fría. Así tumbado, boca abajo, con los pies muy juntos y los brazos abiertos, parecía que hubiese caído volando desde mucha altura. *Ahora hay que entrar el coche de Julián en el corral.* Le buscó la llave. Bajó sin encender la luz del patio. Ya en el portal se acordó que no llevaba la llave de la portada. Antes de volver a bajar, apagó la luz de la alcoba y miró por el balcón. La calle seguía desierta. Sólo se oía leve la radio de Blas el paralítico. Bajó rápida, abrió la puerta de la calle y cerró tras de sí. Cruzó la calle. Puso el coche en marcha y dio la vuelta a la manzana, porque las portadas de su casa estaban completamente detrás. Abrió con la llave el postigo de las portadas, entró y luego las abrió de par en par. Volvió al coche. Lo entró. Cerró la

portada. A través de un pasillo —siempre sin encender más luces— llegó al patio. Subió la escalera. Abrió las puertas de ésta con la luz apagada. No era cosa de que alguien pasara por la calle y la viera encendida a aquella hora. Con el resplandor de la luz de la alcoba, que volvió a encender, a través de la puerta, bastaba. Ahora venía lo más difícil: bajar el cadáver. *Un cadáver recién jodido. Remate poco frecuente.* Mientras estudiaba la operación, con aire distraído, tomó otro bombón y le colocó el reloj de pulsera que estaba sobre la mesilla. Masticándolo, miraba el cuerpo atravesado sobre la cama, boca abajo y con la chaqueta tan malísimamente puesta. *Animo, chata, que la noche es larga.* Tomándolo de los sobacos con ambas manos, fue tirando de él hasta que los pies zapatearon sobre el suelo. Le dio la vuelta. Boca arriba le parecía mejor posición para arrastrarlo. Pesaba como el demonio. Antes de acabar la galería para llegar a la escalera, tuvo que descansar. Al cabo de un respiro volvió a arrastrarlo de la misma forma. Tiraba de él andando hacia atrás y con la cabeza vuelta para no tropezar. En la misma postura empezó a bajar. Aunque iba despacio, la maniobra era muy difícil. Con la escalera tan pina, temía caer arrollada por el empuje del cuerpo. Además no había forma de descansar. Si lo soltaba caería rodando solo por las escaleras. Pronto se dio cuenta que aquello era superior a sus fuerzas. Al mediar el primer tramo no podía más. Ella no aflojó las manos, se le aflojaron solas, como dormidas, y el cuerpo cayó rodando de escalón en escalón, con unos ruidos alternados y secos de coscorrón y zapato, hasta el descansillo, donde ya no llegaba la luz de arriba. No tuvo más remedio que encender la del patio. *Que sea lo que Dios quiera.* Allí estaba cuadrado, abierto de pies y manos como las aspas de un molino... Despeinado, pero con el mismo gesto. *Como si no se hubiese enterado del descarrile.* No, desde luego no se sentía con fuerzas para bajarlo el otro tramo, que era el más largo. Pesaba tanto y la escalera tenía los escalones tan altos, *que podía matarse ella, y de eso nada, monada, que tenía dos hijas en Madrid, y que no, vaya que no.*

Tampoco era cosa de llamar a nadie a que le echase una mano... Así es que lo agarró de un brazo, tiró de él con todas sus fuerzas hasta ponerlo al borde del descansillo..., y una vez así, cerrando los ojos, le empujó con el pie. Otra vez aquellos ruidos secos y patéticos. Ahora se percibían más los cabezazos que los zapatos sobre los escalones de mármol blanco, que ella tenía siempre tan limpios. Ya estaba el cuerpo en el patio, acurrucado, como durmiendo al lado del primer escalón. Lo puso boca arriba, para agarrarlo de los brazos y tirar de él hasta el corral próximo. Pero algo le llamó la atención en la pajiza cara del muerto. Estaba cosida de desolladuras, y de alguna manaba sangre rosácea, casi agua. *Jolín, y cómo se ha quedado el pobre. Lo que puede pasar en una hora. Lo último que dijo en su vida fueron esas borriquerías que siempre le salían cuando le daba el gustazo. Después el silencio total. Bien puede decirse que ha tenido una hora corta.* Agarrándole de los sobacos otra vez, tiró de él hasta el corral. Abrió la puerta izquierda delantera del coche. Sudó hasta, desde dentro, apoyarle la espalda en el estribo. Inclinada, no podía apenas moverse por el volante, la palanca y el freno. *Valiente tonta, podía haberlo metido detrás, si total va a ser igual.* Tiró todo lo que pudo, pero quedó inmovilizado cuando le tuvo medio cuerpo dentro. Atascado en el asiento no tenía fuerzas para sentarlo. Se secó el sudor con el brazo. *Mecagüenlalechequemeandao, y bien empleao me está, por puta.* Se bajó por la portezuela del volante y rodeó hasta el cuerpo a medio entrar, con los riñones apoyados en el estribo. No había otra solución. Lo cogió de los pies, y alzándolos con todas sus fuerzas, le dio una pingota hacia atrás. Como pudo cerró la portezuela. Pero de sentarlo como pensó al principio, ni hablar. Se había quedado con los hombros, los brazos y la cabeza sobre el asiento, y las piernas hacia arriba, caídas entre el respaldo y el cristal. Dolores, con los pelos en la cara y la bata desabrochada, respiraba a toda boca. Se miró las manos. Fue con pasos vacilantes a apagar la luz del patio. Volvió. Se asomó por ver si venía alguien. Nada.

Abrió la portada de par en par. Arrancó el coche. Lo sacó. Se volvió a bajar para cerrar la portada. Arrancó. Siguió calle adelante sin encender las luces. A su lado, el cuerpo de Julián, en posición de pingota, con los pies hacia arriba botaba y vacilaba sobre el asiento. A veces las puntas de los pies rozaban el parabrisas. Dolores, con una mano, les empujaba como podía. *Mira que como me parase ahora un guardia civil...* Cuando salió a la vereda, encendió las luces largas. *Si lo pudiera dejar en marcha, en primera, y bajarme, para que pareciese un accidente, sería mejor, pero no me atrevo. No me vaya a romper algo después de tanto trabajo, y sea todo peor. Que sea lo que Dios quiera. Lo único que puedo hacer, para despistar un poco, es dejar el motor en marcha.* Apagó la luz, se persignó, echó un último vistazo a aquel cuerpo tan derecho hacía unas horas, y ahora tan averiado, cerró la portezuela y echó a andar. *No sé para qué dejé el motor en marcha. Es inútil.*

A campo traviesa, tropezando, hablando sola, llegó a la primera calle del pueblo. Apenas había luces. Aunque no veía a nadie, andaba pegada a la pared. Cada vez que iba a cambiar de calle acechaba desde las esquinas. En su misma calle, dos trasnochadores —seguro que no venían de jugar una partida— hablaban moviendo mucho los brazos y riéndose. Esperó un buen rato y no se iban. Decidió al fin marcharse por la calle paralela, más abajo, y entrar por donde salió, por las portadas. Entró con cuidado. Cerró por dentro. Y cuando ya subía, lo pensó mejor. Encendió las luces del corral y miró el suelo con cuidado. En seguida encontró unas monedas. Revisó bien la escalera. En los escalones encontró la cartera de Julián con el carnet de identidad y más monedas. La misma búsqueda hizo en el pasillo de la alcoba. Todo lo encontrado, incluidos los calzoncillos que dejó sobre la cama, lo guardó bajo llave en un cajón del comodín. *Mañana será otro día.* Se descalzó, y vestida como estaba —no podía más— se metió en la cama. Apagó la luz, se abrazó a la almohada, y en

seguida se oyó un leve ronquido. Como no había cerrado las contraventanas, la luz de la calle se colaba en la alcoba hasta los pies de la cama.

II

Cuando Manuel González, alias Plinio, jefe de la G.M.T., o sea, la Guardia Municipal de Tomelloso, hubo tomado el cafetillo de choque y se disponía a salir de casa para desayunar en forma en la buñolería de Rocío, sonó el teléfono:

—Padre, que le llama Maleza.

—Coño, ¿a estas horas? ¿Qué hay Maleza, tan de mañana y en domingo?

Volvió del teléfono con las cejas en posición pensativa.

—¿Qué pasa, padre?

—Que han encontrado a Julián Quiralte muerto en su coche.

—¿En dónde?

—En la vereda de Socuéllamos.

—¿Por accidente?

—Parece que no.

—¿Pero no vive en Madrid?

—Sí, pero viene todos los fines de semana. Voy a ver.

—¿No llama usted a don Lotario?

—Ya estará en la buñolería.

Fue todo el camino, no muy de prisa, con las manos en la espalda y el cigarro en el rincón del labio. Siempre que moría violentamente algún conocido, antes de saber detalles, le gustaba rehacer en su memoria el historial del muerto, con los datos que sobre él y familia acumuló durante toda la vida.

Julián Quiralte era uno de esos hombres que hablaba poco y siempre sonreía. Parecía que le daba mucho gusto vivir..., y también podía ocurrir que le daba igual lo que pasaba a su alrededor, y para disimular se disfrazaba con aquella sonrisa que siempre tenía. Cuando chupaba el cigarro, jugaba

la partida, saludaba por la calle o hacía aguas en el servicio del casino —Plinio se acordaba perfectamente—, sonreía. Como hombre de sonrisa y no de risotada, nunca dio ruidos mayores. Su vida transcurrió suavona, sin capítulos memorables. Siempre daba la sensación de que lo esperaban en otro lado, o de que se escapaba de cualquier intimidad o compromiso, echando la cortina de su sonrisa. Un día, hacía ya bastantes años, se dijo que se casaba con una de Madrid. Así fue, y al poco se fue a vivir allí. Venía los fines de semana, solo. Y luego, en la feria, con toda la familia, se pasaban en el pueblo hasta el remate de vendimia. No fue nunca hombre de grandes amigos, de grandes juergas, escándalos o negocios. Ni de grandes abrazos ni de grandes berrinches. Nunca estaba en el centro de la plaza, siempre entre barreras y burladeros, sonriendo. Pensaba Plinio si sería así aquello porque se quedó muy chico huérfano de padre y se crió bajo la férula de la madre, también muy sonriosa y diplomática, como hija de una de las familias hidalgonas del pueblo. A Julián, desde mozo, se le veían tan fortachón, tan sano, pero jamás traspasando el balcón de la sonrisa, Plinio había hablado muy pocas veces con él, y siempre fueron chaspases de conversación.

La buñolería estaba llena de gente y tuvo que hablar con don Lotario de mala manera, en un rincón, entre codazos y voces. La Rocío sólo pudo echarles una sonrisa al ponerles el servicio. Así que encendieron los «caldos», don Lotario se fue al herradero a recoger su Seat seiscientos, y Plinio al Ayuntamiento.

Maleza, sentado en su mesa y rodeado de guardias con cascos blancos y silbatos, despachaba papeles con mucha gravedad. A pesar de que hacía años que dejó el campo, todavía, cuando se quitaba la gorra de visera, como ahora, se le notaba la frontera entre el cacho de cara que se soleó entre copas y la frente que le preservó la boina o el pañuelo de hierbas.

—¿Quién dijiste que trajo el parte?

—Francisco el Cordelero, que pasaba por allí con su tractor.

—¿Lo comunicaste al Juzgado?

—Pues no hace na. Y a la ambulancia.

—¿Que Julián está boca abajo, en el asiento delantero del coche?

—Eso dije.

—¿Han avisado ya a su familia de Madrid?

—No, acabo de mandarle recado a su primo Ricardo, que está ahí en la finca de Záncara.

Sonó el claxon del coche de don Lotario. Plinio se rascó la cabeza y encogió el gesto, con aire de pensar si olvidaba algo.

—¿Se lleva usted algún número, jefe?

Plinio volvió a quedar pensativo.

—No...

Don Lotario le tenía la puerta abierta.

—En la vereda de Socuéllamos, ¿pero muy lejos, Manuel?

—No, casi a la misma entrada del pueblo.

Las gentes iban y venían en coches, motos y bicicletas. Como hacía tan buen domingo, en todas las calles trepidaban motores. Aquella salida del pueblo estaba tan mal de pavimento que había que ir a paso de tortuga.

—No sé cuándo van a arreglar esta calle.

—Esta y cincuenta más, querrás decir.

—No me explico qué puede haberle ocurrido a Julián Quiralte —dijo Plinio como para sí—; siempre fueron los Quiralte, y especialmente él, gentes muy poco llamativas.

—Vaya usted a saber.

—Esta semana, no. Pero la pasada sí que lo vi en el casino.

—Estábamos juntos, Manuel. Nos saludó desde lejos con esa riseja que siempre tenía.

Estaba fina aquella mañana. Con un sol muy alto y traslúcido que ponía de verde marinero las pámpanas de las viñas.

—Mira, Manuel, allí está... Y con un buen corro de mirones.

Entre el terraguerío que rodeaba el coche, un grupo de emboinados, con la cabeza agachada, curioseaba por las ventanillas. Abandonados en distintos sitios los vehículos de los mirones. Cuando éstos vieron a Plinio y a don Lotario apearse del Seat, disimularon un poco su bacinería.

El jefe se adelantó, sin saludar, por el callejoncillo que le hicieron los espectadores. Y haciéndose sombra con las manos sobre la frente, se inclinó para mirar por la ventanilla. A través de los cristales empolvados sólo se distinguían las rodillas del muerto, dobladas sobre el respaldo del asiento que va junto al volante. La cara, boquiabierta —aunque es curioso— con amago de sonrisa, se entreveía abajo, doblada de muy mala manera sobre el asiento y medio cubierta por los pliegues de la americana.

—El caso es que el motor todavía está caliente —dijo uno con la mano sobre el capot.

Don Lotario se adelantó a tocar:

—Es verdad, Manuel.

—Pero si hace más de media hora que Francisco el Cordelero lo encontró y dio parte. Aunque el coche estuviese recién parado, ha tenido tiempo de enfriarse. ¿No, don Lotario?

—Pues claro.

—No es por eso —saltó uno con casco rojo de motorista y levantando el dedo como pidiendo la palabra—. Yo, que vine el primero de tos los que están aquí, noté que el motor estaba en marcha. Y se paró al ratillo de llegar. Se conoce que se le acabó la gasolina.

Plinio examinó el coche con mucha curiosidad, seguido por los ojos de todos los espectadores. De pronto le señaló a don Lotario con disimulo la parte baja de la portezuela derecha delantera. Don Lotario se fijó bien. Todos miraron con astucia.

—Na, que al cerrar la puerta, le cogieron un pellizco de chaqueta —dijo uno con boina y voz suficiente, como si acabara él de descubrir el detalle.

—Está visto, Manuel, que lo han echao en el auto de mala manera una vez bien muerto. Eso está más claro que el agua —dijo uno muy alto con voz de predicador.

A Plinio siempre le hacía gracia ver cómo cuando investigaba algún caso, muchos se creían policías, y le iban con observaciones.

Los pocos vehículos que pasaban por la vereda, ya poco transitada, se detenían al ver el corro. Entre el terraguerío, se acercaban los curiosos con el semblante astuto y los pasos calmos. Al ver a Plinio, observaban y callaban un rato. Luego se hacían preguntas en voz baja.

En la lejanía de la llanura viñera y sin bordes, la evaporación se alzaba rielando el horizonte.

Sí, tardaban los del Juzgado, sí.

A Plinio, en vista de que aumentaba la audiencia, y cada vez hacían más cábalas sobre cómo fue la muerte de Quiralte, le guiñó un ojo a don Lotario para avisarle de la broma, y, con cara de mucha astucia, se inclinó delante del coche y señaló a don Lotario hacia los ejes de las ruedas delanteras. El veterinario se inclinó también, y después de mirar unos segundos, movió la cabeza con gravedad. Plinio, pausado, volvió a señalar. Luego se incorporaron los dos con cara de mutuo acuerdo... En seguida, algunos de los curiosones que rodeaban el coche, se agacharon para ver lo que pasaba entre las ruedas delanteras. Plinio y don Lotario, mientras liaban un caldo, se entremiraban con burla... Siempre, en las esperas del Juzgado, pasaban cosas de comedia.

Un coche venía del pueblo levantando mucho polvo. En seguida se dieron cuenta que no eran los del Juzgado. Era Ricardo Quiralte, el primo hermano del muerto. Sería cinco o seis años más viejo y con aire más rústico y almorchón. Lo acompañaba su hijo mayor, un chaval de diecinueve años con amago de melena. Sin hablar con nadie, se aproximaron al coche y miraron por la ventanilla. Para ver mejor, Ricardo apoyó la frente en el cristal. Al retirarse estaba muy pálido, con cara de mareo. El hijo lo tomó del brazo.

—¿No se puede abrir la portezuela, Manuel? —dijo con voz seca.

—Hasta que venga el Juzgado, no.

—Esto es muy raro, pero que muy raro —dijo ronqueando y con meneos infantiles de cabeza.

A pesar de su palidez y trance de mareo, daba la sensación de que Ricardo exageraba su sentir. Su hijo miraba al suelo con cara de teatro.

—Ya vienen —anunció alguno.

Del pueblo venía un taxi seguido de la ambulancia de Ribas. Bajó primeramente el juez, con gafas ahumadas muy grandes y cara de recién levantado. Luego don Saturnino, el forense, con aquel aire de desgana que siempre sacaba. Y por fin el secretario, que, muy joven, parecía que era al único que le daba gusto todo aquello. Fueron en grupo hacia el coche del muerto apingotado. Plinio le monosilabeaba al juez unas explicaciones. Este se quitó las gafas negras y se asomó al coche haciéndose pantalla con la mano:

—Parece que lo han cargado como una mercancía —comentó.

Plinio se fijaba otra vez en el trozo de chaqueta cogido con la puerta.

—Cuando quiera, Saturnino.

El forense abrió con pulso la portezuela. Empezó a mirar el cuerpo de Julián con mucha detención.

El público, poco a poco, apretaba el corro alrededor de las autoridades.

—Por favor —les dijo Plinio—, abrirse, que no nos dejan.

El médico apartó el pico de la chaqueta que tapaba, en el asiento, la cara del muerto. Con ademanes de puro formulario, le puso la mano en la frente y le tocó los pulsos.

El juez se asomó a mirarle la cara:

—Pobre Julián —musitó—, estudiamos juntos el bachillerato.

—Tiene la cara llena de hematomas.

Plinio se asomó con curiosidad:

—¿Palos, don Saturnino?

—No sé... Ya veremos.

—Venga, sáquenlo.

Trajeron la camilla junto al coche. Ribas retrocedió el asiento para que quedase más espacio y, ayudado por otro mozo que venía con él, intentaron sacar el cuerpo. Plinio y el forense les echaron una mano. Hecho un cuatro, como estaba, era muy difícil sacarlo. Las manos y las rodillas se enganchaban en todos sitios. Al fin lo depositaron en la camilla. Estaba completamente rígido en aquella postura, que recordaba la de un pingotero en el momento más difícil. Los brazos cruzados sobre la cabeza y las rodillas rozándole las narices. Ahora se le veían mejor los desgarrones de la piel de la frente y de la nariz sobre todo. Junto al asiento del coche había un bolígrafo y un llavero.

—Se le debió caer de los bolsillos al meterlo aquí.

Puesto así en la camilla, hecho un ocho, cubierto con traje gris claro, todos los curiosos miraban asombrados, en silencio total.

—Se conoce que lo arrastraron por el suelo, se nota en lo empolvao que está, Manuel.

—Y en este chicle mascao que tiene en el pantalón, don Lotario.

—Y en este roto de la chaqueta. (Juez.)

El forense, sin comentarios, dio con el codo a Plinio y al juez y señaló los pantalones algo entreabiertos, sin que ninguna otra prenda velase la carne y el vello.

Pero el corro de curioso, que no perdía una, cazó la señal, y a coro dijo:

—Si está descalzoncillao.

—¿Qué pasa, qué pasa? —dijo el primo Ricardo, rompiendo el corro.

—Nada, nada, que parece que lo han arrastrado por el suelo. (Juez.)

El juez ordenó que entrasen la camilla en la ambulancia. Antes lo cubrieron con una manta.

—El coche que no lo toque nadie y que venga la grúa por él. Bueno, será mejor, don Lotario, que vaya usted a avisar a la grúa, y yo espero aquí, no vaya a enredar algún bacín.

—Vale.

El primo Ricardo y su hijo, confusos, y sin saber muy bien qué hacer ni qué decir, se fueron también tras la ambulancia.

Apenas marchó la ambulancia y el coche de los legales, desaparecieron los curiosos. Plinio y don Lotario dieron otro repaso al coche. Sólo encontraron un cortauñas bajo el asiento.

—¿Sabes lo que te digo, Manuel?

—¿Qué?

—Que éste sí que es caso de huellas digitales.

—Ya... por eso he dicho que se lleven el coche con la grúa.

Marchó don Lotario y Plinio se quedó solo, dando paseíllos y echando cigarros junto al coche y su sombra, que se dibujaba sobre los cibantos de la vereda.

Cuando dejaron el coche de Julián Quiralte encerrado en sitio seguro, dijo Plinio de pronto:

—Vaya, don Lotario, vamos a la casa del muerto.

—Si no hay nadie.

—Estará la asistenta, su caporal, o qué sé yo. Alguien habrá y a ver qué nos dicen.

—Como quieras. ¿Y a ti a que te huele esto?

—No sé que le diga... Aunque eso de que no lleve calzoncillos me ha hecho pensar en un caso de bragueta.

—¿Crees que no le dio tiempo a ponérselos?

—Yo qué sé. O que los perdió en el trance. La apariencia es que se vistió o lo vistieron de mala manera. Ya ha visto usted cómo llevaba la corbata, y el cuello de la camisa, sin abrochar. Un calcetín del revés, el aldón izquierdo de la camisa salido y la camiseta con la trasera delante.

—Joder, pues sí que te has fijado tú en cosas. Yo me quedé en los calzoncillos.

—Usted es que tiene muy pocas aspiraciones, don Lotario.

—Eso será.

La casa de Julián Quiralte, que tuvo siempre una puerta de madera barnizada, muy típica de los años veinte, le habían puesto ahora, según costumbre, una de hierro muy fea. Entreabierta, en aquel momento salían dos vecinas con aire de bacinería misteriosa. Al ver llegar a Plinio y a don Lotario hicieron ademanes de arrepentirse, de volver a entrar, pero ante la cara tan seria de Plinio no se atrevieron. Ellos entraron sin aviso ninguno y cerraron, dejando a las vecinas en la acera. Dieron unos pasos en el portal oscuro. El patio, antiguo, tenía un toldo azul totalmente corrido, que hacía una penumbra muy rigurosa. Recuadrada en la puerta del fondo que daba al corral había una mujer con las manos cruzadas a la altura de la cintura. Al ver entrar a los de la policía, cerró la puerta del corral, quedándose ella en completa tiniebla.

—Buenos días. ¿Tú eres ahora la criada de don Julián?

—Ahora y hace diez años. Desde que estaba moza. Pero siéntense si vienen de asiento.

Y les ofreció una butacas de mimbre que hacían corro a un sofá.

—Siéntate tú también.

—Lo que usted mande.

Y se sentó justo en el centro del sofá.

No tendría cuarenta años, pero sus visajes eran de vieja. Escuchaba con la boca entreabierta, e inclinando un poco la cabeza, como si sordeara.

—¿Qué día venía de Madrid tu señorito?

—Todos los viernes, al caer la tarde.

—¿Qué hacía?

—Yo me voy siempre a las cinco. Le dejaba la cena preparada. Por la mañana sí que vengo *trempanico,* le limpiaba la casa, preparaba el desayuno y le hacía el cuarto.

—¿Y el sábado?

—Lo mismo, lo mismo.

—¿Y el domingo?

—Los domingos yo no acudo, porque, sabe usted, viene mi hombre del campo.

Pero él se iba a comer a Madrid...

—¿Ayer hizo algo o dijo algo que se saliera de lo corriente?

—¿Que se saliera de lo corriente?

—Quiero decir algo que te extrañase.

—No...

—¿Tuvo alguna visita?

—No...; bueno la gente, y el caporal, que claro, vinieron a cobrar... Y alguna factura. O de los bancos. Lo de siempre, ya le digo a usted.

—¿No discutió con alguien?

—Mire usted, yo no oí nadica.

—¿Qué cree usted que puede haberle pasado?

—Yo qué sé, mire usted.

Don Lotario miró a Plinio con cara de «ésta no sacamos nada».

Sonaron en la puerta unos llamotazos muy fuertes.

—Ves a ver quién es con esas prisas.

En el cuadro claro de la puerta abierta se vio un hombre de campo endomingado, con la blusa negra y la boina nueva relucía.

—Es el caporal.

Como remoloneaba hablando con la mujer en la puerta misma, Plinio le hizo un venir con la mano.

—Pasa, haz el favor.

Entró quitándose la boina y hablando:

—Es que me han dicho en la plaza lo del amo y me he dicho voy a ver...

—¿Cuántos años llevas en la casa?

—Va pa quince.

—¿Conocías bien al amo?

—Hombre bien, lo que se dice bien...

—¿Qué crees que puede haberle pasado?

—Yo, mire usted, cualquiera sabe.

—¿Tú últimamente le has notado algo especial?

—Ca, no señor.

De pronto el jefe miró a la criada:

—¿Solía traer pistola en la maleta?

—Que yo sepa, no.

—¿Y tú, Pedro, le has visto alguna vez con armas?

—No.

—En la maleta, lo único así rarillo que traía era una caja de bombones.

—Bueno, pero eso...

—Ya lo sé, pero todas las semanas, no fallaba, una caja de bombones.

—¿Para quién?

—Ah, yo qué sé, mire usted. El domingo ya no estaba.

—Se las traería a las hijas de su primo.

—No creo, se pasaba las semanas enteras sin verlas.

—O se los comería él.

—Tampoco. El de galgo nadica.

—¿Ayer mañana también viste la caja?

—Claro. Como la de todos los sábados, grande, color rosa, con las letras encarnás y un lazo muy grande también encarnao. Todo encarnao. No marraba.

—¿Y no viste nunca dársela a alguien?

—No. Seguro que la sacaba de noche.

Plinio y don Lotario se miraron con parpadeos de listeza.

—Anda, enséñame tú su habitación.

Subieron la escalera de mármol. La criada iba delante.

La luz de la mañana, que entraba por la ventana del descanso de la escalera, le daba a ésta frías claridades de altar, entre tanto mármol y metal dorado del pasamanos.

La habitación era grande, de techo alto, y la cama de matrimonio entre los dos balcones.

Plinio echó un vistazo a los cajones de la mesilla. Al armario grande y ancho.

—¿Dónde está la maleta que traía de Madrid?

—Aquí, mire usted —dijo descorriendo las cortinas estre-

chas y claras que tapaban un especie de vestidor. Esa que está sobre la silla.

Era un maletín de los llamados fin de semana, imitando piel de cocodrilo y con los cierres dorados.

Plinio lo abrió. Estaba vacío.

—En cuanto llega saca todas las cosas menos la caja de bombones.

Plinio y don Lotario husmearon por toda la alcoba y otras habitaciones sin encontrar nada especial. En las enormes lunas del armario se les veía el ir y venir.

—¿Usted sabe si el señorito Julián usaba siempre calzoncillos?

La criada quedó con la cara un poco transida, no sabiendo si la pregunta iba en broma o en serio.

—Venga, dime.

—Sí, señor, yo se los lavaba todas las semanas.

Otra vez en el patio, Plinio y don Lotario se apartaron un poco con el caporal:

—¿Ultimamente tenía jaleos con alguien por cosas del campo?

—Que yo sepa, no. A él le iba todo muy bien. Pues poco que ha ganado este año con el precio que ha tenido el vino... Y con los piensos, no digamos.

—¿Ultimamente no ha comprado tierras?

—No, tiene de sobra.

Volvieron al coche con los gestos caídos. No había dado tiempo a hacerle la autopsia al cuerpo, ni a llegar toda la familia de Julián. De modo que decidieron irse a tomar unos cafés.

En seguida se les acercó Perona, el camarero de Plinio, con ojos de recién levantado.

—Ya me han dicho lo del pobre Julián Quiralte.

—Oye, Manolo, ¿quiénes eran sus amigos últimamente?

—Bueno, venía por aquí muy poco. Más bien iba al otro casino, donde tiene partida, pero solía verlo alguna vez con José Roso y Pepito Perdices.

—No sabía que tenía allí partida. Entonces nos hemos equivocado de casino, don Lotario —dijo en broma.

—Hombre, Manuel, no sea usted así, tómense aquí el café y después van allí a tomar otro... Además, seguro que Pascual no ha llegado todavía a aquel casino.

—Lleva razón Perona, Manuel, las cosas son como son.

—Ea, pues tráete los cafetillos.

—Me estoy acordando, Manuel —ahora que lo veo entrar—, que era muy amigo de Federico, el sobrino de aquí de don Lotario. Creo incluso que estudiaron juntos.

—¡Eh!, Federico —le llamó don Lotario.

—Qué pasa, jefes.

—Siéntate si vienes de asiento.

—De regular asiento, porque estoy de guardia en la Casa de Socorro.

—Pues anda, haz un esfuerzo, que tenemos que interrogarte.

—¿Qué toma el doctor Federico? —le preguntó Perona sonriendo.

—Tráeme un café.

Federico se sentó y miró sobre las gafas con sus ojos cariñosos a don Lotario y a Plinio, al tiempo que empezó a vibrar la pierna derecha. Y don Lotario, que estaba con la pierna queda, se le contagió rápido y empezó también el temblequeo, pero con la izquierda. Perona, al llegar con el café, le guiñó el ojo a Plinio, señalándole las piernas parientas en plena vibración. Este echó una media sonrisa, le puso a cada cual una mano sobre el muslo moviente, y dijo:

—Alto ahí, que se van a quedar sin energías para seguir la investigación del caso Quiralte.

Los dos frenaron y sonrieron.

—Nada, Federico —le dijo Plinio—, que queríamos que nos contases algo de tu amigo Julián.

—Ya me han dicho lo que ha pasado. Qué raro.

—¿Por qué crees tú que puede haber sido?

—No sé, él era hombre ordenado en todas sus cosas y bastante listo.

—¿Tú sabes, Federico, si tenía por aquí algo de mujeres?

Federico encogió las narices y se apretó las gafas:

—No... que yo sepa, no. Y viviendo en Madrid, si le apetecía algo, no iba a venir aquí... vamos, digo yo.

—Bueno, pero cuando ocurren estas cosas, la lógica no vale para nada.

Federico chupó el cigarro y empezó a darle otra vez a la pierna.

—Ya entiendo. Yo estudié con él y vivimos en la misma pensión algún tiempo, pero ahora nos veíamos de tarde en tarde, cambiábamos alguna palabra sobre la familia y nada más. Le gustaba contar cosas de cuando estudiábamos... Ya digo, me ha extrañado mucho.

Federico, apenas apuró el café, se puso de pie con la impaciencia de siempre. Y los miraba callado por si le preguntaban más.

—¿Quieren ustedes algo más de mí?

—Gracias, Federico. Recuerdos a Encarnita.

—Gracias, tío Lotario.

Y se marchó rápido, mirando al suelo como solía hacer siempre.

En el otro casino, el de Tomelloso, vacío a aquellas horas, hablaron con Pascual el camarero y Lucio Chaqueta el corredor de vinos. Los cuatro en torno al mármol cuadrado y blanco de una mesa. Lucio inauguraba la mañana fumando un puro que de vez en cuando miraba con mucha satisfacción y le apretaba la punta.

—Qué lástima de don Julián —decía Pascual con la mano en la frente.

—¿Qué días y a qué horas venía por aquí, Pascual?

—Viernes y sábados, hasta la medianoche, a echar una partida, entre otros, aquí con don Lucio. Anoche mismo estuvo aquí.

—Es verdad.

—¿Pero a qué horas exactamente?

—Verá usted, el viernes y el sábado hasta las doce de la noche. No fallaba. Y el sábado además, después de comer, hasta las cinco.

—¿Y el domingo, no?

—No, el domingo se iba por la mañana.

—¿Vosotros le oísteis hablar de algo difícil o sospechoso que tuviese por aquí?

—Eso aquí, don Lucio. Yo, claro, me limitaba a servirle y nunca oí...

—No, él era un hombre de buen natural y risueño, que pocas veces contaba cosas de su vida privada. Le gustaba hablar poco, y cuando lo hacía, muy en general... ¿Es verdad que lo han matado? —preguntó Lucio con aire misterioso y chupando el puro.

—No se sabe nada hasta que le hagan la autopsia.

Hacia las doce avisaron a Plinio la llegada de la familia de Julián Quiralte. Pero decidió no visitarla hasta que se hicieran un poco a la situación.

Don Saturnino también le mandó recado de que la autopsia estaría lista a última hora de la tarde.

En su despacho del Ayuntamiento, y con don Lotario sentado en su rincón de siempre, paseaba Plinio con las manos atrás y el entrecejo rebinativo.

—¿Sabe usted lo que le digo, don Lotario?

—¿Qué, Manuel?

—Que hasta ahora, desde las ocho de la mañana que empezamos la inquisición —y va a dar la una—, sólo tenemos una pista curiosa.

—¿Curiosa o gustosa, Manuel?

—Lleva usted razón, gustosa... Los dos hemos pensado en la caja de bombones.

—Sí, señor.

—En la caja de bombones que trae cada viernes y desaparece cada domingo... ¿Para quién será?

—Misterio.

—Ah, amigo... posiblemente ahí esté la clave de la muerte y arrastre de Julián Quiralte.

—Pues no me extrañaría.

Plinio tocó el timbre y sacó el paquete de los «caldos» con mucha prosopopeya:

—Ahí va un caldo, don Lotario.

Apareció un número:

—¿Llamaba, jefe?

—Sí, que venga Maleza... Sí, don Lotario, una caja de bombones todas las semanas. Una caja de bombones bastantico grande.

—Una caja de bombones grande color rosa, con letras rojas y el lazo rojo también.

Entró Maleza sin llamar:

—Buenos días, jefe. ¿Cómo va ese muerto?

—Oye, ¿a qué hora salen a recoger las basuras?

—A eso de las siete de la mañana.

—Bueno, pues me vas a reunir a todos los encargados para esta noche a las nueve.

—¿Es que se ha perdido algo, jefe?

—Ya sabes, me los reúnes en el cuarto de guardia.

—Sí, señor.

—Y no les digas para qué. ¡Ale!

—Si no lo sé... cómo se lo voy a decir... a la orden.

—Yo creo, don Lotario, que si alguien echa todas las semanas a la basura una caja grande color de rosa no les habrá pasado inadvertida a los de la limpieza.

—Esperemos... Aunque las cajas de bombones muchas veces las guardan las mujeres para meter hilos o qué sé yo.

—Sí, ya lo sé, pero guardar una caja a la semana es mucho guardar... De modo que las guardan «las mujeres»... dice usted.

—Sí, eso he dicho. Los hombres no acostumbramos.

—Ya.

A las siete de la tarde, cuando calcularon que don Saturnino estaría dando de mano a la autopsia, Plinio y don Lota-

rio se fueron al cementerio. Pararon en la gasolinera que hay por allí, y les sorprendió ver coches parados en las proximidades del camposanto, sin entierro a la vista.

Dejaron su coche junto a los otros. En el portal había varias personas, que los miraron entrar con expectación. Con aire bastante tranquilo, aunque con los ojos enrojecidos, estaba la viuda. Y junto a ella, con sweter rojo, el hijo, de unos veinte años. Luego los primos y otros familiares de segunda y tercera.

Plinio y don Lotario les dieron el pésame. Ella, de momento, no les preguntó, pero no les desclavaba los ojos implorantes. Sus paisanos tenían tanta fe en Plinio que desde el primer momento lo creían en el secreto de todos los casos... Y en lo tocante al de Julián Quiralte, pensaba él: *Bien sabe Dios que aparte de los bombones, y algún detalle como la falta de calzoncillos, no sé más que cualquiera de éstos.*

Por fin la viuda se determinó y, aprovechando que Plinio quedó solo un momento liando un cigarro, se le aproximó con aire muy cortés:

—¿Qué me dice usted, Manuel?

Y empezó a llorar, de manera muy comprimida y elegante. Las lágrimas le caían por aquellos pechos, famosos cuando llegó al pueblo años atrás, y todavía con cierta altozanía llamativa.

—Esperemos qué dice el forense.

—¿Pero usted no sospecha nada ni de nadie?

—De momento, no... ¿Y usted?

—¿De quién voy a sospechar yo? Ha debido ser algo muy raro, Manuel.

—Una pregunta, señora: ¿Qué solía echar los viernes en la maleta su marido cuando se venía al pueblo?

—... No sé, el pijama, las zapatillas, alguna muda... Las cosas de aseo.

Plinio quedó pensativo.

—¿Qué quiere usted saber?

—No sé... Por si acostumbraba a traer alguna otra cosa, un libro... una caja de algo... una pistola.

—¿Una pistola?

—Es un decir.

—No, él no tiene pistola. Y libros... no leía. ¿Y cajas de algo?

—Le he hecho la pregunta porque muchas veces cualquier detalle sirve para dar una pista.

—Ya...

—¿Usted habló por teléfono con él?

—¿Cuándo?

—En este último viaje.

—No, como no hubiera alguna cosa muy especial nunca hablábamos. El lo tenía todo muy bien organizado...

—Por un momento le pareció a Plinio que la señora hablaba de otro, de un ajeno total. Lo hacía con gesto indiferente y sacudiéndose algo de la solapa del traje azul hechura sastre. Al reclinar la cabeza se la hacía una poca papada, pero todavía se conservaba tersa y refrescona.

—El no tenía negocios difíciles ni nada grave... No me explico por qué razón pueden haberlo matado a mi marido.

—No es seguro que lo hayan matado.

—¿Que no?

En aquel momento don Saturnino, el forense, salía del Depósito seguido del practicante. Ambos, ya vestidas sus americanas, lavados y perfumados. Fue el médico directamente hacia Plinio y Rosa.

—Ha muerto de infarto —dijo de sopetón.

—¿Entonces esas heridas?

—Como pensé en el primer momento son superficiales y... posiblemente hechas después de muerto.

—¿Pero cómo le iban a pegar después de muerto? —preguntó Rosa muy asombrada.

—Si no es que le pegasen, Rosa. Se pudo caer de algún sitio. Ya te habrán contado que estaba cabeza abajo en el asiento del coche.

Plinio asintió meditabundo.

Como se habían acercado curiosos, el forense se calló.

Llegaron los de la funeraria y empezaron los preparativos para trasladar el cadáver a la casa mortuoria, porque así lo habían autorizado. Rosa se apartó de ellos, pero no entró en el Depósito. Quedó muy pegada a su hijo.

—Cuenta más cosas, Saturnino —le pidió don Lotario al forense.

—Si ya está todo contado. Como dijimos, se ve que lo vistieron a empellones después de muerto. Aparte de no llevar calzoncillos, tiene los calcetines al revés y la camisa abrochada coja... En fin, un desastre.

—Total, que murió en cama ajena...

—Lo más fácil. Y toda la ropa llena de polvo y refregones.

—Ya, ya.

—Y que la muerte fue por infarto, no hay duda.

—Y digo yo, ¿no pudieron apalearlo, por ejemplo, y morir mientras de infarto? (Plinio.)

El médico torció la cabeza.

—Serían muchas coincidencias. Pero sobre todo, Manuel, esos hematomas no son de palos, son rozaduras.

—¿Y no podrá haberle ocurrido el percance en una casa de fulanas?

—Si hubiese sido así, don Lotario, ¿para qué lo iban a ocultar? Con dar parte todo arreglado.

—No, Manuel, pero...

—No creo, ya digo, pero de todas formas preguntaremos a los chivatos, frecuentadores y encargadas.

—En una casa de fulanas lo habrían tratado mejor.

—Hombre, Saturnino, nunca se sabe cómo ocurren las cosas.

Sacaban el ataúd entre dos de la funeraria, el primo de Julián y su amigo Claudio.

Fueron hacia los coches, Rosa miró a Plinio con los ojos tristes.

—Va a ser éste un muerto muy tranquilo y poco llorado, a pesar de las circunstancias —dijo don Lotario como para sí.

—Es que Rosa todavía no ha acabado de darse cuenta de lo que pasa. No ha reaccionado.

—Don Saturnino, hay mujeres que no reaccionan nunca.

—No diga usted esas cosas, Manuel, que luego le llaman «machista» en los escritos profesorales.

—No, hombres y mujeres. Los hay y las hay que no sienten ni padecen, que son puro barro de tejera.

Se quedaron ultimeros en el Camposanto. El practicante marchó en bicicleta y don Saturnino aguardó para venirse con los justicias.

Por la carretera lindera pasaban unos camiones larguísimos y azules, que eclipsaban por segundos el sol rojiponiente.

—Que cada persona es un mundo, Manuel.

—Sí, señor. Un mundo chiquitejo y pedorrón, como decía mi abuela.

—Antes de irnos al pueblo para seguir con estas muerterías, podíamos acercarnos al bar ese de la carretera, al Palomar, y echarnos unos refrescantes.

—Vale, don Lotario. Usted siempre tan gustativo.

Enfocaron el coche hacia Argamasilla. La llanura parecía un braserón de luces despidientes.

—Conque chiquitejo y pedorrón, Manuel. Eso está bien. Nunca te lo había oído.

—Chiquitejo y pedorrón, porque, aunque no salga la cuenta, hay más panzas y culos que cabezas.

—Infinito es el número de jilipollas, decía la Biblia.

—De necios, Lotario —corrigió el forense.

—Pues desde entonces acá la cosa sigue igual. No menguó el porcentaje.

A las nueve le pasó a Plinio recado el cabo Maleza de que ya habían llegado los encargados de la recogida de las basuras.

—Sólo falta uno, Antolín el Prohijado, y ha mandado al sobrino que le ayuda.

—Está bien.

Plinio fue hacia el cuerpo de guardia. Entre chóferes de los tractores y basureadores propiamente eran cinco, contando al sobrino. Estaban sentados muy juntos. Y miraban a Plinio con cara interrogativa y temerosa.

Plinio, con la mano que tenía en el bolsillo del pantalón se rascó los inguinales sin disimulo.

—Aquí nos tiene usted, jefe —dijo el más decidido, forzando un sonreír.

Plinio se puso diplomático para tranquilizarlos:

—Quiero ante todo daros las gracias por haber venido.

El segundo de ellos, según el orden que tenían en el banco, en señal de confianza sacó la cajetilla. La luz del cuarto de guardia les daba en la espalda, y los cuatro buscabasuras parecían siluetas de película. El que sacó los pitos ofrecía ahora lumbre a todos, con una cerilla que separaba mucho de los cigarros, de manera que todos tenían que alargar el pescuezo detrás de la llamilla.

Plinio, después de encender, de una chupada, les dijo su deseo:

—Quiero que recordéis bien si alguno, en su sector, encuentra con frecuencia unas cajas bajas, anchas y largas, color de rosa, con letras rojas. Cajas que fueron de bombones. ¿Me explico?

Todos se entremiraron con cara sosa. Plinio se quedó con las manos en el aire, señalando el tamaño aproximado de las cajas.

—¿No sabe usted, jefe, pizca más o menos, por qué parte del pueblo?

—No... Sólo sé que a Tomelloso llega una caja de ésas todas las semanas y, naturalmente, en alguna parte tendrán que tirarlas.

—Eso es verdad —dijo uno muy razonable.

—¿El qué es verdad? —le preguntó otro con aire agresivo.

—Que en alguna parte tendrán que tirarlas.

—O no. Las cajas de bombones, si son hermosas, no se tiran, las dejan para guardar cosillas las mujeres.

—Eso es verdad.

—Ya, ya, pero puede ocurrir que si se juntan muchas las tiren. Entonces mi pregunta es si alguien ha visto alguna caja así en las basuras de su barrio.

Uno, el más gordo, que hasta ahora no había dicho nada y respiraba con la boca entreabierta, un poco sonoramente, como roncando, alzó respetuosamente el dedo como si quisiera hacer «pis».

—Jefe, un servidor ha visto alguna vez una de esas cajas rosas.

—¿Cada cuánto tiempo?

—No sé, cada largo. Las suelen tirar ya rotas o casi rotas... Sólo una vez cacé una entera.

—¿Dónde?

—Ya sabe usted hago toda la parte esa que va desde la calle de la Feria hasta doña Crisanta. Y claro, son muchos cubos.

—¿Pero no recuerdas al menos la calle?

—Más bien no... y el caso es que la tengo en la punta del recuerdo, pero no cae. —Y hablaba de pronto casi transfigurado, mirando al vacío, como si estuviese esperando de un momento a otro la aparición de la caja rosa.

Todos lo miraron extrañados, pero el hombre, rápido, recobró su natural de gordo ingenuo.

—... Cuando encontré esa entera que le digo, como era tan hermosa se la di a mi chica para que metiera crometes... Pero seguro que de aquí a pocos días cae otra.

Plinio bajó los ojos un poco decepcionado:

—Pon mucha atención estos días, y si aparece, fíjate bien en la casa.

—Sí, señor, vaya si me fijaré.

—Y vosotros, los demás, ¿seguro que no habéis visto nada?

—Seguro, jefe. Seguro, seguro.

—Yo le diré el mandao a mi tío —dijo el sobrino de Antolín el Prohijado.

Después de cenar fueron un rato al velorio de Julián. Plinio y don Lotario se sentaron un poco apartados en un comedorcillo de verano en el que había muchas revistas. Un reloj de cuco sonaba muy enérgico. Y en un rincón dormitaban dos viejos. Uno, el más gordo, con unos cabeceos y reacciones casi epilépticos. Cada vez que cerraba el ronquido y hacía alguno de aquellos aspavientos, Plinio y don Lotario lo miraban con visajes de asombro. El otro, que era sordo, siempre miraba al cigarro que tenía en la mano.

La asistenta pasó por allí mirando a todos lados. Al ver a los justicias sonrió.

Don Lotario salió al patio y volvió al rato:

—Me ha preguntado Rosa que dónde estábamos, dice que quiere hablar con nosotros. He ido a echar un vistazo al ataúd que le habían puesto, que en el cementerio no me pude fijar.

—¿Para qué?

—Hombre, como el pobre muerto tiene una posición tan rara, así con las rodillas dobladas...

—Ya.

—Pero no sé cómo se las han arreglado que han podido meterlo en una caja corriente.

Como anunció don Lotario, llegó Rosa. Ya llevaba traje negro y una triste fatiga en la cara. Se sentó frente a Plinio, y quedó mirándolo con sus ojos oscuros de párpados tan grandes y pañosos. Todavía recordaba Plinio cuando la trajo Julián al pueblo hacía veinte años, con aquella risa de dientes tan blancos que ahora sólo se le veían en algún descuido de los labios. La recordaba paseando por la calle de la Feria, con aquellos gestos y ademanes de alegría que se gastaba... ahora tan amainados. Sólo en el pecho conservaba cierto respingo altanero.

—Manuel, ¿por qué me preguntó usted qué echaba Julián en el maletín cuando venía?

—Por nada concreto... En estos casos hay que tener en cuenta todos los detalles.

—Usted quería saber si yo estaba enterada de lo de las cajas de bombones.

Plinio rizó un poco la boca sin replicar.

—Ya me ha contado la asistenta que todos los viajes se traía una caja de bombones color rosa... ¿Para quién, Manuel?

—No tengo idea... A lo mejor era un poco galgo y usted no lo sabía.

—No estoy para bromas, Manuel.

—... Lo grave es que ha muerto su marido... Todo lo demás ya no tiene importancia.

—Para mí sí la tiene y quiero que se averigüe todo bien averiguado. Todo, Manuel. Quiero que me descubra usted hasta el último paso que daba en el pueblo desde que llegaba el viernes hasta la tarde del domingo.

Plinio se pasó la mano por la cara y bajó los ojos.

Rosa miraba ahora fija a la bombilla, con los ojos llorosos.

Pensó Plinio si aquellas lágrimas serían más de celos que de dolor.

—No puedo explicarme a quién le traía bombones.

—No piense usted más en eso.

—¿No? ¿Pues en qué voy a pensar, Manuel? Ahora empiezo a entender algunas cosas.

Plinio la miró:

—¿Qué cosas? ¿Se pueden saber?

—No nada. Son cosas mías. Ahora, que así que llegue a Madrid me voy a enterar bien fijo de lo de la caja de bombones. Porque sé seguro dónde los compraba. En casa de su amigo Loheches, en una confitería que se llama «La Regencia».

Cuando callaba quedaba con la mirada fija en la luz.

Durante cuatro días —precisamente los que Rosa estuvo en el pueblo— las investigaciones sobre el caso Quiralte quedaron estacionadas. Fue el velatorio, fue el entierro y no fueron los rosarios reglamentarios porque Rosa tenía cosas

muy urgentes en Madrid. Pero no apareció ningún dato nuevo que alentase a los justicias. Plinio, caidón como pocas veces en su vida, paseaba por el Paseo de la Estación con su amiguísimo y coperito don Lotario. Casi a oscuras, por la parquedad y distancia de las luces, pisaban sobre las hojas secas que chascaban bajo los pies. En algún que otro banco, entre sombras, se entreveían parejas de novios enganchadas por el cuello. Plinio, desde hacía media hora larga, con las manos en la espalda y el cigarro pegado al labio, caminaba sin soltar razón. Don Lotario, sin poder aguantar más tanto silencio, cuando iban ya a la altura de la bodega de Cuesta, dijo:

—Desde luego, Manuel, que cuando las cosas no van a tu gusto te coges unos cabreos catrales.

—¿Qué quiere usted, que me ponga a cantar pasodobles? Desde hace unos días no veo luces por ningún recodo. Todas las gentes a quienes hemos preguntado, amigos y parientes del muerto, no nos han dado la menor razón aprovechable. Lo que hacía Julián después de las doce de la noche no lo sabe nadie. La única novedad que nos proporcionó Patricio, su vecino, es que hasta las tres o las cuatro no se acostaba. Que él ,muchas madrugadas oía llegar el coche. ¿Dónde estaba desde las doce hasta las tres o las cuatro de la mañana? Ni pum. Misterio total. En las casas de putas, desde luego no. Ningún chivato, puta, frecuentador, chulo ni vecino lo ha visto por allí. Cosa natural, por otra parte, en un señor que tiene dinero y vive en Madrid, donde, como es natural, tienen representaciones puteriles, con candidatos buenísimos, todas las capitales y pueblos de España... O sea, que a las doce de la noche Julián Quiralte se dejaba la partida del casino de Tomelloso, cogía su coche, que también sabemos que lo aparcaba allí cerca, y salía de pira. ¿Dónde...? Paice mentira, eh, que en un pueblo, con tanto bacín y desocupado merodeante como hay, nadie haya visto dónde iba el Quiralte después de la partida.

—Desengáñate, Manuel, que lo tiene que haber visto alguien.

—¿Qué quiere usted decir?

—Pues quiero decir que hay que seguir la investigación hasta el agotamiento.

—Es decir, irle preguntando a todo quisque que nos encontremos por la calle: ¿ha visto usted alguna noche a Julián Quiralte después de las doce?

—¿Tú entonces qué piensas?

—Hombre, yo pienso lo que usted... que éste tenía un apañete por aquí y después de las doce se metía bajo su misma sábana. Y es natural que siendo casao y de gente tan conocida cometiese el adulterio con las mayores reservas.

—Pues un tío que adultera un día por semana aquí y con una decente, si es que ha ocurrido alguna vez, se le pilla presto. Porque hasta las persianas, si ven algo de eso, empiezan a vibrar hasta despertar a sus amas.

—Ya, ya. Pero que hemos tenido mala suerte y ya está... o que somos más tontos que Abundio.

—De tontos, nada, eso probao. La culpa de todo es la televisión.

—No entiendo.

—Pues está muy claro. Antes de la televisión la gente era más curiosa, más bacina. La calle era el escenario más pintado, y la ventana, el balcón o la puerta la mejor butaca. Usted se acordará de cómo hace nada, así que templaba el tiempo, había gente sentada en todas las puertas. Las terrazas de los casinos y bares estaban hasta arriba. Por las calles había paseantes y fisgones hasta el amanecer, y todo el día y toda la noche no había calle sin asomicas en ventanas y balcones. La gente buscaba el espectáculo en los otros... Ahora en la dichosa televisión.

—Pues es mejor que no haya tantos curiosos de vidas ajenas. ¿No crees?

—Hombre, hasta cierto punto sí; pero que de momento a nosotros no nos conviene.

—De todas formas hay que tener esperanzas, Manuel. Siempre habrá gente que le interese más saber si su vecina se acuesta con uno que el final de la liga.

—Pero a nosotros hasta ahora nos ha fallao. Todo el mundo a ver al hombre del tiempo. Estamos en ridículo, don Lotario.

—Nada de ridículo. Estamos a la espera. Más tarde o más temprano saltará el dato o te vendrá el pálpito revelador, y se jodió el ridículo.

—Está usted apañao con los pálpitos. No sé quién habrá inventado esa estupidez. Pálpitos ni pálpitas, a mí lo único que me dan son dolores de muelas.

El mismo día que Rosa y sus hijos se volvieron a Madrid (sin cumplir los nueve rosarios, como le criticó mucha gente), que *hay que ver qué tiempos éstos, hija mía, y es que la gente de Madrid es de lo que no hay.* Colchero, el recogedor de basura, se presentó en el despacho de Plinio con algo bajo el brazo muy bien envuelto en papel de periódico. El hombre venía con ademanes y gestos de mucho misterio. Cuando cerró la puerta y se cercioró que Plinio estaba solo, sin decir nada, y con cara ahora de mucha suficiencia, pero siempre en silencio, puso lo que traía sobre la mesa y lo descubrió con ademanes de prestímano... un poco basto, pero prestínamo.

—¡Eh!

Allí estaba. Algo deteriorada. Una caja de bombones grande, color rosa y con dibujos rojos. Con las manos en jarras, sonreía satisfecho de la atención con que Plinio examinaba la caja.

—¿Dónde la has encontrado?

—Entre la basura de una casa bastante conocida.

—¿Qué casa?

—La de Mateo Matías.

Plinio quedó con la mirada perdida y el pulgar colgado del cinto, pero sin hacer comentario.

—¿Qué le parece, jefe?

—Nada, Colchero, que te lo agradezco mucho y debes hacerme otro favor.

—¿Cuál, maestro?

—... Callarte el encuentro y el encontradero.

—Eso está hecho. A mí lo que me gusta, Manuel, es hacerle a usted servicios y favores... Y claro, he caído en la cuenta de que en esa misma casa me encontraba cachos de caja o cajas enteras muy a menudo.

—Muy bien y muchas gracias. Pero tú, callao, Colchero.

—Ya le he dicho que eso está hecho.

Cuando a la una se presentó don Lotario en el despacho de Plinio, éste le dijo con una sonrisa de muy mala uva:

—Don Lotario, le tengo preparado un lío de familia.

—¿Pues qué pasa?

Y Plinio sacó la caja color de rosa y medio rota del armario del despacho.

—Aquí la tiene usted. Una de las que traía el pobre Julián todos los viernes.

—Vaya, vaya... No ves como siempre hay que tener esperanza y no coger esos cabreos que tú te gastas... ¿Y por qué dices lo del lío de familia?

—... La han encontrado en el cubo de la basura de la casa de su primo Mateo Matías.

—¡Atiza, manco...! Pero a mi primo, con casi ochenta años, y medio gagá, no creo que nadie le regale bombones... ¡Ay, coño!, ahora caigo.

—Exactamente. A él no, pero a su hija Felisa, la solterona guapísima, todavía sí que es posible.

—Mi sobrina siempre me pareció de una estrechez claustral. Como que pienso que por eso se ha quedado soltera.

—No se fíe usted de las apariencias.

—Ha consagrado toda su vida al padre. Tan mayor y con poca salud... Ella nació ya muy tardía.

—Comprenda, don Lotario, que siento mucho aventurar juicios tratándose de su familia, pero...

—Ya, ya... Adelante. Claro que también todo puede ser una casualidad. No me suena mi sobrina metida en juegos de ingle nocturna... y con un casado.

—Eso es muy fácil que lo averigüe usted mismo.

—¿Yo?

—Sí, dejándose caer en el casino junto a su primo Mateo Matías y preguntándole si su hija Felisa le da bombones a menudo.

—Joder, Manuel, eres el mismísimo Satanás.

—¿A que le ha gustado esta delicada manera de hacer la pesquisición?

—Hombre, por lo menos es fácil e inofensiva. Claro que a lo mejor ella se los come todos y no le da ni uno al pobre viejo...

—No creo que sea tan hambrona. El padre y ella solos en la casa, ¿cómo no va a darle algún bomboncillo...? Los viejos son muy galguzos.

—Pero a los viejos los bombones les sientan fatal.

—Uno de vez en cuando no hace daño.

—Ahora que hablamos de ellos, pienso que mi sobrina Felisa fue siempre muy suya, de mucho carácter.

—Ve usted. Ya va entrando en mi sospecha.

—Pero a cachonda no me huele. Toda esa familia de los Mateos, y máxime por parte de madre, fue siempre muy poco colchonera.

—Si el Julián se colaba ahí todos los sábados con una caja de bombones bajo el brazo, no iba a ser para hablar de la adoración nocturna.

—Hombre, es de suponer.

—Bombones, medianoche y mujer sola, ensabanamiento fijísimo.

—Nunca llega uno a conocer a la gente.

—A lo mejor soy cima, pero siempre me sorprende cuando se queda preñada o se averigua fornicación de una moza de Tomelloso de buena familia.

—En todas partes cuecen habas, Manuel.

—Hombre, ya, pero aquí siempre hubo muy pocas sorpresas de ese tipo. Las mujeres de este terreno, si no se casan o enviudan, suelen aguantarse las ganas de mover el eje hasta el recuadro del nicho.

—Bueno, siempre hubo excepciones, y ya estamos en otros tiempos. De unos años a esta parte, en la católica España se quedan embarazadas las hijas de las mejores familias.

Siguiendo las indicaciones de Plinio, don Lotario esperó en el casino hasta la media tarde, que apareciera su primo Mateo Matías. El hombre, ya muy viejo y apoyado en dos garrotes, solía sentarse junto al mismo ventanal, con otros socios de su edad. Allí pasaba las trasnochadas hasta la hora de cenar, que pasaba su hija a recogerle.

Apenas entró se le apropió el veterinario. Mateo Matías, sorprendido de que se le acercase su primo Lotario con tanto interés, lo miraba muy fijamente tras los cristales de sus gafas gordísimas, a la vez que enseñaba mucho los dientes, con gesto como de dolerle algo.

—¿Cómo va esa vida, Mateo?

—Biennnnnnn.

—¿Y tu hija, está bien?

—Biennnnnnn.

Mateo Matías alguna vez se rascaba la rodilla.

—¿Te pasa algo en la rodilla?

—No, los cambios de tiempoooooo.

Don Lotario intentaba hilar conversación, pero no le era fácil.

Por fin se acordó que a Mateo Matías le gustaba mucho contar cosas de cuando fue teniente de alcalde... y por allí tiró:

—Aquella disposición de ponerle multas gordas a los que se meaban en las espaldas de la iglesia estuvo muy bien traída, Mateo.

—Ah, claro. Muy biennn. Y mandé poner un guardia que vigilase escondido en el pretil. Y a to el que se meaba, zas, dos duros de multa. Pusimos hasta treinta multas. Sesenta

duros, Lotario. Tú fíjate lo que eran en aquellos tiempos sesenta duros. Total que la gente le tomó tal miedo a desaguarse detrás de la iglesia, que se secaron todas las hierbas que había por allí, y no hubo necesidad de que continuase el guardia... Que por el menester que tenía le llamaban «mirapijas». Ay qué tiempos aquéllos.

—Y también fue buena aquella corrida que tú presidías, cuando se escapó el toro de la plaza y se vino corriendo toda la calle de don Víctor adelante.

—Es verdad. Fue una feria muy sonada. Además un cohete prendió fuego el cercao de Perales, y cuando Marcial, el que era teniente de alcalde conmigo, iba con su auto a avisar a los bomberos —vamos, al bombero, que entonces sólo había uno, Pirracas— atropelló a un muchacho. La que se armó, mi madreeeee.

—Oye, Matías, a los concejales de aquellos tiempos os regalaban muchos bombones.

—¿Bombones? Ni siquiá uno. Nos regalaban gallinas, kilos de carne y paquetes de puros. Entonces se estilaban muy poco los bombones.

—¿Y ahora?

—Ahora mucho más.

—¿Tú comes ahora bombones?

—Alguna vez.

—¿Es que compras?

—No, que me los da mi chica... También me acuerdo de otra feria que se presentó el señor gobernador sin esperarlo...

Don Lotario respiró entre contento y preocupado.

—¿Es que a la Felisa le gustan mucho?

—¿Eh? Pues sí deben gustarle, sí, porque tiene a menudo... Y como te iba diciendo, llegó el señor gobernador...

Don Lotario volvió a suspirar.

—¿Y de qué color son las cajas de bombones que compra Felisa?

—¿Que de qué color? Color tomate... Bueno, y a ti qué más te da...

—Eso digo yo. Mera bacinería.

Don Lotario, con muy pocas ganas, esa es la pura verdad, que de su familia se trataba, fue al anochecido a la oficina de Plinio para informarle de la conversación con su primo Mateo Matías. Plinio, como convenía a su fino natural, lo escuchó sin hacer el menor comentario, gesto de crítica o suficiencia.

Luego quedaron mirando al tablero de la mesa con morrillo de contrariedad.

—¿Y qué vas a hacer, Manuel?

No puedo hacer más que una cosa, don Lotario. Y es hablar con ella.

—¡Atiza, manco!

—Ni manco, ni cojo. Dígame usted si no es el camino.

—Pues que ella, si hace lo que tú supones, no te lo va a decir. Es más, se pondrá como una fiera. Menuda es.

—Ya, ya, pero cuando las personas se ponen como fieras es cuando dicen y hacen lo que no hacen ni dicen cuando están como un guante.

—No sé por qué me parece, Manuel, que te regodea la idea del frente a frente con mi sobrina Felisa.

—Basta que sea tu sobrina, aunque sobrina segunda, para que me preocupe la manera de hacer esta diligencia sin que se entere absolutamente nadie...

—Bueno, pero tú me cuentas a mí lo que pase.

—Naturalmente.

Pasaron unos minutos de silencio, sin mayores ruidos que el de los coches que pasaban por la plaza, las voces, los taconeos del pasillo del Ayuntamiento y las campanadas del reloj de la iglesia, que cayeron calderonas y aburridas.

Por fin, Plinio y don Lotario, con las manos sobre el anaquel del trasero, muy despacio y con cara de pensares, cruzaron la terraza del casino de San Fernando. Un guardia de circulación con casco blanco y camisa gris les hizo un saludo militar.

Plinio no hizo tarde. A las diez de la mañana estaba en la casa de Felisa Matías. Le abrió una criada y quedó mirándolo como si no lo conociera de nada. Por fin lo dejó pasar siguiéndolo con monosílabos nasales. Seguro que el uniforme le impuso. Y lo pasó a un cuarto de estar que olía a cerrado. La criada subió la escalera aldeando y se oyeron palabras recortadas en una habitación alta de la galería. Plinio, sentado en un sillón tapizado de rojo, aguardó pacienzudo. Estaba seguro de que Felisa no bajaría así como así.

La criada bajaba ahora la escalera sin quitarle los ojos a través de la puerta entreabierta. Y Plinio, obstinado en sus fijaciones, salió hasta el patio y la detuvo:

—¿A mí? —dijo con aire medroso.

—Oye, ¿de qué marca es el coche de la señorita Felisa?

—No sé... Es uno chiquitejo y colorao.

Plinio le hizo un gesto de complacencia y se volvió al sillón del cuarto de estar. La criada marchó con la cabeza vuelta hacia él.

Solo en aquel cuarto, encendió un cigarro y empezó a mirar con calma las antiguas fotografías familiares que había colgadas por allí.

Casi media hora tardó Felisa en asomar, con una bata casi mini, el pelo muy retocado y sonrisa forzada (de pocos dientes vistos y mucha fijeza de ojos).

—¿Qué tal, Manuel? ¿A qué debo...?

Se sentó en el sillón frontero, y con las manos al cuido de que no se le subiera la falta, esperó lo que fuere. Pero Plinio, cuando iba a tirar por lo derecho, como un policía cualquiera, de pronto, como un buen pueblerino, se acordó de toda la familia de Felisa Matías y empezó a preguntarle por tías, primos y otros parientes poco vistos. Ella, una bizca confiada con esta requisitoria consanguínea, ablandó la sonrisa primera.

—A su tía Narcisa sí que hace años que no la veo. Siempre recuerdo aquella gracia que tenía contando sucedidos.

—La pobre vive en Barcelona, porque destinaron allí al marido, y ya sabe contar chistes en catalán y todo.

Lo que nunca entendió bien Plinio ni el pueblo en general era por qué se quedó Felisa soltera. No le faltaba de nada para ser apetecible. Tenía dinero y disfrutó de varios novios, pero no se sabía por qué a todos acabó dándoles rabotazo. La versión más corrida es que era demasiado lista. Que acababa riéndose de sus novios, o lo que es igual, que ellos se creían reídos. Felisa tenía el humor cortante y un ingenio crudo, muy tomellosero, que decían acababa por dejar a los novios en camisa. Pero también es verdad que ella no dio nunca que hablar por caliente ni calzoncillera. Siempre, sus relaciones y juegos con hombres, estuvieron muy a la vista. Y la mujer tendría sus acaloramientos como todas, pero los llevaba muy en el sobre, sin descomponer nunca su conducta y comportamiento.

—También recuerdo un día que fui con su padre a los toros de Manzanares. Yo era muy mocete. Nos reímos mucho.

Plinio siguió un buen rato con sus recuerdos matiecos, hasta que Felisa se sonrió y, torciendo un poco la boca, le soltó el comprimido:

—Bueno, Manuel, no me diga que ha venido a hablarme de toda mi familia. Porque usted nunca fue hombre de cumplidos.

Plinio empezó a reír con gana. Y ella lo coreó con el mismo son y meneo de cabeza. Manuel sospechó que lo estaba remedando. Que lo hacía todo igual que él, aunque con mucho disimulo... Y pensó muy de paso, si por hacer remedos como aquél, a Felisa acabaron dejándola todos sus novios. Por fin Plinio frenó en seco sus risas y comentarios. Ella hizo igual, mirándole fijamente, con un pucherete de risa todavía y los ojos algo guiñados.

—Perdone, Felisa, pero vengo a hablarle de un asunto muy delicado y no sabía por dónde empezar —dijo Plinio echando los ojos al suelo como para pensar mejor.

—Usted dirá, Manuel, qué delicadezas son ésas.

A Felisa, de pronto —lo notó Manuel— se le secaron los labios, y afinó el brillo de los ojos.

—... Usted se habrá enterado de la muerte de Julián Quiralte.

Ella afirmó brevemente con la cabeza sin despegar los labios.

—Usted me perdonará la pregunta...

—Diga.

—¿Tenía usted algún trato con él?

Sin mover los párpados entornados:

—¿Yo...? No.

—¿Seguro?

—Seguro.

—¿Seguro que usted no recibía de su parte todas las semanas una caja de bombones grande, color rosa, con letras rojas?

—No.

—Los que recogen la basura han visto varias veces cajas así en el cubo de su casa.

—Yo, naturalmente, compro o me regalan bombones de vez en cuando, pero las cajas no tienen el mismo color.

—Color rosa... siempre eran de color rosa, con las letras rojas.

—No le puedo decir.

—Precisamente ayer encontraron la última caja aquí.

—A ver si era de otra casa próxima. Hace bastantes días que no tenemos bombones en casa.

—Su padre dice que algunas veces usted le daba bombones.

—Mi padre ya no sabe lo que dice.

—Pero sí sabe lo que come.

—Como usted quiera, Manuel.

—No; como yo quiera no, que bien sabe Dios el trabajo que me ha costado dar este paso siendo usted quien es... Lo cierto es que en el equipajc de Julián Quiralte, los sábados por la mañana, aparecía una caja de bombones grande, color

rosa, con las letras rojas, que el domingo ya había desaparecido porque venía directamente a parar a esta casa.

Plinio notó en seguida que al puntualizar de aquella manera los días de la semana que llegaban y desaparecían las cajas de bombones el entrecejo de Felisa se apretó súbitamente.

—¿Dice usted que el sábado por la mañana? —preguntó ya sin disimulo.

—Sí... Exactamente el sábado... Y dos o tres días después, la caja vacía, la caja color de rosa con letras rojas pasaba a su cubo de la basura.

Ahora Felisa parecía completamente distraída de las palabras de Plinio.

—Si usted, Felisa, me cuenta toda la verdad, habrá algún modo de evitar el escándalo, ya que Julián, aunque maltratado posteriormente, murió de mal natural. Pero si se obstina en negar, tendré que dar cuenta al juzgado de mis pruebas para obrar con todas las consecuencias.

Felisa, con aire distraído, se levantó sin responder, fue hasta un armarito librería que había en un testero del cuarto, bajo las fotografías familiares, y de un estuche sacó un pitillo que encendió con un mechero muy gordo. Aspiró, echó el humo por las narices, y volvió a su sitio, sin cuidarse ahora si la «mini» le quedaba demasiado alta.

—¿Está usted seguro, Manuel —volvió a preguntarle con insistencia—, que la caja de bombones color rosa y letras rojas la veía la asistenta de Julián Quiralte el sábado por la mañana y desaparecía la mañana del domingo?

—Exactamente.

—Entonces ha estado usted muy cerca de dar en el blanco. Pero ha marrado.

—No entiendo.

Felisa, con una mano en la cadera y envuelta en la humareda azul de su cigarrillo, le habló con aquella guasa durísima que se gastaba:

—Tendrá usted que buscar otra pista, Manuel... que le permita averiguar a qué manos iba a parar esa caja de bombones que la asistenta de Julián veía los sábados por la mañana... Porque la mía... me la entregaba la noche del viernes al sábado.

Y enfocó al jefe de la G.M.T. con una sonrisa friísima. Plinio, a su vez, ingenuamente sorprendido, quedó con el cigarro caidón en la comisura. Por fin reaccionó:

—... ¿Quiere usted decir que traía dos cajas?

—Por lo que usted cuenta, sí.

Y apretó la boca ya sin disimulo, con rúbrica de malísima leche.

—¿Y cómo la asistente no veía más que una caja?

—Muy sencillo. Julián llegaba a última hora de la tarde del viernes, y la asistenta, que le dejaba todo preparado, no aparecía por la casa hasta el sábado por la mañana. La caja destinada a mí nunca la veía.

—Ya, ya caigo.

—Le he sido franca, Manuel. Mi palabra de honor. Yo nunca pude imaginar que hubiera otra... caja de bombones. Usted me lo ha revelado... Ni que decir que, ya que no tengo nada que ver con la muerte de Julián, espero su más absoluta discreción sobre esta cana al aire de la solterona Felisa... Mi padre, mi familia. En fin, qué voy a decirle.

—Ya.

—Tendrá usted que insistir con los hombres de la basura... a ver si averiguamos a quién iba a parar la otra caja de bombones grande, color rosa y con las letras coloradas, concluyó apagando la punta del cigarro con rabia.

—¿Y usted, Felisa, no tiene la mínima sospecha de quién pueda ser la destinataria de esa segunda caja?

—Ya le he dicho que ni idea... Nunca creí que Julián... fuera capaz... de regalar dos cajas de bombones cada fin de semana.

A Plinio le salió un bigotillo de risa.

—Pues descuide usted, Felisa, que de ser las cosas como dice, nadie sabrá una palabra de esto. Pero si se entera de algo, no deje de decírmelo.

—Seguro, Manuel.

—Una última pregunta. ¿Este viernes también hubo caja para usted?

—... Sí, pero él salió por su pie, Manuel. Se lo juro.

Plinio entró en el Ayuntamiento sin saludar a nadie, o saludando a destiempo, y se encerró en su despacho. Dejó la gorra de visera. Se sentó y empezó a frotarse la cara con ambas manos. Luego se quedó mirando a la ventana entre distraído y caviloso. Cuando pasados unos minutos empezaba a reaccionar de sus confusiones, y parecía dispuesto a reliar un «caldo», sonó el teléfono:

Era conferencia de Madrid: Manuel, ya hablé con el dueño de «La Regencia». —Rosa, la viuda de Julián Quiralte, al aparato.

—¿Ah, sí? Perdone, Rosa. ¿Qué es *La Regencia*? que ahora no caigo.

—La confitería donde compraba mi marido las cajas de bombones.

—Ya... ¿Y qué dicen en «La Regencia»?

—Algo que me ha puesto mucho más triste todavía.

—¿Y es?

—Que mi marido, todos los viernes por la tarde, cuando se iba al pueblo, no compraba una caja de bombones, Manuel, sino dos. Dos nada menos, y exactamente iguales. Se conoce que estaba encaprichado del color rosa.

—¿Dice que dos?

—Sí, señor. Usted se imagina qué podía hacer en un pueblo vinatero como ése con dos cajas de bombones cada fin de semana.

—Sí, son bastanticos bombones, sí.

—¡Ay, Manuel, qué desgracia más grande! ¿Quién podía pensar que en un pueblo así...?

Nada más colgar llegó don Lotario impacientísimo por saber qué había resultado de la conversación con su sobrina Felisa. Por cierto que cuando el veterinario entró, estaba Plinio tan ensimismado, y al tiempo tan impaciente por contarle lo sucedido, que comenzó el discurso justamente por el epílogo.

—... Le aseguro a usted, don Lotario, que salí convencido de que su sobrina Felisa me había engañado. Como es tan astuta, pensé yo: ésta no puede negarme que el Julián le traía una caja de bombones todas las semanas... No, de ninguna manera podía negarlo, porque teníamos todas las pruebas... Pero lo que sí podía negar era que murió Julián en su casa y que lo sacó o lo sacaron a la vereda de la manera que sabemos. Entonces, va la tía y me dice que sí, que a ella Julián le daba una caja, pero los viernes por la noche y no el sábado... La coartada, don Lotario, era estupenda... Cómo comprobar ahora —me dije— si Julián traía de verdad dos cajas de bombones en vez de una, que decía la asistenta... Así es, ya le digo a usted, que me vine convencido de que me había dado gato por liebre. De que no le importaba que yo supiese que se acostaba con él, usted me entiende, pero quedando claro que no murió la noche que estuvo con ella. Por ahí se conoce que temía el escándalo y no por las sábanas... Menos mal que nada más llegar aquí —ahora mismo acabo de colgar— me telefoneó la viuda de Quiralte, Rosa, para decirme que en una confitería que se llama «La Regencia» le han asegurado que Quiralte, efectivamente, compraba allí todos los viernes dos cajas de bombones igualicas... Eso me ha quitado un peso de encima, porque Felisa, claro, me ha dicho la verdad, aunque ahora se replantea la investigación desde cero. ¿No le parece? ¿Quién recibía la otra caja de bombones el sábado por la noche, por la tarde... o cuando fuese? Ahí está el problema, don Lotario...

Plinio quedó mirando muy astuto a don Lotario, conformado todo su cuerpo y expresión como una interrogación, mientras el veterinario, confusísimo, con la boca apretada, le-

vantó los brazos como si fuese a dirigir el pianísimo a una orquesta, y le dijo:

—Querido Manuel, perdona que te diga que no he entendido ni una sola palabra de lo que me acabas de decir. Tú, que eres siempre un hombre tranquilón, te encuentro esta mañana hecho un manojo de nervios. Tanto que me parece que has empezado a contarme la historia por el final, y comprenderás que, tratándose de mi sobrina, me interesa mucho conocerla punto por punto.

—Coño, que lleva usted mucha razón, don Lotario. No sé por qué despiste creí que ya nos habíamos visto esta mañana, y que le había contado el encuentro con Felisa... Pero no se apure, que empiezo ahora mismo, hasta empalmar con lo que acabo de resumirle.

—Vamos a ver...

—Pues verá usted. Llegué y me hizo esperar lo menos media hora. Por fin bajó con una bata muy cortilla y cara de ráfita...

Cuando Plinio acabó su historia completa, don Lotario quedó algo melancólico.

—Dichosas mujeres —dijo al fin.

—Pero que esto quede entre nosotros. Que cada uno es cada uno.

—Querrás decir que cada una es cada una. ¿Y doña Rosa, la viuda, qué ha dicho al saber lo de las dos cajas?

—Me da la impresión de que en su ya larga vida de matrimonio no ha conseguido tener ni puñetera idea de cómo era su marido.

—Eso le pasa a cada vecino y a cada vecina. ¿Qué sabe cada uno cómo es el cada otra?

—Y la pobre no se explica muy bien cómo podía Julián con dos cajas de bombones nada menos cada semana.

—¿Tan pobre idea tenía de su marido? A lo mejor también tenía ella por ahí su bombonería y él ni saberlo.

—¿Y ahora qué hacemos, don Lotario?

—Muy sencillo, Manuel —parece mentira que me lo preguntes—, averiguar a qué casa llevaba Julián la otra caja de bombones los sábados por la noche.

—Ya, ya. Está usted muy ocurrente.

—Para ti eso está tirao. Un pueblo como éste no puede guardar todas las semanas dos cajas de bombones grandes, color rosa, con las letras rojas y lazos colorados sin que al cabo de un tiempo no se entere todo el gallinero.

—Si los de la basura, según nos dijeron, no han visto más cajas de bombones que las que nos dijeron, no vamos a ir de casa en casa a ver si las tienen colocadas en rimero en el armario empotrado del cuarto de la chica.

—Ah, eso ya no es cosa de mi modesta cabeza. Yo soy un veterinario sin trabajo y tu humilde amigo y auxiliar. Y tú nada menos que el jefe de la G.M.T. De manera y modo que, una vez agotadas todas las pesquisiciones lógicas, sólo se impone el dictado casi divinal de tus pálpitos.

—¡De mis leches! —maldijo Plinio vuelto de espaldas a la ventana entreabierta. Yo no tengo más pálpitos...

Y en aquel momento se oyó muy cerca un fuerte choquetazo.

—Coño.

Se asomaron. En la esquina de la calle del Campo, un remolque de las basuras, al hacer una marcha atrás mal calculada, había chocado con el alto bordillo de la acera, y un buen volumen de basuras, compuesta de plásticos, cáscaras de naranja y papeles estaba en el suelo. El recogedor le voceaba al chófer que hizo la maniobra.

Por la ventana abierta, Plinio y don Lotario miraban el estropicio.

Ahora, a puñados, por falta de herramienta, basurero y conductor recogían lo volcado, lanzando maldiciones.

—Oiga usted, don Lotario, ese bollagas que va en el remolque, Antolín el Prohijado, no vino cuando reunimos a todos los basureros municipales en el cuerpo de guardia.

—Manuel, hijo, yo qué sé, si no estuve en la reunión.

Plinio y don Lotario vieron cómo el cabo Maleza, con su cachaza acostumbrada, aguardaba a que Antolín y el conductor del tractor acabaran de recoger las basuras.

Cuando estuvo todo en orden, el cabo abordó al Prohijado. Este le hizo ademanes a que aguardara. Subió a la cabina del tractor y volvió en seguida con una caja rosa en la mano. Se la enseñó a Maleza con mucho regodeo. Por fin los dos hombres vinieron hacia la puerta del Ayuntamiento, mientras el chófer aparcaba debidamente el remolque de las basuras.

Antolín el Prohijado entró en el despacho del jefe enseñando, a manera de saludo, la caja rosa con letras rojas, ya algo descolorida.

—¿Era este cartonaje el que buscaba, jefe?

Plinio lo tomó con presura.

—Así que me dijo el sobrino lo que les pidió usted en la reunión municipal, me acordé que en estos últimos meses había visto algunas de este color, estoy seguro que en la calle Marchena... Y es más, que una vez me encontré una tan enterica, ésta, que se la di a mi muchacha para los hilos.

—¿En qué casa de la calle Marchena la encontrastes?

—A eso ya no alcanzo, jefe. Nunca reparé, o se me olvidó. Además, como muchas veces es mi sobrino quien recoge los cubos y yo los vacío... Hace ya bastantes semanas que vi los últimos cartones.

—No estaría de más que te forzaras en recordar.

—Haré el esfuerzo, pero no creo.

—Muchas gracias de todas formas, Antolín. Me has hecho un gran favor.

—No hay de qué. No faltaba más.

—Y si recordases...

—Hombre, eso ni se cita. Vengo volao.

—Y sigue al tanto por si esta noche o mañana dieras con alguna más.

—Descuide, que aunque sea un trozo como un rompe me percato.

—Pues gracias otra vez.

Plinio dejó la caja sobre la mesa del despacho y la miraba con gusto.

—¿La calle Marchena? ¿Usted recuerda, don Lotario, quién vive allí con hechuras para que el señorito Julián pudiera regalarle una caja de bombones todos los sábados?

—Así de pronto, no. Es una calle más larga que la puñeta.

—Es verdad. Lo que vamos a hacer esta tarde es darnos un paseo lentorro por allí para ir recordando la vecindad.

—Eso me parece muy bien, Manuel.

Bien pasada la hora del café, cuando los chicos venían de los colegios, las mujeres se asomaban a las puertas con las faenas ya hechas y tardeaba el cielo con luz de despedida; Plinio y don Lotario salieron del casino rodeados de nubecillas tabaqueras. Tenían la sensación de que ahora el aire fresco, bajo los árboles nuevos de la plaza, junto al son de la fuente, les limpiaba el cuerpo y los sentires de tantos dichos oídos, de tanto fumeteo, de tanto gesto antiguo y tanto fichoteo de dominoses y aljedreces. Unas cisternas gigantes rodeaban la plaza para entrar por la calle de la Independencia, y el guardia que mandaba la circulación con su casco y correaje blanco movía los brazos distraidísimo.

A aquellas horas los bares estaban solos. En sus cocinas preparaban los aperitivos para la anochecida, y todos los vasos limpios, boca abajo, esperaban su turno de labios bebedores. Antiguamente, cuando los cabreros iban a las casas, aquella era la hora, que por todas las calles se oían las esquilas. Por medio de la calzada, sin miedo a los coches, caminaban los ganadillos encabezados por el cabrero con las manos húmedas y lisas de tanto tocar ubres lechesísimas. Las mujeres aguardaban en las puertas, así que oían el tintín de los cencerros, con los cazos en la mano. El cabrero detenía su menguado ganado junto a cada puerta, elegía la cabra que convenía vaciar, se ponía en cuclillas, con la izquierda sostenía la medida de hojalata o estaño del medio cuartillo y con la derecha ordeñaba la ubre caidona con escurrizones de mano muy apuradores. Algunos cabreros llevaban un cabrerillo para que arre-

pretase el cabrío mientras él ordeñaba y departía con la parroquia. A la nochecida, por todas las calles del pueblo se oían las esquilas de las cabras que volvían a sus corrales antes que se hiciese de noche total.

Don Lotario recordaba estas cosas mientras esperaban que el guardia de circulación les dejase cruzar hasta la acera de enfrente.

—A mi casa llevaba siempre la leche Julián Andújar, que era muy buen hombre.

—¿Y eso a cuento de qué viene ahora?

—Que me iba acordando de cuando iban los cabreros con las cabras por las calles.

—Es verdad. Y por la noche todas las aceras estaban llenas de cagarrutas.

—Pero la leche era un rato más pura.

—Hombre, claro. Era leche. Y ahora ustedes los sanitarios sabrán lo que tomamos.

—Es cierto lo de las cagarrutas, ya no me acordaba.

—Entre los cagajones de mula y las cagarrutas de cabra el pueblo era una hermosura.

—No creas que ahora con los autos va la cosa mejor.

—Pero es menos asqueroso.

—A mí te advierto que las cosas de los animales nunca me dieron asco. Aunque fueran las de semejante parte.

—Para eso es usted veterinario.

—Pero es que todo en los animales huele a inocencia, hasta eso. Mientras que en los hombres todo tiene siete gatos en la barriga.

Llegaron al principio de la calle de Marchena.

—Ahora a recordar bien, don Lotario, quién vive en cada casa.

—Hombre, tanto como en cada...

—Digo de mujeres que por la edad puedan haber recibido los bombones del sábado.

—Ya, ya... La hermana María, que vive ahí en el cinco, no creo que esté para bombones.

—La pobre, me la encontré hace unos días y me dijo que los soldados llevábamos ahora unos uniformes muy hermosos. Creía que yo estaba haciendo la mili.

—De joven era muy guapa y alegre. Alegre en el buen sentido. Pero luego se le murió el marido, los hijos emigraron y se quedó sola en su casa, siempre barriendo entre las macetas del patio, siempre recorriéndose las cuadras vacías y llamando por su nombre a las mulas que tuvieron en los buenos tiempos.

Pasaban ante las fachadas relimpias, con puertas de hierro flamantes, pintadas de verde y de las ventanas de purpurina. Todavía quedaba alguna portada antigua de madera, con los clavos grandes y un llamador monumental. Y sobre todo los tejados de aquellas casas de una o dos plantas, las antenas de televisión, formando la gran red que apresa a todos los ciudadanos del mundo.

—No dirás que la que vive aquí es fea.

—Qué va a ser. Se refiere usted a la de José.

—Claro.

—Esa, imposible; está tan acompañá con el marido, que al pobre no lo deja ni para persignarse. El tío coge la moto y ella deja lo que tenga entre manos y se la monta en el porta. No puede dar un paso sin ella.

—Pero él lleva la cosa con mucha resignación.

—A ver qué va a hacer.

—Desde luego que una mujer así mata a un satán.

—Por lo visto es algo de enfermedad. Cree que si sale solo no va a volver o se va a casar con otra.

—Claro que es enfermedad. Una persona sana necesita muchas curas de soledad.

A pesar de ser una calle de segundo orden, había automóviles en casi todas las puertas. Una mujer, ayudada por dos chicos, lavoteaba el Seat con mucha minucia, como pieza de vajilla.

—Desde luego por las aceras estas hay que andar con cuidado.

—De pavimentación, se lo tengo dicho a todos los alcaldes, andamos jodíamente.

—Es que este pueblo tiene mucho suelo.

—Pero tendremos que arreglarlo, no van a venderlo.

—¿Qué reflejo es ese que nos ha dado ya en la cara dos veces?

—Ya me he fijao, ya. Parece como si nos estuviera alguien enchufando con un espejo.

—Será algún muchacho.

—Vamos a ir alerta de todas maneras.

—Oye, ahí detrás nos hemos dejado la casa de Matilde, la que se vino de Barcelona.

—Ya... Pero vive mucha gente en esa casa para que le sea fácil recibir bombones.

—Hombre, a lo mejor los recibe en otro sitio.

—Eso sí.

—Claro, Manuel, que el querer sacar así por adivinación qué mujer se acuesta de extranjis es un trabajo bastante penoso. Porque esa es afición que nunca está sometida a lógica... Me acuerdo que cuando yo era estudiante iba mucho al Café del Gato Negro, aquel que había en el Teatro de la Comedia. Y acudía allí todos los días un tío con su querida, que no te exagero, Manuel, que era la mujer más fea del globo... Nadie podía pensar que aquella mujer encelase a nadie. Pero oye, una vez vamos a tomar café los amiguetes y vemos al mismo con una guapísima. Pero así como a la fea —que le llamábamos entre nosotros la «cara de gorrina»— no paraba de hablarle y hacerle mamolas, a la guapa no le dijo ni «vamos» cuando se marcharon. Intrigados, le preguntamos al camarero... ¿Sabes quién era la guapísima?

—Su mujer.

—Coño, ¿cómo lo has adivinado?

—Hombre, estaba tirao... Si el que se enamora nunca lo hace de lo que ve, sino de lo que cree que ve.

—Otra vez el espejo.

—Ya. Ha salido de la ventana más alta de aquella casa de dos pisos.

—Sí, hombre, la de Blas Mosquera, el paralítico.

—Es verdad.

—Habrá abierto el hombre la vidriera y habrá reflejado.

—No. Ha asomado un espejo, que lo he visto yo.

—Bueno, pero a lo mejor no tiene nada que ver con nosotros. No va a ponerse a jugar así.

—Vamos a pasar ante su casa sin mirar, como si no nos hubiésemos dado cuenta.

—Vale... Esta de aquí, la Laurencia, si no estuviese la pobre tan gorda, podía pensarse.

—Esa con comer tiene harto.

Pasaron ante la casa de Blas sin ni siquiera mirar al balcón.

Treinta o cuarenta metros más allá, al pasar ante la puerta de Dolores, Plinio dijo a don Lotario en voz muy baja:

—¿Y ésta?

—Dolores. Hombre... Manuel. Siempre fueron gente muy seria. Viuda ya tantos años. Con las hijas casaderas. Esa mujer tiene mucho sentido de la responsabilidad. Hay que ver con qué talento ha llevado adelante las cosas de su padre y de su marido después de faltar éste... No creo, Manuel.

—Don Lotario, no se ponga usted así, que yo no hago más que preguntarme. Y ya ha visto usted lo de su sobrina, también serísima.

—Coño, es verdad.

—Otra vez el espejo.

—Coño, ya me he hartado. Vamos a ver qué cachondeo se trae con nosotros el Blas este.

—Vale, Manuel, pero volvamos despacio, como que no vamos a eso.

—Ya, ya.

Cuando llegaron frente a la casa se pararon en el borde de la acera. Por la ventana abierta de par en par, sin sacar el busto, Blas, sentado en su butaca, les sonreía.

Plinio fue a decirle algo, pero se le adelantó Blas:

—Suban, por favor. La puerta está abierta.

Plinio y don Lotario se miraron, y sin decir comentario fueron hacia la puerta.

Subieron la escalera deslucida, con muchos desconchones, hasta un recibidor muy cuidado. Plinio puso gesto de grata sorpresa al ver el recibidor.

—Es que en la parte baja vive sola la hermana Crisanta.

Salió la madre de Blas, muy delgadita y consumida, y los pasó hasta el tallercito de su hijo.

Junto a la ventana, sentado en una silla con el asiento muy alto, como de niño, los esperaba Blas. Sonriente, con aquella boca que le llegaba de oreja a oreja y el labio superior anchísimo. De los brazos cortos y gruesos le salían, como racimos de dedos gordos, casi sin palma, las manos. Sentado de espaldas a la ventana hurgaba con sus herramientas en un aparato de televisión. La anchísima mesa y varios estantes próximos estaban llenos de televisores, transistores y tocadiscos. Plinio se fijó en seguida en un espejo ovalado, con mango, que tenía también sobre la mesa, entre las herramientas.

—¿Vienen de asiento?

—Eso tú sabrás, que nos has llamado —dijo Plinio sonriendo.

—Pues entonces sentarse, que mejor se oye con el culo quieto.

Blas decía todo sin dejar de trabajar y con aquella sonrisa que le semicirculaba la cara.

—A mí no me gusta denunciar a nadie —siguió con gesto de estar muy convencido—, pero como he visto que ya están ustedes sobre las trías, a lo mejor les puedo ahorrar trabajo... Al fin y al cabo se trata de aclarar la muerte de un hombre, y ustedes son de la justicia y no de la mafia... ¿Estoy equivocado o iban ustedes a tiro hecho?

—Aclárate, Blas.

—¿Que si saben bien de qué casa de esta calle salió muerto Julián Quiralte o sólo están a la olisma? Lo digo por-

que los he visto ir y venir y mirar por todos sitios con caras masticativas. Porque yo, con este espejo, saben ustedes, me entero de todo lo que pasa en la calle... Yo trabajo aquí desde antes de las nueve de la mañana hasta las tantas de la noche. Y cada poco saco el periscopio, como yo digo, a ver qué pasa.

Y tomando el espejo, con unos meneos muy rápidos y expertos, se inclinaba un poco hacia atrás y lo ponía a distintas alturas, mirando a ambos lados de la calle.

—Ya ven, lo manejo de tal manera que no me pierdo ratón que cruce por las carrilás. Ahora, Manuel, que yo lo que quería es que usted influyese para que me den el permiso municipal para tener este taller, que desde hace qué sé yo los años estoy sin permiso, y ahora parece que han echado tras de mí.

—Entonces nos has llamao para eso.

—Hombre, jefe, yo les he llamao por si les puedo ayudar un algo, y al paso...

Y quedó riéndose con labios cobardes.

—Venga, di lo que sepas —le pidió Plinio con los ojos duros.

—... ¿Pero saben la casa o no? —y volvió a sonreír.

—No. Sólo sabemos que fue en esta calle.

—¿Me permite una pregunta indiscreta, Manuel?

—Si es indiscreta...

—Usted lo verá.

—¿Cómo averiguó lo de la calle?

—Si... siempre que venía...

—Todos los sábados —interrumpió el televisero.

—Le traía a quien fuera una caja de bombones color rosa. Los recogedores de basura han encontrado en esta calle trozos de esas cajas.

—Ya, de modo —dijo entornando los ojos— que era una caja de bombones lo que siempre llevaba en la mano... A esa distancia, y de noche, dudaba si era una revista, una carpeta u otra cosa así de aparente, pero no una caja de bombones.

—¿Y desde cuándo Quiralte venía a esa casa que tú sabes?

Blas se rascó el remolino de pelo rubio del cogote con la mano estrecha de dedos cortos y gordos.

—Sí, hará año y medio. Al menos desde que lo calé... ¿Y sabe usted cómo lo calé?... Porque todos los sábados, poco después de las doce, sonaba el portazo de un coche. Acabó por llamarme la atención aquella puntualiadad del golpe, que se oía muy bien porque a esas horas, y más en invierno, no pasa un alma. Hasta que ya me puse al acecho y pude ver con el periscopio cómo a esa hora, en seguida del portazo, cruzaba esta calle un hombre con algo debajo del brazo. Pero como está un poquillo retirado y las luces son tan pajizas en ésta, por más que sacaba el espejo no lograba saber quién era el del portazo. Del portazo y del acelerón... Que entrando donde entraba, y a esas horas, me intrigaba tanto, que un sábado le dije a un amiguete que se fijase en la cédula a ver de quién era el auto.

—Entonces dejaba parado el coche en la esquina. Daba el acelerón. Cerraba la puerta con el portazo que dices y cruzaba la calle hasta entrar en la casa de...

—Está tirao, Manuel.

—¿De Dolores, la viuda?

—Equilicuatre.

—Y la noche de la muerte, ¿qué viste?

—Lo de siempre. Lo único, que no le oí salir.

—¿Qué le parece, don Lotario?

—Que me he quedao de piedra. Está visto que en este mundo ya no se puede uno fiar de nadie, absolutamente de nadie.

—Pues sí que se ha dao usted cuenta tarde, señor veterinario —dijo el inválido ensanchando más la boca.

Y mecánicamente dejó de trabajar, tomó el espejo, se echó un poco hacia la ventana, y lo colocó hacia poniente hasta localizar algo.

—Ahora mismo acaba de llegar. Debe ser de la bodega. No falla a esta hora. Se conoce que va por allí a ver cómo van las cosas y a despachar el correo.

—Muchas gracias, Blas... ¿Y a qué hora salía Quiralte de casa de Dolores?

—A las tres, poco más o menos... Acelerón y portazo. Eso lo oía ya desde la cama, menos la otra noche, ya digo.

—Gracias otra vez, Blas.

—De nada, pero a ver, jefe, si podía influir para eso de la licencia.

Bajaron las escaleras desconchadas con pasos tranquilos.

—Jo, don Lotario. Vaya papeletón.

—Lo comprendo tan bien, que te ruego, Manuel, que disculpes que no te acompañe.

—Disculpado.

—Ha sido siempre una familia muy querida de mi casa.

—La verdad es que ha tenido usted mala suerte en este caso. Los dos planes del Julián le tocaban algo.

—No te creas que no es casualidad... ¿Vas a entrar ahora?

—Sí.

—Entonces te espero en el casino.

—De acuerdo.

Plinio, con la cabeza agachada, el cigarro entre labios y las manos atrás, fue hacia la casa de la viuda. Golpeó con el llamador. Miró hacia la ventana de Blas mientras esperaba. El punto brillante del espejo oscilaba junto a la jamba de la ventana.

—Mecagüen la puñeta —dijo en voz baja—, y qué oficio más cabrito.

Por el portal de la casa de la viuda se oían los pasos de quien venía a abrirle la puerta. Plinio tiró la colilla y se estiró un poco la guerrera.

Selección de críticas

EUGENIO DE NORA

«La frescura de observación en cuanto a costumbres y psicología local, la vivacidad en la captación de detalles, la zumba y riqueza de fantasía..., la seguridad del autor no sólo en la narración, sino también en su excepcional recurso a los sueños y pesadillas reveladoras, el tratamiento matizado de la leve anécdota sentimental, todo, tratándose del libro inicial de un joven escritor, parecía testimoniar el narrador de gran clase que hace sus primeras armas.»

Sobre la novela *Cerca de Oviedo*, en su *La novela española contemporánea (1939-1967)*, 2.ª ed., Gredos, Madrid, III, pp. 255-256.

TEOFILO APARICIO LOPEZ

«*La guerra de dos mil años* es una novela que encaja perfectamente dentro del género de invención. Un libro sorprendente y jugoso que rompe la línea de su narrativa anterior y que es relato total y absolutamente 'inventado', utópico y

ucrónico, con un escenario futurista cercano a la ciencia-ficción. Un libro delicioso, alimento para la imaginación de las gentes en todos los tiempos y geografías; lleno de lirismo neorromántico, junto a ápices de extraordinaria audacia imaginativa.»

20 novelistas españoles contemporáneos, Valladolid, 1979.

ANTONIO TOVAR

«Me atrevo a decir que lo que da dignidad a estas novelas, cuya lectura es para el lector, estoy seguro, una fiesta, es el peso de la realidad, un sentido radical de la realidad humana, de peso de la materia que somos.

La cantera que García Pavón ha descubierto en un pueblo... sigue inagotable después de sacar de ella tantas figuras. Animos mohínos se alegran con ellas y entrecejos cargados de tempestades se desfruncen con las aventuras del detective de la Mancha —cuyos perfiles son tan reales— que vuelven a plantear la hamletiana duda sobre la existencia misma, como en la vieja paradoja de si es más real el Quijote cabalgando por la Mancha de papel que su difunto creador, el hombre de carne y hueso que se llamó Miguel de Cervantes.

Pero García Pavón, además de haber sabido descubrir, crear y comunicar sus tipos de figuras, ha sabido reflejar en estas novelas su visión discreta y no desbordada de sociólogo.»

«El realismo de García Pavón», *Novela española y sudamericana,* Alfaguara, Madrid, 1972.

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

«El autor, como se sabe, ha conseguido crear una mitología popular en torno a su divertido personaje, Plinio, guardia

municipal de Tomelloso. El hallazgo es considerable: traer a un rincón castellano la técnica de las novelas hiperbóreas *cum grano salis,* con una punta finísima de observación e ironía. Para empezar —y bien felizmente—, lo policíaco es, pues, materia de humor y, como consecuencia, arte sentido, sonriente; se proyecta sobre su visión de una población manchega.

He aquí, pues, una desmitificación de la Mancha a la que se le quita el perfil patético y desolado que le atribuyen los escritores que más han querido servirla, desde Cervantes hasta Azorín... Las incidencias criminosas que Plinio aclara y resuelve son vistas de modo humorístico con que el gran Chesterton nos explica las andanzas del inefable Padre Brown. ¿Y no es oportuno acierto llevar esta gracia sonriente a una geografía literaria que, especialmente desde la generación del noventa y ocho, se presenta habitualmente con negruras ascéticas y solanescas?»

«Cien libros españoles e hispanoamericanos», *Una Mancha alegre,* Madrid, Anaya, 1971.

EMILIO ALARCOS LLORACH

«Lirismo y crudo realismo, imaginación y crítica social se combinan, pues, en narraciones conducidas con enorme habilidad para amenizar el relato. El instrumento preciso para ello es una lengua manejada con cuidadoso tacto dentro de la más aparente naturalidad. Pavón ha logrado una maestría indudable, en la que se alían la adaptación del lenguaje directo de los personajes y la sabrosa, densa, sólida y rezumante adecuación del significante con el significado. Prosa que se mastica y desvela aromas equilibradamente clásicos y actuales; prosa que se nutre en lo literario y en lo terruñero, en lo recibido y en lo brillante, y en la expresiva capacidad de nuevas creaciones... Prosa transida de los juegos de las íntimas y hondas

vivencias, pero tamizadas a través de fríos y calculados filtros analíticos...»

La obra narrativa de García Pavón, en «Ensayos y estudios de literatura», Madrid, Júcar, 1976.

LUIS SUÑER

«Hay en García Pavón un intento por reflexionar al hilo de la historia del país, reflejada en ese personaje que es él mismo y en todo lo que le rodea. La propia sucesión de sus libros de relatos guarda un adecuado orden de cronología respecto de la historia más o menos reciente. En *Cuentos de mamá* estará presente el mundo de la infancia y aparecerán personajes desarrollados luego en libros posteriores. *Cuentos republicanos* será la experiencia de lo que en el mundo que rodea al personaje supone la llegada de la II República. En *Los liberales* será ya la guerra el telón de fondo para el análisis de una actitud. *Los nacionales,* por fin, reflejarán los años inmediatos al fin de la guerra civil. *La guerra de los dos mil años* —publicada entre *Los liberales* y *Los nacionales*— saldrá, sin embargo, de esa evocación directa para intentar otro modo de escritura, atravesado de un humor más intelectualizado que nacía también de una prosa más elaborada, en parte, por menos ceñida a los referentes comunes a otros libros anteriores.»

«El País», Madrid, 13-IX-1981.

JEAN BECAUD

«Uno de los méritos de los libros de Francisco García Pavón es hacer vivir ante nosotros, día a día, en el marco de la vida cotidiana, personajes que se afirman fieramente libe-

rales y cuyo comportamiento es, por completo, diferente del señalado [fanatismo, exclusivismo, maniqueos]. Pero este liberalismo, en cierto modo visceral, de los héroes de Pavón no les priva en absoluto de la clarividencia frente a la actualidad política inmediata. Se dan cuenta, más o menos confusamente, de que tal como son, románticos, entusiastas, idealistas, el destino les condena, en un país como España, a ser muy pronto suplantados por los extremistas de todos los matices [...]. Uno de los méritos del autor reside..., a nuestros ojos, en su voluntad de crear, ante todo, una obra de arte más bien que atestiguar un medio ambiente. En esto se distingue claramente de los novelistas de la escuela sociológica. Los *Cuentos republicanos* como *Los liberales* tienen un tono particular, hecho de una ironía agridulce, que contrasta con el objetivismo despersonalizado de muchos narradores españoles de hoy. Cierto es que Pavón trata a veces de cambiar de registro y se complace, en varias páginas de *Los liberales,* en una especie de realismo macabro a lo Solana.»

«Una visión del liberalismo provinciano»,
«Rev. Occ.», 2.ª época, XXXIX.

Cronología

1919 Nace en Tomelloso, el 24 de octubre.
1936 Termina el Bachillerato, junio de ese año.
1943 Licenciado en Filología Románica, Madrid.
1946 Publica su primera novela, *Cerca de Oviedo.*
1944 Alférez de Milicias Universitarias.
1952 Primer libro de cuentos, *Cuentos de mamá.*
— Grado de Doctor con su tesis sobre «Clarín».
1953 Contrae matrimonio.
1954 Nace su primer hijo.
1957 Gana la Cátedra de Literatura Española en la Real Escuela Superior de Arte Dramático, en Madrid.
1968 Gana el Premio de la Crítica.
1969 Gana el Premio Nadal de Novela con *Las hermanas coloradas.*
1975 Gana el Premio Hucha de Oro, de cuentos.

Bibliografía

Cerca de Oviedo. Madrid, 1945.
Cuentos de mamá. Insula, Madrid, 1952 (firma el prólogo en Tomelloso, 1949; segunda edición, Destino, Barcelona, 1972).
Cuentos republicanos. Taurus, Madrid, 1961.
Los carros vacíos. LNP, Madrid, 1965.
Los liberales. Destino, Barcelona, 1965.
El reinado de Witiza. Barcelona, 1966.
La guerra de los dos mil años. Barcelona, 1967.
El rapto de las sabinas. Barcelona, 1969.
Las hermanas coloradas (Premio Nadal 1969). Barcelona, 1970.
Historias de Plinio. Barcelona, 1970.
Nuevas historias de Plinio. Barcelona, 1970.
Vendimiario de Plinio. Barcelona, 1972.
Voces en Ruidera. Barcelona, 1973.
El último sábado. Barcelona, 1974.
Ya no es ayer. Barcelona, 1976.
Los nacionales. Barcelona, 1977.
Otra vez domingo. Madrid, 1978.
El hospital de los dormidos. Cátedra, Madrid, 1981.
Cuentos. 2 vols., Alianza Editorial, Madrid, 1981.

OTROS LIBROS DE CUENTOS:

Las campanas de Tirteafuera. 1955.
La cueva de Montesinos y otros relatos (Antología). 1974.
El caso mudo y otras historias de Plinio. 1980.

ESTUDIOS Y ENSAYOS:

Estudios manchegos. 1951.
Historia de Tomelloso. 1954.
Antología de cuentistas españoles contemporáneos. Madrid, 1959.
Teatro social en España. Taurus, Madrid, 1962.
Teatro menor del siglo XVII. 1964.
Juan José y los semidioses. 1965.
«Fuenteovejuna» y «Peribáñez». 1965.
Después de la caída. 1966.
El «Don Juan», de Zorrilla, y *«El burlador de Sevilla»,* de Tirso de Molina, 1967.
España en sus humoristas. 1967.
Textos y escenarios. 1971.
El jardín de las boinas. 1980.

Hay traducciones de sus obras a varios idiomas, y ediciones, como la de *Cuentos,* con estudio de R. Millán, Filadelfia, 1972.

EDICIONES Y ESTUDIOS SOBRE OBRAS AJENAS:

Teatro menor del siglo XVII. Madrid, 1964.
Juan José y *Los semidioses.* Madrid, 1965.
Fuenteovejuna y *Peribáñez.* Madrid, 1965.
Don Juan Tenorio, de Zorrilla, y *El Burlador de Sevilla,* de Tirso de Molina. Madrid, 1967.
Textos y escenarios, en colaboración con Dolores Rebes. Barcelona, 1971.

INDICE

BIOGRAFIA 5

ANTOLOGIA:

De «Historias de Plinio» 27
De «Cuentos de mamá» 36
De «Cuentos republicanos» 43
De «Los liberales» 53
De «La guerra de los dos mil años» 69
De «Los nacionales» 78
De «El último sábado» 91

SELECCION DE CRITICAS:

Eugenio de Nora 155
Teófilo Aparicio López 155
Antonio Tovar 156
Guillermo Díaz-Plaja 156
Emilio Alarcos Llorach 157
Luis Suñer 158
Jean Becaud 158

CRONOLOGIA 161

BIBLIOGRAFIA 163

TITULOS PUBLICADOS:

1. **VICENTE ALEIXANDRE,**
   por José Luis Cano

2. **JESUS FERNANDEZ SANTOS,**
   por Jorge Rodríquez Padrón

3. **PUREZA CANELO,**
   por Clara Janés

4. **JOSE MARIA GIRONELLA,**
   por José Antonio Salso

5. **GERARDO DIEGO,**
   por Arturo del Villar

6. **JOSE LUIS CASTILLO-PUCHE,**
   por Manuel Cerezales

7. **ANGEL MARIA DE LERA,**
   por Ramón Hernández

8. **FRANCISCO AYALA,**
   por Ildefonso Manuel Gil

9. **ALONSO ZAMORA VICENTE,**
   por Jesús Sánchez Lobato

10. **CARMEN LAFORET,**
    por Agustín Cerezales

11. **JUAN GOYTISOLO,**
    por Jesús Lázaro

12. **GONZALO TORRENTE BALLESTER,**
    por Carmen Becerra

13. **LEOPOLDO DE LUIS,**
    por Concha Zardoya

P.V.P.: 200 Ptas.

DIRECCION GENERAL DE PROMOCION
DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA